

colección
ÉTICAS **APLICADAS**



ÉTICA DEL DEPORTE

GUILLEM
TURRÓ ORTEGA

Herder

Guillem Turró Ortega

ÉTICA DEL DEPORTE

Una aproximación humanista

Herder

Diseño de la cubierta: Caroline Moore

Edición digital: José Toribio Barba

© 2015, *Guillem Turró Ortega*

© 2016, *Herder Editorial, S.L., Barcelona*

ISBN DIGITAL: 978-84-254-3785-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Herder

www.herdereditorial.com

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

APROXIMACIÓN AL *HOMO DEPORTIVUS* POSMODERNO

LA AMBIVALENCIA MORAL DEL DEPORTE

LAS MISERIAS DEL DEPORTE

Mercantilización deportiva

Corrupción

Instrumentalización política

Alienación deportiva

Dopaje

Racismo y xenofobia

Discriminación sexista

Discriminación homófoba

EL ESPÍRITU COMPETITIVO

EL *ETHOS* DEPORTIVO

EL LEGADO DE COUBERTIN

COMPORTAMIENTOS EJEMPLARES

REFLEXIONES CONCLUSIVAS

BIBLIOGRAFÍA

*A la meva mare,
pels seus valors morals,
per una vida exemplar,
per ser-hi sempre.*

*A la Belén,
una dona meravellosa
que m'ha mostrat el camí de la felicitat.
Sempre estaràs en el meu cor.*

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

Son muchos los que siguen viendo en el deporte una muestra de barbarie, algo que debería ser relegado a la marginalidad teórica. De hecho, abundan los intelectuales renuentes a tratarlo en serio. Fácilmente podemos asociar el deporte a masas enardecidas por pasiones burdas. Esta podría ser una de las razones por las cuales ha sido subestimado en ámbitos académicos. Entre sus más conspicuos detractores se encuentran eminentes hombres de letras: todos ellos lo han asociado con la ramplonería social o el embrutecimiento moral. Así, por ejemplo, Oswald Spengler lo vinculó con la decadencia nihilista de los tiempos modernos. Los guardianes de la alta cultura tienden a referirse al deporte en términos apocalípticos, no entienden que pueda producir un interés ético o educativo. Todo ello está vinculado con una tradición filosófica —muy marcada por un dualismo espiritualista— que ha postergado y silenciado nuestra dimensión corporal.

Son pocos los pensadores que han valorado el deporte en su justa medida. José Ortega y Gasset fue uno de ellos. De hecho, el divorcio entre la teoría y el deporte ha sido uno de los distintivos de nuestra civilización. Con muchísima frecuencia ocurre que los estudiosos pasan de largo ante el deporte, al mismo tiempo que sus protagonistas no reflexionan sobre su actividad. La verdad es que no es fácil encontrar intelectuales en el mundo del deporte y deportistas entre los intelectuales. Como dijo Pasolini: «Los deportistas están poco cultivados, y los hombres cultivados son poco deportistas. Yo soy una excepción». Sin embargo, a pesar de todas las invectivas que pueda haber recibido, algunos nos declaramos *deportófilos*. De hecho, uno de mis ideales consiste en cultivar la mente y el cuerpo. Addison escribió: «Leer es para el cerebro lo que el ejercicio es para el cuerpo».

El punto de partida de mi relación filosófica con el deporte fue la *Ética a Nicómaco*. Tras leerlo, me percaté de que el deporte es una formidable metáfora de la vida. Aristóteles nos dice que vivir humanamente exige plantearnos una meta final, un *télos*. De un modo muy parecido al del arquero que apunta a determinado blanco, debemos proponernos un fin para así dirigir nuestra conducta. Esto significa que nuestra vida supone un esfuerzo permanente, algo muy similar a una noble disciplina deportiva que puede resumirse en el siguiente imperativo: «¡Hombres, sed buenos arqueros!».

Según Lledó, la flecha es la vida cuya andadura dibuja el sentido de una trayectoria. Lo importante es el impulso que mueve nuestra existencia, la orientación que perfila el recorrido y la energía que la constituye. *Télos* no significa tanto «finalidad» como «cumplimiento», «plenitud», «consumación», «madurez». ¹ Aristóteles nos invita a trazar nuestro camino (*homo viator*) de acuerdo con un fin último o bien supremo (felicidad o

eudaimonia). No en vano la vida humana es, en esencia, un proyecto dinámico (de *dynamis*, «fuerza», «poder» o «capacidad»).

Para disparar el arco debemos ser capaces de empuñarlo con una mano y tensarlo con la otra. Sin buen pulso y mucha fuerza nunca lo conseguiremos. Si no aplicamos potencia al disparo, malograremos nuestra misión. Claro está que debemos apuntar bien, fijando nuestra mirada en el blanco. Por supuesto, previamente tendremos que fijarnos un propósito para conseguir que nuestra existencia alcance su mejor versión. La única manera de realizarnos como personas es que nuestra vida tenga un sentido moral certero.

Es evidente que la sociedad en que vivimos no invita a la meditación filosófica. La inmensa mayoría están demasiado ocupados en sus quehaceres cotidianos como para detenerse y plantearse determinadas preguntas. Lamentablemente abundan las ideas equivocadas acerca del valor y el sentido de la filosofía. Con cierta frecuencia se asocia a tópicos desafortunados: improductiva, aburrida, etérea, rebuscada, desconcertante, intempestiva. Por otra parte, podemos asegurar que muchos de los que nos dedicamos al oficio filosófico alguna vez hemos sido inquiridos por la utilidad de nuestra profesión, y hemos compartido una sensación de incomodidad cuando alguien nos ha interpelado por la finalidad de nuestra ocupación. En muchos sentidos, no corren buenos tiempos para la filosofía.

Desde Sócrates sabemos que una de las grandes finalidades de la filosofía es sopesar con rigor nuestras creencias, clarificar los principios rectores de nuestro comportamiento. Muchos siglos después, Nagel escribía que la primera tarea de la filosofía es cuestionar y aclarar con detenimiento algunas ideas muy comunes que todos usamos sin razonar sobre ellas.² Por ejemplo, algunas nociones morales sin las cuales la vida no sería digna de ser vivida. Nos referimos a la felicidad, la libertad, la responsabilidad, la justicia, la solidaridad o el bien. La filosofía nos enseña a tomar conciencia del carácter problemático de la sociedad, a repensar el mundo donde desarrollamos nuestra vida. También consiste en mirar la realidad con una perspectiva radical y sinóptica, en preguntarnos por las cosas más allá de lo que se supone que son. Cuanto más vulgar es un ser humano, menos enigmático le resulta todo.

Los antiguos nos enseñaron que toda existencia genuinamente humana es bidimensional, que abraza la *vita contemplativa* y la *vita activa*. Nuestra actuación será apropiada gracias a una conciencia lúcida. La mejor forma de no errar es adoptar un distanciamiento crítico, una dilucidación sustentada en principios antropológicos y éticos. Desde sus orígenes griegos, la filosofía ha intentado revelar la senda de la vida buena. También nos ayuda a comprender el mundo donde vivimos, a tomar decisiones rectas, responsables y libres, a involucrarnos a favor de una sociedad más justa, solidaria y humana. Necesitamos razonar para saber cómo debemos vivir y convivir. El pensamiento filosófico es una invitación a mejorar nuestra existencia. Se trata de ser inteligentes ateniéndonos a la etimología de esta palabra: saber escoger entre diferentes opciones (*inter-legere*). Como dijo Aristóteles, el *anthropos* es una inteligencia deseosa que aspira a la felicidad.

En contra de una opinión muy difundida, lo idóneo es distinguir entre ética y moral. La

primera es aquella rama de la filosofía que aborda la condición moral desde una perspectiva racional. Kant afirmó que uno de los grandes interrogantes filosóficos es «¿qué debo hacer?». Ser humano es mantenerse en la tensión entre el ser y el deber ser. Podemos entender la ética como una reflexión para evaluar por qué debemos actuar correctamente. También es un saber que ilumina los fines últimos de la vida, que nos guía en el camino de la justicia y la felicidad. Gracias a la ética nuestras acciones podrán estar de acuerdo con unos principios y valores loables. Su misión es dotarnos de puntos de referencia con el fin de dirigir nuestro comportamiento. Mientras que la moral estipula las reglas que debemos aplicar en un espacio social particular, la ética es una disciplina que explora los principios e ideas que estructuran, sistematizan y fundamentan la moral. El deber de la ética es determinar, desde un plano teórico, la bondad de nuestras acciones. Están en lo cierto aquellos que identifican la ética con la filosofía moral. En esta misma línea Aranguren estableció la distinción entre moral vivida y moral pensada.

El origen de la palabra *ética* es el término griego *ethos*, cuyo primer significado remite al hábitat o lugar donde vivía una familia. De ahí derivó en *carácter* o *costumbre*, manera de ser o hábitos de una persona. El sitio habitual donde se desarrolla la vida se convierte en carácter; como personas, nuestro carácter está vinculado con el lugar donde hemos nacido y crecido. De hecho, aquello que es exterior nos forma interiormente, configurándonos y habituándonos en un sentido determinado.

El ser humano es un animal que deviene moral gracias también al ambiente en el cual se ha criado. Recordemos que *morada* sigue siendo el sitio donde se habita y que nuestro cometido moral consiste en la adquisición de una manera de ser. De hecho, la palabra *moral* proviene del latín *mos/moris*, que traducimos por «costumbre» y «carácter». Citemos a Cortina: «Labrarse un buen carácter, un buen *ethos*, es lo más inteligente que puede hacer una persona para aumentar sus posibilidades de llevar a cabo una vida buena, feliz».³

Nuestra condición estructural nos incita a devenir seres morales. Somos capaces de asumir como propias nuestras acciones. Depende del bien querer y del bien hacer que la vida humana se conduzca rectamente. El camino de la virtud pasa irremediamente por la capacidad de preferir de modo correcto. Cuando lo conseguimos, provocamos los elogios de otros. Si fracasamos, merecemos su amonestación, vituperio o castigo. Aristóteles nos dijo que la misión de la ética es forjar el carácter o conjunto integrado de las virtudes. Como consecuencia de repetir actos en un mismo sentido adquiriremos hábitos buenos que sedimentarán en forma de personalidad moral. Está en nuestras manos apropiarnos de un carácter que nos permita obrar según la virtud. Recordemos la significación que el Estagirita otorgaba a esta noción: una tendencia a actuar de una forma determinada. Estos hábitos operativos buenos recibían el nombre de *areté*, vocablo griego que significa «excelencia», «perfección» o «mérito» y que los latinos tradujeron por *virtus* («valentía», «fortaleza», «fuerza», «virtud»). Muchos siglos más tarde, Spinoza identificará la virtud con la potencia (*conatus*).

La única manera de humanizarnos es encarnando virtudes y valores. Nadie nace solidario, alegre, perseverante, voluntarioso, paciente, disciplinado, valiente, cooperativo,

humilde o generoso. Se trata de virtudes y valores que debemos infundir mediante la educación. Sin ellos no podríamos colmar nuestra humanidad y conformar nuestra entraña moral. Nuestra musculatura moral debe configurarse a lo largo de un proceso muy parecido a un entrenamiento deportivo. Citemos a Cortina:

Para ganar músculo ético es necesario quererlo y entrenarse, como el deportista que intenta día a día mantenerse en forma para intentar ganar limpiamente competiciones y anticiparse a los retos que estén por venir.⁴

Se debe tener en cuenta que la palabra inglesa *training* significa tanto «entrenamiento» como «educación». Como decía Aristóteles, nos hacemos justos, moderados y valientes practicando la justicia, la moderación y el coraje. Ejercer el oficio de ser hombre o mujer exige perseverar en un proceso de aprendizaje moral.

El binomio filosofía-deporte puede suscitar perplejidad. Podría pensarse que se trata de dos áreas sin ninguna conexión. Pero la ética del deporte es una rama de la filosofía moral y, particularmente, de la ética aplicada. Según López Frías, nace de un proceso mucho más amplio dentro de la filosofía del siglo XX: el surgimiento y desarrollo de las éticas aplicadas. Estas aparecieron debido a que la realidad social necesitaba la intervención de una filosofía práctica y hermenéutica.⁵ De hecho, debemos exigirle a la filosofía que preste atención a diversos problemas humanos. Esto supone la aplicación de ideas generales en las prácticas e instituciones sociales.

Son tres las funciones de la ética: 1) *aclarar* qué es la moral; 2) *fundamentar* la moral y 3) *aplicar* a los distintos ámbitos de la vida social los resultados de las dos primeras. La tercera función compete a las *éticas aplicadas* o *éticas especiales*, que deberán iluminar cuáles son los bienes internos que cada una de estas actividades debe proporcionar a la sociedad, qué metas deben perseguir y qué valores y hábitos necesitan incorporar para alcanzarlas.⁶

La filosofía no puede ser un divertimento especulativo que trata de desatar nudos gordianos. La filosofía debe ser mucho más que una divagación superflua en torno a asuntos inextricables. Tiene que aspirar a ser una reflexión de gran utilidad humana, social y profesional. Entre sus misiones está dotarnos de herramientas para resolver los interrogantes que plantea el mundo del deporte. También suministrar principios valorativos para abordar los problemas morales del deporte. Pensamos con el fin de obtener una concepción penetrante, consistente y equilibrada del deporte. Solamente si partimos de una crítica acertada podremos aspirar a una buena praxis deportiva.

Criticar consiste en ejercer nuestra capacidad de juzgar o discernir, de interpretar y aprehender el valor de las cosas a partir de criterios correctos. Mi propósito es que muchas de las ideas que contiene esta obra puedan plasmarse de manera concreta. Según Aristóteles, la prudencia (*phronesis*) es la virtud que nos da la capacidad de deliberar con rectitud. Solo así sabremos actuar convenientemente en una situación particular.

En nuestro país abundan los estudios que enfocan el deporte desde una perspectiva fisiológica y biomecánica. La ética del deporte es, por el contrario, una disciplina que sigue sin encontrar el tratamiento y el reconocimiento académico que merece. Son muchos los planes de estudio de las facultades españolas de Ciencias de la Actividad

Física y el Deporte (CAFE) de los cuales está exenta. Sigue tratándose de un sector intelectual inmerecidamente desatendido.

Es un craso error no tomar conciencia de la envidia moral del deporte. Cualquier reflexión filosófica del deporte tiene que mostrar su relación con la condición humana. Entonces resultaría clara la razón por la cual el deporte interesa a tantas personas. Aranguren afirma que el deporte es una forma de acción y de comportamiento humano, por esta razón forma parte del ámbito de la ética.⁷ De hecho, esta es la materia más relevante de la filosofía del deporte; los problemas éticos son indisociables de la existencia y de la práctica del deporte, de una preocupación esencialmente filosófica.⁸

El deporte plantea un amplio espectro de problemas antropológicos, morales y sociales. Es necesario recordar que la moral y la praxis humana están enlazadas y que, por lo general, las actividades deportivas implican interacciones personales. En nuestra cotidianidad proliferan las conversaciones que giran en torno a debates de esta índole. Del mismo modo que ocurre con todas las prácticas sociales, el deporte presenta temas morales de gran interés. En contra de una opinión muy extendida, la dimensión moral del deporte no es un asunto baladí. Se trata de un campo social donde se mediatizan relevantes desencuentros éticos. En él se discuten las fronteras entre lo lícito y lo ilícito, lo aceptable y lo inaceptable. El deporte es algo más que un mero instrumento para obtener fama y fortuna o una actividad relativamente trivial para divertirnos. Como muestran los titulares periodísticos, el deporte plantea trascendentes disputas morales.⁹ Sin duda, el mundo del deporte contiene demasiadas conductas inmorales. Tenemos motivos de sobra para enjuiciar con severidad los derroteros que ha seguido una parte de nuestro sistema deportivo. A menudo existe un acusado trecho entre los valores declarados y la actuación de los agentes deportivos. A juzgar por los hechos, algunas de sus múltiples facetas merecen nuestra desaprobación moral. Por esta razón, valoramos positivamente la creación de un Observatori Crític de l'Esport por parte de la UAB.

Mi labor consiste en pensar el deporte a partir de un ideal moral. Esto implica analizar con mirada crítica aquellas formas deportivas que responden a causas reprochables. También se trata de discernir las condiciones que hacen del deporte una praxis humanizadora. Pretendo dilucidar qué es el buen deporte con el fin de que nos enriquezca moralmente. Su legitimidad social reposa en valores morales. Sófocles nos mostró —en su *Antígona*— que la legitimidad y la legalidad a veces no coinciden. Como bien sabemos, no pocas veces las leyes son injustas. Citemos a Attali:

El deporte jamás suscitó tantas dudas y tantas esperanzas, inspiró tantos despechos y ofreció tantas promesas. Jamás tampoco la afirmación de sus valores pareció tan fuerte. Nunca como ahora el análisis pareció tan necesario en un momento donde el discurso no proporciona otros argumentos que la única repetición de los eslóganes.¹⁰

Por este motivo, la filosofía debe trazar los límites éticos que todos los integrantes del mundo deportivo tienen que conocer y respetar. Su misión es dibujar el horizonte que guía nuestra praxis deportiva. En suma, se trata de aprender a vivir el deporte de forma inteligente.

Debemos reconocer que el deporte puede reportarnos lecciones magistrales, alimentando nuestro espíritu con savia moral. La filosofía del deporte plantea cuestiones que van más allá del deporte en sí mismo. Por ejemplo, recapacitar sobre el valor concedido al énfasis en ganar puede permitirnos esclarecer el sentido moral de la competitividad en el mundo laboral o universitario. Por otro lado, la investigación sobre la condición del juego limpio en el deporte ayudará a mejorar nuestra intelección del papel de la justicia a nivel social. De hecho, porque muchos de nuestros valores más esenciales —como la imparcialidad y la honestidad— a menudo son absorbidos mediante la práctica deportiva, las implicaciones de un estudio sobre la axiología del deporte van más allá del interés intrínseco relativo a los participantes y aficionados.¹¹

Muy lejos de ser una actividad neutra o aséptica, el deporte nos permite entender mejor la moralidad. Desde hace años asistimos a una creciente tendencia a plantearnos preguntas relativas a su dimensión moral. ¿Cómo puede contribuir la filosofía a pensar el deporte y sus valores morales? La filosofía del deporte examina la naturaleza de los valores, principios y normas que deben regir la praxis deportiva, es decir, evalúa lo que esta debería ser. Así, por ejemplo, analiza el modo en que el deporte atenta contra la dignidad humana. También elucida las razones por las cuales se ha convertido en una de las grandes expresiones de nuestras sociedades. Debemos reconsiderar su función psicosocial, cómo incide en el sentido de nuestras vidas. Al fin y al cabo, se trata de contribuir a que la población tenga una adecuada comprensión y vivencia del deporte.

El deporte es un buen pretexto para hablar de la sociedad y del ser humano. De hecho, mi reflexión ética estará acompañada de elementos procedentes de la historia y la sociología, ciencias sociales que aportarán un complemento descriptivo y explicativo necesario a mi perspectiva desiderativa y prescriptiva. Esto significa que la aproximación que propongo al deporte tendrá un carácter interdisciplinar. Examinar nuestra realidad sociodeportiva será un paso indeclinable para apreciar la brecha entre lo que es y lo que debería ser. Solo podremos identificar los problemas que afectan al deporte si lo iluminamos moralmente. Al fin y al cabo, todo fenómeno político, económico y social entraña una cuestión moral, a saber: todos los estudiosos del hombre y de la sociedad llevan a cabo un acto moral e incluso político.¹²

No quiero finalizar este capítulo sin expresar mi gratitud a una serie de personas. En primer lugar a mi padre y a mi abuela. Por supuesto a Francesc Torralba, que me propuso escribir esta obra. También a Santi Bravo, Conrad Vilanou, Meritxell Bellatriu, Miquel Saumell, Adriana Bernet, Josep Palau, Alicia Flores, F. J. López Frías, Martí Turró, Clàudia Turró, Marc Pepiol, Xavier Garriga, Pere Garriga, Daniel Genís, Luisón Gómez, Mònica Oriol, Antoni Bosch-Veciana, Eugeni Remartínez y Francesc Sauquet.

GUILLEM TURRÓ ORTEGA
Les Botigues de Sitges
Enero de 2016

APROXIMACIÓN AL *HOMO DEPORTIVUS* POSMODERNO

Sería una insensatez desdeñar el peso del deporte en nuestros días. Se trata de una realidad que tiene que reclamar nuestra atención reflexiva. No debemos olvidar que es uno de los signos de nuestro tiempo, un espacio donde se escenifican muchos símbolos, creencias y sueños que articula nuestra *Weltanschauung*. De hecho, desempeña un papel destacable en la vida de millones de personas en todo el mundo. No solo ha influido en nuestro modo de ver las cosas, también ha puesto de relieve valores sociales, políticos y económicos relevantes. El deporte es un «hecho social total» (Mauss), un subsistema social enlazado con muchos subsistemas. Está presente en todos los dominios de la sociedad, revistiendo destacadas implicaciones ideológicas, económicas, culturales, físicas o tecnológicas.

Estudiar el deporte equivale a conocer mejor nuestras palpitaciones sociales. Es otra manera de sondear las transformaciones de las últimas décadas y, especialmente, el tránsito de la modernidad a la posmodernidad. El deporte encarna aspiraciones tan importantes como el prestigio meritocrático, la igualdad de oportunidades, el ascenso social, el éxito individual o la competitividad. Su popularidad radica en su capacidad de expresar grandes ideales de nuestras sociedades democráticas. Son muchos los campeones que han saboreado las mieles de la gloria a pesar de proceder de un entorno socioeconómico desfavorable.¹³

Como escribe Durán:

El deporte reflejaría el avance de una sociedad cada vez más abierta, que valora a los individuos más por los méritos y esfuerzos personales que por las ventajas que nos llegan regaladas por nacimiento y herencia.¹⁴

Las estrellas deportivas personifican una serie de valores morales y sociales; sus triunfos son interpretados como la combinación de dos elementos, a saber: un talento natural especial y un mérito personal cimentado en el sacrificio. Los dones de Roger Federer, LeBron James y Lewis Hamilton nos fascinan por su excepcionalidad. Pero sus aptitudes naturales son condiciones necesarias aunque no suficientes para alcanzar el cénit de su gloria. Su estatuto de campeones ha sido conquistado después de muchas horas de entrenamiento.¹⁵

Ante todo, el deporte es un tipo de actividad física que ejecutamos individual o colectivamente. Consiste en afrontar determinadas dificultades mediante un esfuerzo físico, mental y espiritual, y tiene como gran incentivo la satisfacción de conseguirlo. Así pues, conviene impedir que la imagen general del deporte quede absorbida por el

deporte-espectáculo. La figura del deportista de élite y mediático no debería ser el único punto de referencia para todos aquellos que desean iniciarse en el deporte. El continente deportivo no es unidimensional, presenta un sinnúmero de matices y tonalidades. De hecho, engloba un amplio espectro con perfiles tan dispares como el ejecutivo que practica BTT, la señora que asiste a las sesiones de *Body Pump*, la chica que compete en una liga de hockey sobre hierba o el jubilado que juega a la petanca.

Los hábitos deportivos evolucionan en consonancia con una sociedad en la que los valores son mudables. Después de haber adquirido un determinado estándar de prosperidad material y de seguridad física, el individuo posmoderno modifica sus prioridades axiológicas. Es decir, van consolidándose los valores posmaterialistas, aquellos relacionados con el bienestar, la autoexpresión y la autorrealización, que acentúan el individualismo de los ciudadanos de las sociedades industriales avanzadas (Inglehart). El deporte es un elemento importante en nuestro estilo de vida, una praxis abierta y dinámica que cada vez tiene más adeptos. Encaja con las sensibilidades, aspiraciones y necesidades de los individuos posmodernos.

Al margen de distinciones de edad, sexuales, étnicas, religiosas o sociales, el deporte nos ofrece la oportunidad de mejorar nuestra calidad de vida. Habida cuenta de que el cuerpo humano está predispuesto al movimiento, el deporte nos permite desarrollar nuestras posibilidades funcionales; aún más cuando nuestros hábitos son sedentarios y, por lo tanto, poco higiénicos. El deporte también contribuye a reducir de forma considerable las consecuencias del envejecimiento. Todos los informes sociológicos corroboran el aumento del número de personas que practican deporte en su tiempo de ocio. Evidentemente, nos referimos a aquella esfera vital que los griegos denominaban *skholé* y los latinos *otium*, en la cual el ser humano —exonerado de las constricciones del *nec-otium*— busca su mejor versión. Cagigal escribe:

El deporte como ocio activo es una ocupación, una diversión, un esfuerzo y a la vez un descanso principalmente psíquico. Todas ellas actividades —y, con su repetición, hábitos— frente a la frustración del tedio, de la masificación, del gregarismo, del hacinamiento.¹⁶

No hacen falta capacidades psicofísicas portentosas para ser deportista. El deporte no es un patrimonio exclusivo de una minoría de hombres y mujeres superdotados. A sabiendas de los beneficios que les puede reportar, son muchos los españoles que realizan asiduamente actividades fisicodeportivas. Durante 2014 dirigí un estudio para la cátedra Ethos de la Universitat Ramon Llull centrado en el capital social y moral de los usuarios de los centros deportivos municipales de Barcelona. La información recogida corrobora nuestras hipótesis. Un porcentaje elevado de los entrevistados reconocía que su salud psicofísica y social había mejorado. Incluso alguno ponderaba las cualidades relajantes del *aquagym* aduciendo que se reconciliaba con su estado intrauterino, cuando vivía inmerso en una bolsa de líquido amniótico en estado de ingravidez.

Es innegable el carácter poliédrico del deporte posmoderno, entretelado con algunos elementos de las sociedades actuales. Hacemos deporte por motivos muy diversos: la necesidad de esparcimiento al aire libre, el deseo de expansión física y psicológica, el

espíritu aventurero, una sana condición psicofísica, una sensibilidad hedonista, el refinamiento estético y la apariencia corporal, el cultivo de la sociabilidad, la cultura narcisista, el interés turístico, el deseo de integración, etc. El deporte tiene una función *desrutinizadora* (Elias), nos rescata de una agobiante maraña hecha de ataduras y crispaciones. Muy a menudo, nos permite oxigenarnos y descargar las tensiones acumuladas, recuperándonos del cansancio laboral. Inmersos en una sociedad tan compleja como opaca, el deporte nos ofrece la posibilidad de revitalizarnos gracias a la sencillez y la autenticidad.

Las bondades deportivas nos ofrecen la regeneración mental y una vida más llevadera. Mediante la descarga de endorfinas, dopamina y serotonina contrarrestamos estados de depresión, de estrés o de ansiedad. Temporalmente nos liberamos de la jaula de hierro (Max Weber) en la que muchos estamos atrapados. Es también una forma de ver reconocidas nuestras capacidades en una actividad voluntariamente elegida. Gracias al deporte podemos sentirnos protagonistas de nuestra vida, experimentarnos como individuos activos y con iniciativa.

El deporte puede devenir un espacio de creatividad y realización personal, valorando nuestra particular forma de ser. En otros casos también funciona como un medio de escape ante situaciones vitales conflictivas. Son muchos los que lo utilizan para huir de algunos de sus problemas, ya sean familiares, laborales o existenciales. Es mucho más fácil e ilusionante invertir energías en el *running* que plantar cara a los sinsabores de la vida. Tal actitud quedaría reflejada en el título del libro de Chema Martínez, *No pienses, corre*. Este fondista es un gran referente para muchos *runners* españoles.

En este sentido, podemos referirnos al galopante incremento que están experimentando deportes aeróbicos como el mismo *running*, el ciclismo, la natación o el triatlón. Una miríada de personas ha hecho de estas prácticas un estilo existencial e incluso el centro de su proyecto felicitario. Derrochan esfuerzos psicofísicos buscando mejorar su rendimiento, consiguiendo lo que tiempo atrás era inimaginable, especialmente aquellos que con anterioridad no habían practicado ningún deporte de forma regular y continuada. Según su parecer, la mejor manera de crecer como persona es venciendo el miedo y avanzando hacia nuevas metas. Vivir intensamente significa para ellos atreverse a trascender las propias limitaciones y alcanzar la cúspide de sus propias posibilidades; se imponen nuevos desafíos con el fin de superarse y obtener una recompensa en forma de honda satisfacción; su éxito es plantearse nuevos hitos para los cuales se entrenarán con ahínco. En su caso, el deporte configuraría un *ethos* como horizonte de plenitud, una parte nuclear de su identidad personal. Su fervor competitivo —más o menos pronunciado— los llevará a participar en pruebas, algunas de las cuales pueden ser de extrema dureza (pensemos en las de ultraresistencia como las *ultratrails* o los *ironman*). No olvidemos cómo Coubertin definió el deporte: «Culto habitual y voluntario del ejercicio muscular intensivo, apoyado en el deseo de progreso y pudiendo llegar hasta el riesgo».

Con estas prácticas pueden cultivar o reforzar valores como el esfuerzo, el sacrificio, la firmeza mental, el trabajo duro, la tenacidad y la confianza, todos ellos imprescindibles

para alcanzar determinados objetivos vitales. De acuerdo con este desiderátum, Reebok apostó, en una de sus campañas publicitarias, por el espíritu de superación. Su intención era homenajear a la voluntad de aquellos que convierten su actividad deportiva en un esfuerzo agónico. El lema de la campaña era toda una declaración de principios: «Be More Human». Nos decía que hacemos deporte para mejorar como líderes, como padres y madres, al fin y a la postre, para mejorar humanamente, para ser más fuertes y decididos, personas preparadas para todo; también para honrar el potencial de nuestro cuerpo y afilar nuestra mente para alcanzar una mejor versión de nosotros mismos. Como bien sabemos, el deporte nos prepara para andar por la vida fortaleciendo nuestro cuerpo y nuestra alma. Cortina ha escrito:

Recuperando el significado deportivo del término castellano, el individuo alto de moral es el que sigue un entrenamiento, el que a lo largo de su vida va ejercitándose para poder responder con gallardía a los retos vitales.¹⁷

Son muchos los que practican deporte con el fin de sentir emociones excepcionales y conocerse mejor. Se trata de una forma diferente de vivir que incide directamente en nuestros hábitos cotidianos, ya sean alimenticios o de ocio nocturno. Rivalizando consigo mismos, echan un pulso a sus límites físicos y mentales. Invirtiendo energías con la mirada puesta en un reto, aspiran a modificar el curso de su existencia. Mediante la superación de estos desafíos podrán inyectar sentido a su vida. En cualquier caso, tratan de demostrarse que son capaces de conseguir algo excepcional.

En *El hombre en busca de sentido*, Frankl escribe que la tensión de esforzarse y luchar por una meta valiosa es inherente al ser humano. Si para muchos de nosotros la salvación está en nuestro yo, convertirse en *finisher* de una maratón puede ser un punto de inflexión en nuestro camino existencial. Emil Zátopek, una de las leyendas de la historia del atletismo, dijo: «Si quieres correr, corre una milla. Si quieres cambiar tu vida, corre un maratón». O como escribió Thoreau: «Lo que consigues con el logro de tus metas no es tan importante como aquello en lo que te conviertes con el logro de tus metas».

En cualquier caso se trata de un fenómeno no exento de ambigüedad, susceptible de ser interpretado —al menos en parte— como un ascetismo posmoderno con ciertas dosis de narcisismo y vanidad. A esta situación contribuye directamente la gran influencia que tienen las redes sociales. Exhibiendo sus logros (sin que falten las famosas *selfies*), buscan compartir su evanescente gloria con sus compañeros telemáticos a fin de singularizarse y alimentar su ego. Gracias al reconocimiento de sus méritos podrán reafirmar su dignidad, respeto, autoestima o reputación social. Resulta moralmente cuestionable, es evidente, que una parte de estos deportistas se rijan más por una motivación extrínseca que intrínseca.

El auge de la actividad deportiva tiene considerables repercusiones económicas. No dejan de multiplicarse las carreras y la participación en ellas. Las grandes compañías de productos deportivos —como Nike, Adidas o ASICS— han engrosado ampliamente su facturación. Así, por ejemplo, la explosión del *running* ha representado que la marca

japonesa ASICS venda millones de zapatillas cada año. Incluso existen carreras coorganizadas por marcas como Nike. Este sería el caso de las dos pruebas de 10 km urbanos más multitudinarias del calendario hispánico: la San Silvestre Vallecana (Madrid) y la Cursa Bombers (Barcelona). De lo que no estamos tan seguros es de que estos *runners* prediquen con el lema que forma el acrónimo ASICS: *anima sana in corpore sano*.

No podemos soslayar los efectos negativos que algunas de estas prácticas pueden acarrear para la salud de quienes las practican, sobre todo si se llevan a cabo sin supervisión médica y técnica. Una situación que se verá agravada debido a que algunos de ellos consumen sustancias nocivas con el fin de mejorar su rendimiento. Sería el caso de todos aquellos que persiguiendo sus límites asumen desafíos descomunales para los cuales no están preparados. En el transcurso de los últimos años la cifra de muertos empieza a ser preocupante. No podemos descartar que algunos de ellos —cautivados por las gestas de Kilian Jornet— soñaran con emular sus proezas, como tampoco que aquello por lo que merece la pena vivir sea también un motivo para dejar de hacerlo.

En el microcosmos deportivo se teatralizan aspectos muy significativos de nuestro *Zeitgeist*. Hace años Adidas lanzó una campaña de publicidad con el eslogan «Impossible is nothing». Su éxito comercial respondió en gran medida a expresar una filosofía de vida y deportiva compartida por muchas personas. Como nos dijera Durkheim, uno de los rasgos de nuestras sociedades es soñar con lo imposible. Fue Oswald Spengler quien distinguió entre el alma apolínea y el alma fáustica. En esta misma línea encontramos a Josef Ajram, triatleta y *coach*, que ha explicado las claves de su éxito en obras como *Prepárate para triunfar*. Las cifras de seguidores en las redes sociales y de lectores indican que Ajram se ha convertido en un referente para muchas personas. Entre sus tatuajes hay dos que resumen su leitmotiv vital: una frase en el pecho, «no sé dónde está el límite, pero sí sé dónde no está», y el símbolo de π en el brazo, un número irracional que contiene infinitas cifras. En solo un año el libro *¿Dónde está el límite?* ya había agotado trece ediciones. Según esta filosofía de vida, nada puede impedirnos conseguir lo que nos proponemos.

Fijémonos también en la proliferación de los deportes de aventura y de riesgo practicados en toda clase de medios, ya sean terrestres, aéreos o acuáticos. En muchos casos estos deportistas —adictos a las descargas de adrenalina— son sujetos que no retroceden ante el riesgo y las situaciones extremas, incluso explorando las misteriosas fronteras entre la vida y la muerte. Actividades que les proporcionarán sensaciones intensas, algo muy parecido a una sustancia que convierta la vida en una experiencia vibrante. Lacroix afirma que estas modalidades deportivas son un exponente del culto posmoderno a las emociones:

De la misma manera que el que se droga huye del mundo real en un viaje narcótico, nos intoxicamos con experiencias emocionales. O bien nos lanzamos a los deportes de riesgo. Existen muchos signos que indican que los aficionados a estos deportes obedecen a la necesidad de movilizar su coraje hacia alguna cosa heroica.¹⁸

En algunos casos expresan una actitud temeraria, impropia de una persona sensata. Aristóteles dijo que la temeridad consiste en exponerse a peligros y riesgos innecesarios.

El individuo puede relacionarse con el deporte como protagonista activo, pero también como espectador o aficionado. Precisamente una de las novedades de la posmodernidad es la magnitud del deporte-espectáculo. Se trata de un fenómeno de masas muy representativo de la mundialización: su alcance cultural y penetración social es colosal, su pujante capacidad para fascinar a millones de espectadores resulta indiscutible. La repercusión de eventos globalizados como la Ryder Cup, el Tour de France o la Super Bowl son una muestra fehaciente de todo ello. A partir de mediados del siglo XX los Juegos Olímpicos adquirirán una dimensión mediática y económica gigantesca, polarizando un interés multitudinario. Por esta razón, los derechos de retransmisión televisiva ascienden a cifras astronómicas. El *homo spectator* también es un insaciable consumidor de pruebas deportivas.

Las obras de filósofos, escritores, artistas, científicos o políticos son eclipsadas por las hazañas de los dioses del estadio. Habida cuenta de que la narrativa deportiva encaja perfectamente con el *mainstream* social, no deja de acaparar portadas de periódicos, titulares televisivos y conversaciones cotidianas. En España las emisiones deportivas copan los *rankings* de audiencia televisiva mientras que el periódico deportivo *Marca* es el más vendido. Gracias a las tecnologías de la información y comunicación, el deporte ha colaborado en hacer del mundo una aldea global (McLuhan).

La hipermediatización posmoderna ha convertido un segmento del sistema deportivo en un ídolo arrollador y omnipresente. No es ninguna casualidad que Estados Unidos, el país pionero en hacer del deporte un *show business*, creara en 1979 el primer canal monotemático dedicado al deporte: su nombre es ESPN (Entertainment and Sports Programming Network). El espectáculo deportivo sigue subyugando a millones de personas diseminadas *urbi et orbe*. Así, por ejemplo, el COI (Comité Olímpico Internacional) integra a más países que la ONU. Lo mismo ocurre con la FIFA (Fédération International de Football Association), el organismo que reúne a las federaciones de fútbol de todo el mundo.

Podemos preguntarnos por la irresistible fascinación que produce el deporte-espectáculo. Según Paul Yonnet, se alimenta de dos carburantes principales: la incertidumbre y la identificación. Su gran potencial para generar pasiones radica en su capacidad para crear suspense entre los casi iguales que se enfrentan y por su poder de crear o acentuar sentimientos de pertenencia grupal.¹⁹ La incertidumbre confiere al deporte una vibrante intensidad, incluso conmovedora. Muchos partidos son eventos vibrantes y efervescentes de los cuales ignoramos su resolución. El espectáculo deportivo puede saciar la sed del consumidor de emociones. En el deporte lo inesperado puede aguardarnos, incluso Goliat puede sucumbir ante David. La dramaturgia deportiva concita tanto interés porque es un trasunto de nuestra existencia, de unos trayectos vitales marcados por conflictos, temores o coacciones. Nuestros éxitos y fracasos dependerán de nuestra capacidad para afrontar los vaivenes vitales con entereza, habilidad e inteligencia.

Es innegable que el deporte favorece la estructuración identitaria. La afiliación deportiva conlleva un sentimiento de pertenencia colectiva. Una de sus peculiaridades es que permite aunar lo global y lo local. Nuestras adhesiones deportivas coadyuvan a estructurar nuestra identidad personal y ciudadana. Los jugadores de las selecciones nacionales son los campeones de su país. Pero aquí no utilizo el término *campeón* en su acepción habitual —«triunfar en una competición»—, sino de acuerdo con su etimología: *campus* («campo de batalla»). En consecuencia, en la palestra deportiva unos paladines combaten a favor de una causa en representación de muchas personas. Son hombres y mujeres que actúan como abanderados de los que no pueden defenderse por sí mismos. Es así como estos deportistas encarnan los anhelos, valores e ideales de sus compatriotas.²⁰

Sloterdijk se preguntaba por aquello que actualmente provoca que millones de individuos se crean partícipes de un único organismo. Según él, la nación solo existe en aquellos momentos de excitación común, mediante una cierta autosugestión histórica. Necesita de acontecimientos y oportunidades para disimular su falta de cohesión étnica, cultural o económica. Sin duda, algunos de ellos son de tipo deportivo.²¹

Los escenarios deportivos son espacios en los que se expresan sentimientos y emociones. Por esta razón, sirven para reafirmar una identidad común, propiciando afinidades y encuentros. Las entidades deportivas son fuente de orgullo para las personas y las comunidades, permitiéndoles participar de un ideal que los trasciende. De hecho, en nuestras sociedades existen pocos sentimientos tan sólidos y persistentes como el deportivo. Mientras que muchas personas, a lo largo de su vida, cambian de residencia, trabajo, ideología, pareja u orientación sexual, muy pocas quebrantan la fidelidad a su escudo deportivo. Como diría un aficionado bético: «Viva el Betis manque pierda». El sentido de su vida también está anudado con su equipo del alma. Uno de los cánticos de la afición del Liverpool FC es *You'll never walk alone*, un himno que apela a la esperanza, la pasión y la solidaridad. Incluso muchos piensan que los preocupantes niveles de desafección y abstencionismo político quedarían contrarrestados por la adscripción a una entidad deportiva. Los acérrimos seguidores de su club o selección crean un ambiente festivo imbuido de actitudes eufóricas, vivencias fervientes e ilusiones arrebatadoras. No es por casualidad que el Old Trafford —el estadio del Manchester United— también sea conocido como «The Theatre of Dreams».

Para muchos aficionados la victoria de su equipo corresponde a un momento exultante, extático y embriagador. El deporte tiene el poder de focalizar altas dosis de visceralidad e irracionalidad. Es revelador que *tifoso* (palabra italiana que significa «hincha» o «forfo») y *tifus* deriven de *typhos*, término griego que significa «humo o vapor que obnubila la mente». Como es sabido, el tifus es una enfermedad infecciosa que provoca fiebre intensa y alteración nerviosa. Abundan los seguidores enfebrecidos por su exaltación deportiva. Veámoslo con dos ejemplos. No son pocos los barcelonistas que recordarán a Luis Figo como un pérfido traidor. Después de vestir de azulgrana durante cinco temporadas, este futbolista luso ingresó en las filas del eterno rival, el Real Madrid. Si nos remontamos años atrás encontraremos situaciones de mayor calado. Por

ejemplo, cuando prendió la furia entre los *supporters* del Celtic de Glasgow al saber que su exjugador Mo Johnston había fichado por el detestado Rangers. Este odio secular entre partidarios de ambos clubes responde a razones políticas y religiosas. Mientras que muchos de los aficionados del Celtic FC son católicos con raigambres irlandesas y republicanas, los simpatizantes del Rangers FC son anglicanos y unionistas. Incluso ambos jugadores fueron comparados con un Judas que se había vendido por unas monedas.

Los magnos eventos deportivos poseen la inusitada capacidad de paralizar la actividad de nuestros pueblos y urbes. Su poder de convocatoria es inmenso, su incidencia en la conciencia social no puede pasar inadvertida. En muchos países las mayores congregaciones no responden a motivaciones políticas, económicas o sociales. El clamor que se vivió en París el 12 de julio de 1998 —a raíz del título de la Copa Mundial de Fútbol— solo tiene parangón con los festejos de 1944, después de cuatro años de ocupación nazi. Doce años más tarde se agolpaba en Madrid una muchedumbre embriagada de júbilo. Inmersos en plena crisis económica, esta ingente movilización fue provocada por el apoteósico triunfo de La Roja en la Copa Mundial de Fútbol de Sudáfrica (2010). Hechos de esta índole podrían ayudarnos a comprender mejor las palabras de Léon Bloy: «Creo firmemente que el deporte es el medio más seguro para producir una generación de cretinos dañinos».

Con todo, el deporte es solo un aspecto de nuestro mundo social, el cual puede ofrecernos realidades mucho más primordiales o interesantes. Valdano se refería al fútbol como lo más importante entre las cosas menos importantes. Somos conscientes de que existen problemas sociales, políticos y económicos más apremiantes. Cagigal escribió que uno de los factores que confiere valor humanístico al deporte es su carácter secundario:

Si la principal contribución humana del deporte está en su falta de gravedad, el camino hacia un deporte depurado es que este deje de ser demasiado serio, pierda solemnidad, se sacuda cuanto antes de los tintes de tragedia social que está adquiriendo. El deporte está llamado a ser una reposición de vida social.²²

Pero nuestra realidad sociodeportiva desmiente esta idea. Existen muchas personas que viven el deporte en sintonía con las palabras del que fuera entrenador Bill Shankly: «Algunas personas creen que el fútbol es una cuestión de vida o muerte, estoy muy decepcionado con esa actitud. Les puedo asegurar que es mucho, mucho más importante que eso». Más a menudo de lo que creemos, una victoria o una derrota pueden ser el momento más significativo en la vida de determinados deportistas y muchos de sus seguidores. Este fue el caso del Maracanazo (1950), un descalabro futbolístico ante Uruguay que traumatizó a muchos brasileños.

Esto sucede cuando el deporte es mucho más que un juego, cuando los factores políticos, económicos o sociales lo convierten en un hecho de crucial importancia. Creemos que esta excesiva gravedad puede adulterar su verdadero sentido moral. Por desgracia muchos viven el deporte como una solemnidad basada en el triunfalismo de la victoria y el drama de la derrota. En este sentido, viene a colación una anécdota del seleccionador francés Michel Hidalgo. Después de que su equipo fuera eliminado por Italia en la Copa Mundial de Fútbol de 1978, dirigió a sus jugadores estas palabras: «El

fútbol sigue siendo un juego, una derrota no es una catástrofe nacional». Parece claro que el desmesurado relieve concedido a algunos deportes responde a motivaciones extradeportivas. Por lo tanto, debemos preguntarnos si su trascendencia social es la más pertinente. Lamentamos que la proyección mediática de determinadas modalidades deportivas sea hipertrófica. Pensamos que el carácter sobredimensionado de algunos deportes —especialmente el fútbol— desvirtúa el auténtico sentido moral que deberían tener.

LA AMBIVALENCIA MORAL DEL DEPORTE

Sería un error fatal pasar por alto que el deporte es humano, demasiado humano. Cualquiera de sus apologías debería estar acompañada de disquisiciones incisivas. Es preciso no dejarnos convencer por aquellos discursos laudatorios que lo presentan como una panacea. Debemos mostrarnos un poco escépticos ante todos aquellos que pontifican sobre sus grandezas morales. No en vano entendemos que muchas personas vean con aprensión el deporte. Es fácilmente comprensible que la condición mediática y mercantilizada del deporte pueda suscitar irritación moral. No se nos escapa su carácter ambivalente, ambiguo y contradictorio. De hecho, el deporte se resiste a ser definido de un modo unívoco, puesto que posee una gran riqueza y complejidad semántica así como una notable dosis de indeterminación.

La praxis deportiva no es unidimensional, pues ofrece una amplia pluralidad de formas. Podríamos distinguir entre el deporte escolar, el deporte recreativo y el deporte federado. Este último también abarcaría el deporte de élite, dentro del cual encontramos el deporte-espectáculo. Precisamente por esto resulta muy difícil encontrar elementos generales que nos permitan establecer definiciones válidas. El deporte es una realidad oceánica y exuberante, un fenómeno con múltiples aristas. Se trata de una realidad calidoscópica que puede ser percibida de modos muy diversos.

Lluís Duch ha hecho hincapié, a lo largo de su obra, en la ambigüedad antropológica. Resulta claro que el deporte es tan ambiguo como la sociedad en la que vivimos. Es más, el deporte participa de la ambigüedad que siempre acompaña a los muy variados trayectos del ser humano en su paso por este mundo.²³

En contra de lo que defienden ciertos discursos panegíricos que creen a pies juntillas en un deporte idílico, debemos reconocer que los valores morales no son intrínsecos a la esencia del deporte. No existe un deporte natural e intemporalmente virtuoso. La bondad no es un atributo consustancial al fenómeno deportivo. Los deportes son, de un modo notablemente complejo, una parte de nuestra vida social, un aspecto del conjunto de relaciones interpersonales.

El deporte puede transmitir valores, pero también contravalores. Esto significa que en todo momento deberemos orientarlo axiológicamente y educativamente. Sería iluso creer que el deporte infunde siempre y de la misma manera buenos frutos. Como ocurre con otras esferas humanas, es un arma de doble filo capaz de sacar lo mejor y lo peor del *anthropos*. Hacer del deporte una instancia educativa atañe a quienes estamos implicados en su devenir: participantes, padres, profesores, organismos deportivos, entrenadores, directivos, médicos, árbitros, políticos, periodistas y espectadores.

Si por un lado el deporte puede potenciar la salud y forjar el carácter, por el otro puede dañar nuestro equilibrio físico, mental y social. Son numerosos los deportes que distan de ser inocuos, que conllevan situaciones lacerantes. El deporte puede liberarnos y formarnos, pero también esclavizarnos y deformarnos. No siempre el deporte es una escuela moral. No es anecdótico que una pléyade de deportistas haya sido derrotada por la vida. González escribe:

El deporte puede ayudar al crecimiento y al bienestar físico y psíquico, pero también puede perjudicarlos; puede ser escuela de autodisciplina y control, pero también puede convertirse en una descarga incontrolada de agresividad; puede favorecer unas relaciones equilibradas, pero también puede conducir a un individualismo exasperado; puede ser una sana diversión, pero también puede degenerar en una mera evasión de los problemas de la vida.²⁴

Esta condición bifronte del deporte ha sido reconocida por muchos autores, entre ellos por Aldous Huxley:

Como cualquier instrumento inventado por el hombre, el deporte puede utilizarse con buenos y malos propósitos. Bien aplicado puede enseñar resistencia y estimular un sentimiento de juego limpio y un respeto por las reglas, un esfuerzo coordinado y la subordinación de los intereses del grupo. Mal utilizado, puede incentivar la vanidad personal y la del grupo, el deseo codicioso de victoria y el odio a los rivales, un espíritu corporativo de intolerancia y un desdén por aquellas personas que se encuentran más allá de un cierto rol arbitrariamente seleccionado.²⁵

El universo deportivo presenta una considerable plasticidad moral. En ocasiones la línea que separa el deporte benigno del dañino es muy difusa. Nos costaría saber hasta qué punto mejora o menoscaba nuestra vida, es una fuente de armonía o de inestabilidad, una afición benefactora o una adicción cercenadora. El deporte puede ser un canto a la vida, pero también puede conducirnos a aborrecerla y juzgarla indigna de ser vivida. De acuerdo con las palabras de Juvenal —*mens sana in corpore sano*—, puede formar parte de nuestra educación holística, pero también puede ser una expresión del culto al cuerpo, incluso contribuyendo a trastornos como la anorexia o la vigorexia. Bien implementado en los programas escolares, contribuye a que los alumnos desarrollen su personalidad (a nivel motriz, emocional, cognitivo o social) o mejoren su salud (física o mental). Mal aplicado, puede erosionar la salud física y mental de unos niños deportistas, cada vez más precoces. En este caso nos referimos a la explotación deportiva infantil, un fenómeno históricamente reciente.²⁶ En todo momento el deporte debe ser un derecho, nunca una imposición que, precisamente, viole los derechos fundamentales de los niños.

El deporte puede ser un instrumento al servicio de la integración social de los más desfavorecidos, un buen medio para contrarrestar la anomia, el alcoholismo, la drogadicción y la violencia juvenil. Un ejemplo sería la Academia de Fútbol [Tahuichi Aguilera](#). Por su ímproba labor social fue reconocida Embajadora de Buena Voluntad de la ONU en 1993, recibió el premio Fair Play International en 1995 y la medalla de oro de la FIFA en el año 2000. Desde su fundación en 1978, también ha sido nominada en seis ocasiones al Premio Nobel de la Paz.²⁷ En otras ocasiones el deporte se asemeja a una

maquinaria selectiva y excluyente basada en desalmados programas de entrenamiento. El éxito chino en los grandes eventos deportivos es indisociable de un sistema implacable que recluta a niños y niñas por todo su territorio. Y mientras unos pocos despuntarán y alcanzarán la cima deportiva, miles de ellos se quedarán en el camino. El hecho de haber dedicado tantas horas a entrenar tendrá una nefasta incidencia en su formación escolar. No será nada fácil que reorienten su vida personal y profesional después de haber sido aislados de la sociedad.²⁸ Poco antes de los Juegos Olímpicos de Pekín (2008), la ONG Save the Children presentó un informe que destacaba algunas situaciones abusivas para la salud psicofísica de los niños deportistas.

El deporte puede enseñarnos a ver al rival como un compañero, pero el deportista también puede ser un lobo para otro deportista; puede plasmar el sentido de la solidaridad, pero también enmascarar nuestra vacuidad egoica; puede utilizarse tanto para consolidar la paz como para preparar la guerra. En ocasiones ha ayudado a construir puentes entre países enemistados, en otras ha incitado los antagonismos políticos. Incluso un partido de fútbol puede ser el detonante de un conflicto bélico entre dos estados. Esto ocurrió con la guerra de las cien horas que enfrentó a El Salvador y Honduras en 1969. Se trataba de un partido de desempate de la eliminatoria a la Copa Mundial de Fútbol de México (1970), celebrado en territorio neutral, que se decantó a favor de los primeros. Citemos a Kapuściński:

La guerra del fútbol duró cien horas. El balance: seis mil muertos, veinte mil heridos. Alrededor de cincuenta mil personas perdieron sus casas y sus tierras. Muchas aldeas fueron arrasadas. [...] El fútbol ayudó a enardecer aún más los ánimos de chovinismo y de histeria pseudopatriótica, tan necesarios para desencadenar la guerra y fortalecer así el poder de las oligarquías en los dos países.²⁹

Del deporte podemos extraer muchas lecciones constructivas, todas ellas aplicables a nuestra vida, pero también tiene el poder de desatar toda clase de pasiones, algunas muy tóxicas. El deporte puede ser un juego gratificante y constructivo, pero también genera perniciosos tribalismos y sectarismos. Su acción será favorable o deletérea conforme al enfoque que le demos. El deporte pone en juego muchos sentimientos y pasiones, tanto los más espléndidos como los más viles. El deporte puede ser noble o corrupto, puede fomentar la gratitud y el honor, pero también el egoísmo y la avidez lucrativa. El deporte puede mortificarnos físicamente, pero también fortalecernos. Es capaz de elevar, pero también de hundir. Aunque nos conduce por caminos peligrosos, nos enseña a caminar por ellos.³⁰ Dice Adorno:

El deporte es ambivalente: por una parte puede producir un efecto desbarbarizante y antisádico, a través del juego limpio, la caballerosidad y el respeto por el más débil; por el otro, bajo muchas de sus formas y procedimientos, puede fomentar la agresión, la brutalidad y el sadismo, sobre todo entre quienes no se someten personalmente al esfuerzo y la disciplina del deporte, sino que se limitan a ser meros espectadores y acostumbran a concurrir a los campos de juego solo a vociferar.³¹

El deporte puede ser lo más trascendente del mundo, pero también lo más fútil. Su indefinición explica que se haya prestado tanto a sobrevaloraciones como a

infravaloraciones. Mientras que Antonio Gramsci sentenció que el fútbol es el «reino de la lealtad» humana ejercida al aire libre, Jorge Luis Borges afirmó que el fútbol es popular porque la estupidez es popular.

El deporte puede afianzar la educación, la salud, la tolerancia y la solidaridad; bien aplicado, puede ayudarnos a adquirir disciplina y capacidad de esfuerzo, un sentimiento de juego limpio y de respeto a las reglas. Pero inadecuadamente planteado, también puede alimentar las pasiones más bajas o ser causa de enfermedades, violencia, discriminación, exclusivismo e intolerancia. Como bien sabemos, el deporte puede convertirse fácilmente en un ámbito proclive a la discordia o la abyección. El fútbol también puede ser una peste que revela la irracionalidad contemporánea. Es lo que explicaron J.M. Brohm y M. Perelman en *Le football, une peste émotionnelle*.

Algunos regímenes políticos del siglo pasado demostraron que el deporte puede ponerse al servicio de adoctrinamientos abominables. El caso más flagrante fueron los Juegos Olímpicos de Berlín (1936). El gobierno nacionalsocialista —ultranacionalista, totalitario, discriminatorio y militarista— se aprovechó del certamen deportivo para exhibir su infame culto a la fuerza y a la superioridad racial. En contraposición, la Olimpiada Popular de Barcelona, celebrada ese mismo año, fue considerada la «otra Olimpiada» por plantear una alternativa democrática, participativa, solidaria y pacifista al evento berlinés. Desgraciadamente, no pudo celebrarse a causa del estallido de la Guerra Civil el 18 de julio. Una explicación pormenorizada de este episodio se encuentra en la obra de Carles Santacana y Xavier Pujadas, *L'altra Olimpiada. Barcelona '36*.

El deporte también ha sido cómplice de la violación sistemática de los derechos humanos y de las libertades cívicas. Un ejemplo de ello fue la Junta Militar argentina (1976-1983), que empleó el éxito de la Albiceleste en la Copa Mundial de Fútbol de 1978 como una cortina de humo para desviar la atención dirigida a su siniestra dictadura. Este campeonato fue utilizado para ahogar los gritos de sufrimiento de miles de personas perseguidas, secuestradas, torturadas y asesinadas. Las atrocidades perpetradas fueron solapadas por el estruendo triunfal del equipo comandado por César Luis Menotti. La cruda realidad es que su victoria apuntaló el horripilante régimen encabezado por Videla. Algo parecido sucedió con la dictadura brasileña (1964-1985) cuando la Canarinha ganó en México (1970) su tercer trofeo Jules Rimet.

Sin embargo, el deporte puede vincularse de un modo positivo con la política; cuando funciona como vehículo de aspiraciones ideológicas justas, como estandarte de reivindicaciones soberanistas de naciones sin Estado. El Frente de Liberación Nacional (FLN), un equipo que defendió los colores de un pueblo argelino en pugna por su liberación, es un ejemplo. Incluso puede ser una estrategia de resistencia de grupos oprimidos y humillados con el fin de expresar su dignidad humana. Una muestra de ello fue la liga de fútbol organizada por un colectivo judío en el campo de concentración de Terezín (República Checa).

Entre 1942 y 1944, 150 000 judíos fueron confinados en ese campo. Para tranquilizar a la Cruz Roja, los nazis permitieron crear un teatro, una orquesta filarmónica y una liga de fútbol que funcionó durante tres años. Los cautivos hallaron en este deporte una

forma de rehuir, aunque fuera transitoriamente, el abismo de la barbarie. Uno de los supervivientes dijo: «El fútbol nos daba esperanza. Mientras se jugaba, yo tenía un motivo para vivir. Nos olvidábamos del hambre y de que estábamos encerrados en un gueto».³² Algo parecido sucedió en Mauthausen, donde cada domingo un grupo de españoles dirigidos por Saturnino Navazo jugaba un partido de fútbol. Con el fin de que pudieran hacerlo en mejores condiciones, los alemanes los exoneraron de sus trabajos en la cantera. Podemos afirmar que el fútbol les salvó la vida, devolviéndoles el orgullo, su nombre y las ganas de vivir.³³

En Sudáfrica el fútbol fue visto por los gobernantes blancos como una actividad subversiva. En la cárcel de Robben Island, los presos esperaban que los carceleros les permitieran jugar al fútbol los sábados por la tarde. En su caso, utilizaron este deporte como un símbolo de resistencia y esperanza, como instrumento de cohesión y desobediencia civil contra el apartheid.³⁴

Otro episodio revelador de que el deporte puede encarnar encomiables valores lo encontramos en Ucrania cuando durante la Segunda Guerra Mundial fue invadida por Alemania. Se disputaron dos partidos entre el FC Start (formado por prisioneros de guerra y exjugadores del Dinamo de Kiev) y un equipo de la Luftwaffe reforzado con internacionales alemanes. A pesar de las amenazas, los ucranianos se mantuvieron leales al espíritu deportivo y ganaron en ambas ocasiones. Antes del segundo encuentro el equipo alemán realizó el saludo nazi acompañándolo del grito «¡Heil, Hitler!» y conminó a sus rivales a hacer lo mismo, pero estos respondieron con la consigna soviética «¡Viva el deporte!». Las represalias no se hicieron esperar. A los pocos días fueron arrestados y deportados al campo de concentración de Siretz, algunos de ellos fueron torturados o fusilados. Un monumento recuerda este episodio memorable, una gesta heroica impregnada de coraje y dignidad: «A los jugadores del Dinamo, que murieron heroicamente por el honor de su patria, con la frente en alto, ante el invasor nazi».³⁵ Estos hechos inspiraron la película de John Huston, *Evasión o victoria* (1981).

Los estadios pueden ser un ámbito de masificación alienadora y embrutecedora, un ecosistema favorable para un monstruo de mil cabezas. Incluso pueden convertirse en espacios infernales. Este fue el caso del Estadio Nacional de Chile cuando el general Augusto Pinochet lo convirtió en un campo de concentración y represión. Pero nos muestran la otra cara de la moneda cuando son espacios de libertad donde manifestarse en contra de las injusticias.

El deporte puede estar al servicio del imperialismo colonialista pero también puede exponer la dignidad de un pueblo otrora vilipendiado. En plena descolonización, el triunfo de Abebe Bikila en la maratón de los Juegos Olímpicos de 1960 tuvo un gran impacto simbólico. Aquel día sus pies desnudos acariciaron las piedras de Roma, el Imperio colonizador. Cuando llegó a la meta, siguió corriendo hasta alcanzar el arco de Constantino. Allí encontró su gloria y la de todo su pueblo, a pocos metros de donde Mussolini y su ejército habían partido con el fin de conquistar Abisinia. Cuando se le preguntó por qué corría descalzo, Bikila fue muy consciente del simbolismo de su proeza: «Quería que el mundo supiera que mi país, Etiopía, ha ganado siempre con

determinación y heroísmo».³⁶

En ocasiones el deporte ha rendido vasallaje a la ignominia. Así, por ejemplo, uno de las épocas más triunfales del fútbol colombiano coincidió con el narcotráfico, un fenómeno que tiñó de violencia la vida social de ese país sudamericano. De hecho, durante muchos años no pudo desmarcarse de la alargada sombra de los carteles. Capos como Pablo Escobar o los hermanos Rodríguez Orejuela manejaron los hilos de clubes de fútbol como el Atlético Nacional de Medellín o el América de Cali. Su objetivo consistía en blanquear dinero y acrecentar su prestigio social. Pero el fútbol también ha servido para difundir un mensaje moral espléndido, como un arma a favor de la justicia social. Sería el caso del FC Sankt Pauli (Hamburgo), un club polideportivo que no es conocido en el mundo por sus éxitos deportivos, sino por poner en jaque doctrinas ignominiosas como el fascismo, el racismo, el sexismo y la homofobia.

El *hooliganismo* demuestra que el deporte puede ser una forma inhumana de encauzar la desestructuración sociocultural o la desesperación económica. Como ejemplo podemos mencionar un episodio conmovedor. Nos referimos a la masacre acontecida en 1985 en el estadio Heysel (Bruselas). Pocas horas antes de que se disputara la final de la Copa de Europa entre la Juventus FC y el Liverpool FC, murieron 39 aficionados (muchos de ellos *tifosi bianconeros*) a causa de la brutalidad de los *hooligans* ingleses. Pero el deporte también puede ser una plataforma al servicio de las mejores causas. En noviembre de 2014 el Rayo Vallecano anunciaba que la plantilla asumía el alquiler de la vivienda de Carmen Martínez Ayuso, una mujer de 85 años desahuciada del barrio de Vallecas (Madrid). En pleno drama social de los desahucios, esta mujer se vio forzada a abandonar su hogar porque su único hijo la utilizó como aval para un préstamo de 40 000 euros. Durante aquellos días un grupo de aficionados rayistas mostraron pancartas de apoyo a la anciana. En una de ellas se podía leer: «Los desahucios de un Estado enfermo. La solidaridad de un barrio obrero». Durante la temporada 2015-2016 mediante sus camisetas han honrado a los héroes anónimos de nuestra sociedad, solidarizándose con las siguientes luchas y asociaciones: contra el sida, por la integración de personas con discapacidad, por la protección del medio ambiente, contra el maltrato infantil, contra la violencia de género, contra la discriminación por la orientación sexual y por los que nunca pierden la esperanza.

También existen jugadores que han utilizado su condición exitosa para proyectar magníficos mensajes a escala mundial. Recordemos a Didier Drogba que, jugando en el Galatasaray, homenajeó a Nelson Mandela, poco después de su muerte el 5 de diciembre de 2013. En la camiseta del jugador marfileño se podía leer: «Thank you Madiba». En diferentes ocasiones Kanouté —un jugador que ha destacado por sus acciones solidarias— lució su camiseta del Sevilla con la publicidad de una casa de apuestas de internet parcialmente tapada. Este jugador maliense adujo que su confesión musulmana era contraria a la publicidad de los juegos de azar. Pero también existen futbolistas que aprovechan la celebración de sus goles para transmitir mensajes a favor de ideologías execrables como el fascismo o el nazismo. Los gestos de futbolistas como Paolo di Canio o Giorgos Katidis fueron inequívocos. Lo más triste del caso es que la acción de Drogba

fue sancionada por la federación turca debido a que su reglamento prohíbe el uso de mensajes políticos en las camisetas de los futbolistas.

Las teorías en torno al deporte pueden llegar a ser antagónicas. Mientras que algunos sostienen que el deporte ha contribuido a que el mundo sea menos violento, otros piensan que exacerba nuestras pulsiones agresivas. No podemos obviar a aquellos pensadores que han sometido el deporte a análisis demoledores. Jean-Marie Brohm, insigne representante de la teoría crítica del deporte, merece ser destacado. En contra de muchos sociólogos del deporte que dividen la realidad deportiva en aspectos alentadores y nefastos, Brohm considera que las «desviaciones» del deporte son la expresión misma de sus incongruencias. Subraya las contradicciones entre el enfrentamiento físico cada vez más violento y las disertaciones angélicas del *fair play*, entre los estragos deportivos (toxicomanía, dopaje, lesiones, envejecimiento prematuro, muertes) y la ideología de la salud por el deporte, entre la retórica de la fraternidad y las rivalidades rencorosas de los estadios (*hooliganismo*, racismo, vandalismo, nacionalismo xenófobo), entre la pretendida libertad de los practicantes y las lógicas burocráticas o mercantiles, entre la supuesta «cultura deportiva» y la alienación efectiva de los robots de la *performance*.³⁷ En ese sentido, el mérito de estos autores es haber subrayado —inspirándose en la filosofía de Marx— las contradicciones socioeconómicas que orbitan el deporte.

Cabe advertir que las relaciones entre el deporte y la sociedad pueden ser bidireccionales, que el deporte puede tener una función de mejora social. Algunos autores afirman que el deporte puede ser una práctica social liberadora capaz de promover la emancipación del individuo.³⁸ Un ejemplo de cómo el deporte puede repercutir en la vida social lo encontramos en la historia contemporánea de Sudáfrica. Según Boniface, el boicot a Sudáfrica empezó en el ámbito deportivo para extenderse después al terreno económico y político. De este modo, el deporte coadyuvó a abrir el debate sobre el apartheid, dándolo a conocer entre el gran público.³⁹ A partir de la década de 1960, el veto del que sería objeto por parte de las instancias deportivas mundiales ayudó a visibilizar un sistema político que será condenado por parte de la comunidad internacional. Debemos recordar el quinto principio fundamental de la Carta Olímpica: «Cualquier forma de discriminación contra un país o una persona basada en consideraciones de raza, religión, política, sexo o de otro tipo es incompatible con la pertenencia al Movimiento Olímpico».

A lo largo de la historia el deporte ha basculado entre la civilización y la barbarie. Sin duda, no siempre ha revelado los aspectos más nobles de la naturaleza humana. En el universo deportivo coexisten la grandeza y la miseria, incluso los claroscuros. En gran medida es un fiel reflejo de los conflictos que atraviesan nuestro mundo, inserto en una sociedad repleta de dificultades. Fijémonos en el sexismo, el fanatismo, el racismo, la xenofobia o la homofobia. Resulta palmario que situaciones como la violencia en el deporte, ya sea simbólica o explícita, están ligadas a unas circunstancias socioculturales de mayor calado. En muchos sentidos, el deporte es el trasunto de valores y contravalores socioculturales. En él reverberan problemas profundamente arraigados en la sociedad difíciles de erradicar. Un ejemplo es el dopaje, entendido como el consumo

de sustancias químicas con el fin de incrementar el rendimiento físico y psíquico. Es indiscutible que el dopaje forma parte de nuestra vida laboral, festiva, académica o sexual. En nuestras sociedades hiperactivas abunda el uso de productos que no superarían un control antidopaje. Muchas personas utilizan suplementos energéticos o sustancias estimulantes (como la cafeína e incluso la cocaína) con el fin de optimizar su rendimiento cotidiano y mantener un ritmo altamente competitivo. Siguiendo a Lipovetsky: «Así pues, el dopaje deportivo no representaría más que la punta extrema de la “sociedad del dopaje”, la sociedad en la que la voluntad de perfeccionamiento personal se ha vuelto omnipresente».⁴⁰ En *La sociedad del cansancio*, Byung-Chul Han explica que el dopaje es inseparable de una sociedad de rendimiento caracterizada por un poder sin límites.

Otra forma de tomar el pulso a nuestra moral colectiva es escudriñando nuestros comportamientos deportivos. El deporte nos permite examinar la radiografía de nuestra era. Quienes afirman que el deporte adolece de valores morales tendrían que ampliar su mirada a la crisis axiológica en la que estamos inmersos. La relación entre deporte y moral tiene que ser contextualizada socioculturalmente. Sería un error que los árboles nos impidieran ver el bosque, olvidar que el deporte actual lleva la huella de nuestro tiempo. Como escribió Cagigal: «El gran deporte de nuestro tiempo es algo constitutivo de nuestro tiempo: malo y bueno con la maldición y la bendición de su propia época. El deporte de hoy es sociedad de hoy».⁴¹

El deporte también revela una desilusión colectiva y un malestar espiritual. Una parte del sistema deportivo se está contagiando de algunos contravalores de nuestras sociedades posmodernas, recibiendo múltiples presiones e influencias. La obsesión por el éxito, el dinero o la celebridad puede llevarnos a pensar que todo es lícito con tal de conseguir nuestros objetivos. Esta sería una de las causas del descrédito moral del deporte. Valdano escribe: «Cuidado, porque si aceptamos la famosa frase “hay que ganar como sea”, no estaremos lejos de proclamar “viva la corrupción”».⁴²

Lo mismo ocurre en otros órdenes de la vida. A veces nuestras acciones no concuerdan con lo que expresamos verbalmente. También en el deporte las cosas no siempre son como parecen. De hecho, en ocasiones nuestra relación con el deporte es bastante turbia. Según Klaus Heinemann, algunas de nuestras opiniones sobre el deporte son justificaciones racionales para legitimar conductas que responden a motivaciones diferentes e inconfesables. A modo de ejemplo, hay individuos que practican deportes de alta exigencia física, aunque no sean de su agrado. Participan en pruebas muy duras donde se marcan metas personales casi inasumibles. La recompensa de lograr su objetivo es contrarrestar desórdenes interiores, como la falta de autoestima o la inseguridad en sí mismos. Sin embargo, ese instante de satisfacción es tan efímero que se vuelve urgente buscar metas aún más difíciles, ingresando en un circuito peligroso para su integridad psicofísica. Para ellos el deporte es una obsesiva huida hacia ninguna parte.

El deporte también puede ser una forma de encauzar patologías, disfunciones y contravalores propias de nuestro contexto sociocultural. El mundo deportivo se encuentra azotado por la violencia (recordemos el *hooliganismo*, el racismo, la xenofobia, el

sexismo o la homofobia) o aquejado por la alienación, la anomia, la corrupción o el culto al cuerpo. Estos flagelos también se aprovechan del deporte para manifestarse y propagarse. A medida que el deporte amplía su permeabilidad social, vemos cómo su condición moral se desacredita. Las miserias de nuestro mundo se proyectan en el ámbito deportivo. No nos faltan motivos para declarar que los tiempos que corren no son buenos para el deporte. En el próximo capítulo esbozaremos una aproximación a algunos de estos problemas.

Mercantilización deportiva

Es innegable que formamos parte de una sociedad devorada por la lógica de la oferta y la demanda. Esto conlleva que seamos *homo economicus*, individuos productores y consumidores. Con demasiada frecuencia, la política funciona como sirvienta de los grandes poderes económicos. Desde hace años algunos deportes son fenómenos de masas y negocios globalizados. Un segmento del sistema deportivo se ha convertido en una industria y sus seguidores en *homo consumens*. Mientras que los informes sociológicos indican que muchos españoles desaprueban el carácter mercantilizado del deporte, sus servidumbres comerciales siguen creciendo. Es imparable la tendencia del deporte elitista y mediático a colonizar la imagen global del deporte. Esta concepción predominante del deporte-espectáculo impregna gradualmente nuestra cosmovisión. Uno de los peligros de esta hegemonía social es su impacto —en ocasiones tóxico— en todos los ámbitos de la actividad deportiva. Lamentablemente este subsistema deportivo deja entrever contravalores como la hipercompetitividad, el narcisismo, la banalidad, la fama o el lujo.

Una encuesta realizada en 2015 por la Fundación Adecco a niñas y niños españoles de entre 4 y 16 años indica que el 20,7 % de los niños, de mayor, quiere ser futbolista. Entre los principales motivos de su preferencia están el dinero y el reconocimiento social. Esto significa que desean seguir los pasos de personajes como Cristiano Ronaldo. Después de un partido de la Champions League los periodistas le preguntaron a este futbolista portugués por qué el público lo silbaba. Su respuesta no tiene desperdicio: «Será porque soy guapo, rico y un gran futbolista, porque me tienen envidia. No tengo otra explicación». Aunque el 99,9 % de los niños y niñas que hacen deporte nunca llegarán a la cúspide, muchos de ellos siguen soñando en devenir pudientes estrellas que firman muchos autógrafos. Mientras los caramelos sean la única motivación para que un niño juegue al ajedrez, afirma MacIntyre, no tendrá ninguna razón para no hacer trampas, siempre que pueda realizarlas con éxito.⁴³ De hecho, cada vez son más frecuentes las conductas antideportivas en las competiciones infantiles.

Si bien para muchas personas el deporte es parte de nuestro ocio (*otium*), para otras es un negocio (*nec-otium*), incluso una fuente de ganancias enorme. En los últimos años las ramificaciones mercantilistas del deporte se han incrementado de forma considerable. Es un hecho que importantes empresas patrocinan a determinados equipos o deportistas con el objetivo de proyectar una imagen económicamente rentable. Repsol, Banco Santander o Movistar son algunas de dichas organizaciones patrocinadoras. Nos hemos

acostumbrado a asociar los grandes campeonatos deportivos a prominentes marcas comerciales y jugosos negocios. Así, por ejemplo, la máxima competición europea de rugby entre clubes lleva el nombre de Heineken Cup y la liga española de fútbol se identifica con el BBVA.

Los fabulosos contratos de las estrellas del firmamento deportivo no son un secreto. Los medios nos recuerdan con excesiva recurrencia que varios deportistas forman parte del exclusivo «Top 100 Celebrities» de *Forbes*. Boxeadores, pilotos, futbolistas, beisbolistas, baloncestistas, golfistas o tenistas perciben pingües ganancias. Una entre muchas otras cuestiones morales que suscita el deporte es si realmente los deportistas merecen cobrar tales sumas de dinero; con ese dinero la desdichada situación de muchas personas podría mejorarse. Y mientras siguen pagándose cantidades astronómicas por el traspaso de jugadores, los ingresos de los clubes aumentan gracias al *merchandising* de sus productos. Sin olvidar que las grandes plataformas mediáticas contribuyen a que los clubes de postín logren conservar su estatus económico y su altísimo nivel competitivo. Al mismo tiempo son numerosos los equipos que ceden el nombre de sus *templos* al dios del dinero.⁴⁴ Dos ejemplos serían el Allianz Arena o el Emirates Stadium, feudos del Bayern de Múnich y del Arsenal FC, respectivamente.

El panorama deportivo presenta muchos claroscuros. Son numerosos los clubes españoles que aún tienen cuantiosas deudas con la Agencia Tributaria y la Seguridad Social, un agravio comparativo con otras organizaciones y una circunstancia que se ha visto agravada por una crisis económica que sigue percutiendo en el ámbito deportivo. Pero la precariedad socioeconómica no fue un obstáculo para que cada jugador de la selección española cobrara 600 000 euros —en concepto de primas— por haber ganado la Copa Mundial de Fútbol de 2010 celebrada en Sudáfrica y, por si esto fuera poco, pretendieron tributar dicho cobro en el país sudafricano aprovechándose de que los tipos impositivos de ese país eran más reducidos. De hecho, dos años antes ya habían eludido las demandas fiscales españolas —a raíz de su victoria en la Eurocopa de 2008. Para atenuar esa situación, probablemente algunos de ellos organizaran partidos a fin de recaudar dinero con finalidades benéficas. De este modo la solidaridad, mediáticamente exhibida, se convierte en una forma de limpiar la mala conciencia.

El deporte-espectáculo moviliza un gran volumen de recursos económicos y publicitarios. Cadenas de radio, de televisión y periódicos convierten a los campeones en *celebridades* con millones de *followers*. Encumbrados como ídolos, devienen filones de gran rentabilidad lucrativa. Las vedetes del *star-system* deportivo —ricos, famosos y atractivos— parecen tocados por los dioses. Valentino Rossi, Maria Sharapova o Usain Bolt, entre muchos otros, son iconos planetarios con una imagen muy cotizada. Marcan tendencia porque representan valores tan preciados como la juventud, la belleza, la energía, el rendimiento, el éxito y la fama. De hecho, muchos de ellos se han convertido en una marca propia: el ya mencionado Cristiano Ronaldo es más conocido como CR7. Su visibilidad catódica los convierte en un buen acicate para la publicidad.

En una sociedad que valora un cuerpo radiante y pletórico, los astros deportivos son contratados para anunciar todo tipo de productos o servicios. El aura del deportista

exitoso intensifica el poder erótico de su *sex appeal*. Su cuerpo glorificado encarna el paradigma de belleza ideal. Pensemos, por ejemplo, en el fenómeno David Beckham. Las grandes firmas deportivas capitalizan la trascendencia social del deporte fichando a equipos y deportistas. Estos se convierten en los abanderados de su marca, en una pieza clave de su estrategia de *marketing*. Citemos a Galeano: «Y hablando en plata, bien se puede decir que Adidas venció a Nike cuando Francia derrotó a Brasil en la final del Mundial 98».⁴⁵ Un partido que Ronaldo Nazário tuvo que jugar pese a haber sufrido un ataque epiléptico la noche anterior. Siguen sin disiparse las sospechas de que Nike —con muchos intereses comerciales en juego— estuviera implicada en este suceso.

La lista de clubes de fútbol europeos comprados por magnates rusos, estadounidenses, chinos o árabes no deja de aumentar. Realizan fuertes inversiones que esperan rentabilizar deportiva y financieramente. Mediante el fichaje de estrellas potenciarán su valor de marca económica. Pero no solo se espera que rindan deportivamente, también que ayuden a vender camisetas del equipo, incluso en los lugares más recónditos. Una parte de la ropa que visten los mejores deportistas ha sido fabricada a costa de la explotación laboral de millones de personas del Tercer Mundo. Más tarde los atletas subirán al podio exhibiendo sus respectivas marcas. No es anecdótico que una de las compañías punteras del sector deportivo lleve el nombre de Nike. Niké, diosa alada griega que podía correr y volar a gran velocidad, presidía las competiciones atléticas y proclamaba la excelencia de los atletas. Un guiño a nuestra tradición helénica sería el logotipo de la marca, que representa una de las alas de la diosa. Pero en nuestra época, la imagen de Niké ha sido transmutada en una gran marca comercial que, de una manera sutil, transmite primordialmente la idea del éxito.

Debido a su condición espectacular, el deporte se encuentra acechado por el mercantilismo (Cagigal). La [FIFA](#) se presenta como una organización sin ánimo de lucro, aunque funciona como una multinacional que ha convertido el fútbol de máximo nivel en la gallina de los huevos de oro. Es innegable su supeditación a condicionantes políticos y económicos muchas veces incompatibles con las virtudes que predica. Sus ingresos rebasaron los 1 000 millones de euros durante el año 2013, alcanzando un superávit de 53 millones, que se suman a los 996 millones que ya acumulaba.⁴⁶ Algo muy parecido sucede con el COI. Coubertin expresó su repulsa a los mercaderes que invaden y explotan el templo deportivo. Es innegable que los Juegos Olímpicos se han convertido en algo muy diferente del sueño proyectado por su fundador. Hace muchos años que el COI devino una entidad supranacional con un inmenso poder socioeconómico. No fue ninguna casualidad que Atlanta fuera la sede de los Juegos Olímpicos y al mismo tiempo la sede central de Coca-Cola y de la cadena CNN. Esto ocurría en 1996, cien años después de que se celebraran en Atenas los primeros Juegos Olímpicos. Si China no fuera una potencia económica, no hubiera podido albergar los Juegos de 2008. Que no respete los derechos humanos no fue ningún impedimento para que el gigante asiático organizara este evento.

El deporte puede ser una simple afición recreativa y formativa, también una profesión remunerada. Aunque no debemos olvidar que el auténtico deportista es aquel que ama su

profesión, aquel cuya motivación no es exclusivamente crematística. Butcher y Schneider sostienen que solo aquellos que antepongan las motivaciones intrínsecas a las extrínsecas (dinero, fama, éxito) actuarán de acuerdo con el *fair play*, a saber, respetando el espíritu del deporte.⁴⁷ Como dice Cazorla:

El deporte requiere una cierta cuota de generosidad y de entrega a valores que no sean exclusivamente los materiales. Cuando aquellos desaparecen en favor del dinero, de las ganancias y, en otras palabras, en favor del anti-deporte, el deporte como tal empieza a retroceder.⁴⁸

Corremos el peligro de que la alegría de jugar deje de ser la razón de ser de los deportistas. Estos nunca deberían abandonar su condición de *homo ludens*. En contra del aristocrático y trasnochado amateurismo olímpico, pensamos que el deporte y el profesionalismo pueden conciliarse. Si tenemos en cuenta la etimología de *amateur* («el que ama»), el deportista que valora su profesión merece ser calificado como tal.

Corrupción

Corromper significa «desviar a una persona de la rectitud o del deber», pero también «viciar o alterar una sustancia, desfigurándola y volviéndola putrescente». La persona corrupta es aquella que no es íntegra porque se ha degradado moralmente. Corromper o corromperse es, ante todo, un acto de injusticia con uno mismo. Las raíces antropológicas de la corrupción han sido exploradas por muchos filósofos. Desde los antiguos griegos no ha pasado inadvertida la naturaleza potencialmente corrupta del ser humano. Platón nos prevenía contra aquellos que anteponen el provecho individual al bien común, advirtiéndonos contra los peligros de una corrupción que descompone el cuerpo social. La codicia (del latín *cupiditas*) ha sido calificada, desde hace siglos, como un afán exagerado de conseguir bienes. Junto con la avaricia, fue catalogada como uno de los pecados capitales. Importantes pensadores no han dudado en subrayar el natural egoísmo del hombre. Kant dejó escrito que la madera de la que está hecho el hombre es tan curvada que no puede cortarse nada completamente recto.

El envilecimiento del deporte está ligado a circunstancias políticas, económicas y sociales. La podredumbre deportiva es cómplice de un ambiente social en el que se toleran prácticas corruptas sin ningún cargo de conciencia (un ejemplo habitual sería pagar sin IVA). No son pocos los políticos, empresarios o profesionales de otros ámbitos que han olvidado esta sentencia latina: *Corruptio optimi pessima*. Vivimos en una sociedad profundamente mercantilizada que prioriza el éxito social y la riqueza económica. García-Baró señala que la corrupción es indisoluble de la adoración del éxito aparente (poder, dinero, imagen, fama, placeres inmediatos y fáciles).⁴⁹ No debemos consentir que los valores morales sean fagocitados por la economía de mercado y la oferta consumista. Es necesario rechazar estas palabras atribuidas a Juan March: «Todo hombre tiene un precio. El que no lo tiene es porque no vale nada». No hay duda de que reflejan la deriva mercantilista de una sociedad en la que abundan las cosas que se pueden comprar con dinero. Es indecente que la lógica capitalista determine la vida

axiológica, y sería un error olvidar a Antonio Machado: «Es de necios confundir valor y precio».

La codicia y la deshonestidad pueden arruinar nuestros mejores ideales; sin estos, el deporte no tendría ningún valor moral. La comercialización del deporte sigue minando su nervio moral. Son numerosos los casos que ejemplifican el poder corruptor de la mercantilización deportiva. Algunos de sus actores no dudan en adorar a Mammón, ese diablo bíblico que simbolizaba las riquezas. Manchado por el *vil metal*, el universo deportivo es un caldo de cultivo para que brote la corrupción. Existen evidencias claras del origen sórdido de algunas fortunas de la plutocracia futbolística. En palabras de Cortina:

Una actividad social, como el deporte, cobra sentido de perseguir metas que le son propias y para lograrlo necesita también medios, como el dinero, pero cuando los medios suplantán a los fines se corrompe y empieza a oler mal.⁵⁰

Es triste que, a estas alturas, reaccionemos sin estupor cuando aparecen informaciones sobre resultados deportivos adulterados. Combatir la corrupción en el deporte seguirá siendo una tarea ardua.

Si por corrupción entendemos un proceso de degradación moral y abuso de poder, el mundo del deporte puede mostrarnos ejemplos por doquier. Ya en tiempos antiguos Filóstrato mencionaba a atletas corruptos. La compraventa de un partido es una acción contradictoria con los principios humanistas del deporte. El deportista que no se esfuerce al máximo por derrotar a su contrincante está atentando contra el espíritu deportivo. Los medios de comunicación nos hablan de deportistas que han aceptado sumas de dinero con el fin de dejarse derrotar. La proliferación de estos casos de juego sucio pone en tela de juicio la honestidad y la equidad de las competiciones deportivas. Habida cuenta de que el fútbol es el deporte más popular del mundo, es el que ofrece más casos de corrupción.

Tampoco podemos ignorar el inquietante mundo de las apuestas. Aunque su vinculación con el deporte no es nueva, en las últimas décadas internet ha contribuido — con las apuestas en línea— a incrementar su alcance y cuantía pecuniaria. Según Meynaud: «Resulta difícil extirpar la corrupción de un deporte que es objeto de tantas apuestas, y cuyos jugadores son, al fin y al cabo, seres humanos».⁵¹ En cualquier caso, los jugadores nunca deberían apostar a los resultados de las competiciones en las que ellos participan. Recordemos que en 2013, Nikola Karabatic (uno de los mejores balonmanistas del mundo) y otros jugadores franceses se vieron envueltos en un episodio de apuestas deportivas y amaño de partidos. La LNH, la liga francesa de balonmano, los sancionó con seis partidos sin jugar. Se adujo que se trataba de un comportamiento que no se ajustaba a los principios y a las reglas deontológicas aplicables a la práctica del balonmano y que, en consecuencia, atentaba de manera manifiesta contra sus valores.⁵² Finalmente fueron juzgados y condenados a una multa económica. También debemos tener en cuenta los entramados de apuestas ilegales controlados por grupos mafiosos.

Es innegable el poder corruptor del dinero en las relaciones humanas. La venalidad del

deporte-espectáculo lo hace susceptible de estafas de cualquier tipo. La corrupción en el ámbito deportivo ha sido elevada a delito en la reciente reforma del Código Penal español. Se enmarca en la regulación de la corrupción entre particulares que regula, *ex novo*, lo que podría llamarse el delito de «fraude deportivo» con el objeto de salvaguardar la «integridad deportiva» o «el propio estilo deportivo». El tipo penal obra con el simple ofrecimiento o concesión, solicitud o recepción de un beneficio o ventaja injustificados para «predeterminar o alterar de manera deliberada o fraudulenta el resultado de una prueba, encuentro o competición deportiva», obteniendo o concediendo un trato de favor indebido como contraprestación y beneficiando a uno de los equipos o participantes en la competición. El fenómeno de la corrupción ha salpicado a los miembros del colectivo deportivo: árbitros, jugadores, entrenadores o directivos. Los representantes de jugadores tampoco escapan a esta infamante espiral.

Muchos casos de corrupción son indetectables. A pesar de ello, son bastantes los que afloran a la luz pública. Pocos deportes han quedado a salvo de su nefasta influencia. La palabra *tongo* significa «engaño o trampa» y aparece asociada al mundo deportivo a partir del momento en que su profesionalización facilita el dejarse ganar por dinero. Los poderosos tentáculos de la corrupción han emponzoñado deportes como el boxeo, las carreras de caballos, el patinaje artístico, el tenis, el cricket o el voleibol. El ciclismo tampoco es ajeno a este tipo de desmanes. El que fuera director del equipo Festina, Bruno Roussel, explicó en *Tour de vices* que Virenque le compró a Ulrich una etapa del Tour de 1997 por 100 000 francos. Hace unos años, Italia fue el escenario del Calciopolis, una trama de corrupción —relacionada con la manipulación de partidos— que involucró a importantes clubes de fútbol entre los años 2005 y 2006. En otro caso el protagonista fue el Comité Paralímpico Español (CPE), cuando se confirmó una de las grandes estafas de la historia del deporte de España, a saber: 14 de los 200 participantes en los Juegos Paralímpicos de Sydney (2000) no tenían ninguna discapacidad, 10 de ellos formaban parte de la selección de baloncesto que consiguió la medalla de oro arrollando a sus rivales. El motivo por el cual mintieron fue alcanzar el éxito y obtener subvenciones con más facilidad.

El desprestigio del COI tiene mucho que ver con la bajeza moral. Si bien todos sus integrantes, en el momento de ingresar a la organización, hacen un juramento que los comprometen a respetar la Carta Olímpica y mantenerse ajenos a toda influencia política o comercial,⁵³ varios de sus dirigentes han sido condenados por corrupción. El COI deja atrás un largo historial de casos nada honorables que lo alejan diametralmente del ideario que inspiró el neoolimpismo a finales del siglo XIX. No podemos dejar de mencionar aquí el escándalo de los Juegos Olímpicos de Invierno de Salt Lake City (2002), cuando se comprobó que 13 miembros del COI habían recibido sobornos o aceptado regalos a cambio de votar a favor de la designación de la capital del estado de Utah. El lector interesado en ahondar en las tropelías cometidas por algunos dirigentes olímpicos puede remitirse a los libros *Los señores de los anillos* y *Los nuevos señores de los anillos*, escritos por Vyv Simson y Andrew Jennings.

La FIFA tampoco ha quedado a salvo del veneno corruptor. Desde hace un tiempo esta

entidad se encuentra bajo sospecha. Una muestra de ello son las alarmantes irregularidades en la elección de la sede de la Copa Mundial de Fútbol de 2018 y 2022. El máximo organismo del fútbol mundial concedió la organización de estos campeonatos a las peores candidaturas: Rusia y Qatar. Los indicios de que algunos miembros de la FIFA aceptaron sumas millonarias son muy elocuentes. Se trataría de una situación muy grave, habida cuenta de que estos dos países no respetan los derechos humanos. Una muestra de ello sería la explotación de las personas que trabajan en las obras para el evento qatari. Esto no ha sido un obstáculo para que la FIFA siga encubriendo sus auténticas intenciones con una retórica que apela a los derechos humanos, la paz y la solidaridad. En este caso la ética se convierte en una hábil estrategia de maquillaje con el fin de impedir que la desfachatez salga a la luz. No deja de resultar llamativo que tanto la FIFA como el COI crearan sendas comisiones éticas para detectar y analizar asuntos de nula deportividad. Una manera muy particular de maniobrar por aguas turbulentas es disimulando su exigua credibilidad moral. Todos aquellos que confunden la cosmética con la ética cometen un serio error.

Para terminar este apartado, queremos detenernos en un episodio relacionado con el narcotráfico, una de las expresiones más detestables de la corrupción. Recordemos un hecho que en su momento conmocionó a la opinión pública internacional. El 2 de julio de 1994 fue asesinado en Medellín el defensa central colombiano Andrés Escobar. Para entender este trágico suceso, es necesario mencionar un hecho futbolístico: Escobar había marcado un gol en propia puerta durante un partido decisivo de la Copa Mundial de Fútbol que se celebraba en Estados Unidos (1994). El capitán de la selección cafetera se convirtió en un mártir de una sociedad asfixiada por una corrupción estructural. Un autogol lo condenó al final más fatídico. Nunca un simple error futbolístico tuvo consecuencias tan letales. Investigaciones ulteriores corroboraron que no se trataba de un hecho casual, sino de un homicidio relacionado con el narcotráfico y las mafias de las apuestas deportivas.

Instrumentalización política

El DRAE define *instrumentalizar* como «utilizar algo o a alguien como instrumento para conseguir un fin». Desde tiempos muy remotos el deporte ha sido utilizado con objetivos políticos de discutible moralidad. Esparta, por ejemplo, aprovechaba sus victorias olímpicas para demostrar a sus rivales griegos su superioridad política. Podemos denunciar el intervencionismo estatal que ha sufrido el deporte con el fin de atizar el nacionalismo agresivo de las masas. Especialmente en su versión espectacular, el deporte puede ser un buen medio de manipulación ideológica, ya sea capitalista, comunista o totalitaria. Se trata de un campo abonado para que la *libido dominandi* pueda extenderse. En los grandes eventos deportivos interestatales los resultados pueden reafirmar o debilitar la imagen de un país o de un régimen político a los ojos del extranjero.⁵⁴ Los Estados refuerzan su identidad y prestigio nacional invistiendo a sus mejores deportistas con la misión de embajadores internacionales.

Sabemos que el poder político es proclive a utilizar el deporte en provecho de sus intereses, en no pocas ocasiones *bastardos*. João Saldanha, periodista brasileño que llegó a ser seleccionador nacional de su país, comentó que

el fútbol será mucho más hermoso cuando antes de un encuentro entre dos selecciones no se toquen los himnos nacionales ni tengan que estar presentes las banderas de los dos países; ver a los dos equipos formados sobre el campo es como ver a dos ejércitos que van a la batalla.

Inspirándose en las célebres palabras de Carl von Clausewitz —«la política es la guerra por otros medios»— Pierre Bourgeade tituló así una de sus novelas: *Le football c'est la guerre poursuivie par d'autres moyens*. El deporte ha sido convertido, reiteradamente, en instrumento del patriotismo y vehículo de autoafirmación colectiva. Jorge Luis Borges llegó a afirmar que

el fútbol despierta las peores pasiones. Despierta sobre todo lo que es peor en estos tiempos, que es el nacionalismo referido al deporte, porque la gente cree que va a ver un deporte, pero no es así.

Para algunos un partido de selecciones nacionales es una especie de guerra en la que unos soldados —ya sean mercenarios o milicianos— representan a su patria. Incluso un partido de waterpolo puede convertirse en la prolongación de un conflicto armado entre dos Estados. Esto ocurrió cuando las selecciones de la URSS y Hungría se enfrentaron en los Juegos Olímpicos de Melbourne (1956), en plena crisis desatada por la invasión soviética de Hungría para sofocar su revuelta democrática. Como una metáfora de la represión que sufrió Budapest, aquel día la piscina acabó teñida de sangre a causa de la violencia ejercida por los soviéticos.

A menudo el deporte ha servido para reafirmar posiciones políticas de corte nacionalista, chovinista y racista. Podemos detenernos en la Italia del Duce Benito Mussolini y la Copa Mundial de Fútbol de 1934 y la de 1938. En ambos casos la *Squadra Azzurra* conquistó el máximo galardón. Durante aquellos años los mejores deportistas transalpinos eran tratados como soldados al servicio de una nueva y pujante Italia. Otro ejemplo son los Juegos Olímpicos de Berlín (1936), utilizados como vehículo de exaltación del Tercer Reich. Recordemos el filme *Olympia* (1938) de Leni Riefenstahl, una obra maestra desde el punto de vista propagandístico. El nacionalsocialismo alemán pretendía reafirmarse internacionalmente mediante las victorias de sus deportistas. Estos gladiadores de Hitler (Heinrich Mann *dixit*) auparon a su país hasta el primer lugar del medallero con un total de 89 preseas (33 de oro, 26 de plata y 30 de bronce). Del todo ajeno al espíritu olímpico, para el Tercer Reich solo contaban los vencedores.

En cualquier caso, el deporte no ha sido ajeno a algunos de los grandes avatares del siglo XX. Durante la Guerra Fría su politización fue constante. Después de la Segunda Guerra Mundial el nuevo orden internacional estuvo marcado por la bipolaridad entre los dos gigantes planetarios: la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y los Estados Unidos de América. En plena carrera armamentística, los juegos olímpicos y los grandes

campeonatos internacionales fueron escenarios donde exhibir el potencial político estatal. El antagonismo entre países y bloques geopolíticos convirtieron los campeonatos deportivos en una batalla encarnizada entre escuadras enemigas. En los Juegos Olímpicos de Múnich (1972), un atleta norcoreano reconoció que apuntaba mejor porque el presidente Kim Il Sung le había dicho que se imaginase tomar por blanco a «un enemigo de clase».⁵⁵ Los éxitos deportivos se emplearon políticamente como signo de superioridad internacional, como una manera de apuntalar la imagen y la presencia de un país en el escenario internacional.

Como es sabido, la Guerra Fría no provocó contiendas armadas directas entre las dos superpotencias. Debido al carácter disuasorio de una posible guerra nuclear, las reglas de juego cambiaron por completo. Habida cuenta de que una guerra abierta estaba destinada a acabar en la aniquilación total, fue necesario recurrir a nuevos medios para afirmar su preeminencia. A partir de ese momento el vehículo de la enconada rivalidad entre los dos bloques recayó en el aspecto político, económico, cultural, científico, tecnológico o simbólico. Para hacer gala de la superioridad de su modelo sociopolítico, todas las oportunidades eran válidas. Los grandes eventos deportivos mundiales fueron considerados un ámbito de liza ideal por su condición de escaparate mundial.⁵⁶ Mientras que Gerald Ford afirmó: «Un éxito deportivo puede servir a una nación tanto como una victoria militar», Nikita Krushev pronunció estas palabras: «El triunfo de los atletas soviéticos es una victoria para el hombre de la nueva sociedad socialista». Dos momentos álgidos de esta reñida pugna se vivieron en los Juegos Olímpicos de Múnich (1972) y de Lake Placid (1980). Mientras que en suelo bávaro los soviéticos truncaron la hegemonía yanqui en el baloncesto, ocho años más tarde el equipo estadounidense derrotó, contra todo pronóstico, al Red Army en la fase final de hockey sobre hielo.

En este mismo contexto histórico podemos fijarnos en la extinta RDA (República Democrática Alemana). Es incontestable que el dopaje fue una pieza clave de un entramado auspiciado por el Estado. Incluso hubo quien cambió su nombre por el de *Deutschen Doping Republik*. Los éxitos se produjeron particularmente en el deporte femenino, que conquistó un elevado número de medallas en el transcurso de diez ediciones olímpicas. Debemos tener en cuenta que los juegos olímpicos son un escaparate sensacional y que sus dos pruebas reinas son el atletismo y la natación, justamente donde más descollaron sus deportistas. Según la exnadadora Carola Beraktschjan, todos ellos fueron medios para demostrar que el comunismo era mejor que el capitalismo. El hecho de que las sustancias consumidas pudieran afectar su cuerpo era un asunto totalmente secundario. Estos deportistas fueron mecanizados y cosificados por parte de las altas instancias políticas. El precio que tuvieron que pagar por ganar fue muy alto y, en algunos casos, monstruoso. No deberíamos olvidar que ninguna medalla es tan valiosa como la vida.⁵⁷

Sería un error creer que la instrumentalización deportiva es agua pasada. Las injerencias políticas en el mundo deportivo son moneda corriente. Con la caída del Muro en 1989 el deporte seguirá siendo una pieza codiciada. Algunos deportistas, aprovechando su celebridad, se han dedicado a la política una vez han concluido su

carrera deportiva. Este fue el caso del futbolista liberiano George Weah. No obstante, no sería difícil encontrar casos de deportistas manipulados políticamente. Los deportistas envueltos con su bandera en lo más alto del podio son agasajados por sus gobernantes. Apelando a su representatividad social, los mandatarios siguen extrayendo sustanciosos réditos electorales de sus campeones. Es el momento apropiado para congratularse de su triunfo y ensalzar sus cualidades morales; sin ellas, no habrían alcanzado el éxito. Encarnando valores tan importantes como el sacrificio, el esfuerzo, la disciplina, el compromiso o la cooperación, devienen referentes morales de la población en general, especialmente de los más jóvenes.

En los últimos años se ha afirmado que los deportistas son los mejores embajadores de la «Marca España», un concepto claramente mercantilista. La reputación internacional de estos hombres y mujeres redundaba en la notoriedad del país al que pertenecen. Por este motivo el gobierno español defendió a capa y espada la pulcritud moral de sus campeones ante la posibilidad de que se mancillase su honor patrio. Aunque también existen deportistas que han dejado de ser héroes para convertirse en villanos. Johann Mühlegg es uno de ellos. Fue después de dar positivo con darbepoetina, una especie de EPO que mejora la oxigenación de la sangre y, por lo tanto, el rendimiento físico. Nacido en tierras alemanas, Johann pasó a llamarse Juanito después de adquirir la nacionalidad española. Triple medallista olímpico de esquí de fondo en los Juegos Olímpicos de Invierno en Salt Lake City (2002), fue desposeído de estas tres preseas de oro.

Política y deporte mantienen diversas conexiones. Por ejemplo, las millonarias inversiones destinadas al deporte de élite restan ayuda económica a la promoción de otro deporte al alcance de todos, sin restricciones ni diferencias, pensado para el bienestar físico, psicológico y social de niños, jóvenes, adultos y ancianos. Es primordial que nuestros representantes políticos garanticen a la ciudadanía el acceso al deporte, ya sea a nivel escolar o como recreación más o menos competitiva. En resumen, sería deseable que la política deportiva dejara de estar tan obsesionada por el brillo de las medallas internacionales. Como toda manifestación social o cultural, el deporte tiene un carácter político y debe ser implementado en función de un proyecto progresista.⁵⁸

Desde el momento en que el deporte es un bien social, las administraciones deben facilitar a todos los ciudadanos el derecho de acceso igualitario a la práctica deportiva. Es importante promover una sociedad verdaderamente *deportivizada*. Esto significa democratizar el deporte y convertirlo en un servicio público, fomentando la participación activa de amplios estratos de la población gracias a una buena red de instalaciones y equipamientos. Tenemos que redimensionar el deporte en función de tres ejes transversales: la educación, la salud y la cohesión social. English ha distinguido entre los beneficios básicos y los beneficios escasos del deporte. Formarían parte de los primeros, la salud, la diversión, la satisfacción de dar lo mejor de sí, el desarrollo de un sentido de cooperación mediante el trabajo en equipo, el estímulo de medir las propias capacidades con las del contrincante y progresar mediante la aceptación de la crítica y de las propias limitaciones. Estos beneficios deben estar al alcance de todos, sin distinciones socioeconómicas, étnicas o de género. La fama, el reconocimiento público y las

recompensas económicas serían beneficios escasos, solo accesibles a unos pocos.⁵⁹

Alienación deportiva

Entre las críticas que ha recibido el deporte está la que subraya su función alienadora. Esta noción nos remite a la filosofía de Karl Marx. Este maestro de la sospecha persiguió un ideal basado en un hombre autodeterminado y autorrealizado. En este sentido utilizará dos términos indistintamente: *Entäusserung* y *Entfremdung*. Mientras que el primero equivale a «desposesión» o «despojo» (*alienatio*), el segundo podría traducirse por «extrañamiento», «destierro» o «falta de comunicación».⁶⁰ El capitalismo es alienante porque no permite la autorrealización de los hombres, mutilándolos y deshumanizándolos. Por este motivo son muchos los autores que, parafraseando al propio Marx, se han referido al deporte como una nueva versión del opio del pueblo, como una droga social para adormecer al hombre-masa (Ortega y Gasset). Es innegable que el deporte ha sido utilizado como un dispositivo de control ideológico. Los poderosos se han servido de él para perpetuar su preminencia sociopolítica. A manos de las élites gubernamentales, el deporte puede contribuir a anular la conciencia social y desviar la atención de los problemas trascendentes. Los ciudadanos de a pie viven con incompreensión e impotencia los graves problemas del país. Pero, en cambio, muchos de ellos llevan un entrenador dentro y no dudan en exponer una mejor alineación para su equipo.

El deporte también ha sido un fabuloso narcótico social, una actualización del *panem et circenses* (Juvenal). Antes eran gladiadores en la arena, ahora son boxeadores en el ring o jugadores de hockey sobre hielo. En este deporte es habitual que, para regocijo de los espectadores, los jugadores se enzarcen en peleas, más peligrosas si cabe debido a que el *stick* puede convertirse en un arma letal.

El deporte actuaría como un mecanismo de encubrimiento por parte del *establishment*, un lenitivo para suavizar el descontento de los injustamente desfavorecidos. Se trataría de una anestesia para aplacar posibles disidencias, una estrategia para mantener el aturdimiento, la estulticia y el servilismo. El deporte es un elemento despolitizador porque encarrila las energías que podrían subvertir las relaciones de poder imperantes. El deporte es un instrumento catártico que permite desahogar la violencia contenida. Porta Perales indica:

El fútbol es una terapia —bálsamo o placebo— que permite apaciguar determinadas frustraciones individuales y sociales —con sus correspondientes pulsiones agresivas cuando existen— por medio de una serie de comportamientos afirmativos como gritos, insultos, cánticos y desfiles que exaltan lo propio y denostan lo ajeno.⁶¹

Una de las formas de perpetuar el orden establecido es ocultar las contradicciones sociales. Mientras son muchas las personas socioeconómicamente condenadas al fracaso y a la frustración, el discurso sobre el deporte sigue alimentando la ilusión de que vivimos en una sociedad meritocrática.⁶² Esta pseudoreligión universal contribuiría a obnubilar y

enajenar a millones de individuos. En 1971, Santiago Bernabéu, declarado franquista, afirmó:

Estamos prestando un servicio a la nación. Nosotros lo que queremos es tener contenta a la gente. Le digo que estamos prestando un servicio porque a la gente le gusta mucho el fútbol, y con el fútbol los españoles hacen más llevaderos los problemas cotidianos.

El fútbol actuaría como válvula de escape con el fin de aliviar, aunque sea transitoriamente, las pasiones reprimidas. El deporte, convertido en la principal mercancía de la industria multinacional del entretenimiento, contribuye a la cretinización de la muchedumbre solitaria (David Riesman). Parafraseando a Adorno y Horkheimer, el deporte funcionaría como una cortina ideológica detrás de la cual se concentra el infortunio real. Debemos desenmascarar aquel deporte alienador al servicio de la estupidez y la brutalidad (Marcuse).

Se ha dicho que el deporte es la forma en la que la modernidad manifiesta su nostalgia del héroe. De un modo metafórico y virtual, el deporte revive aquel mundo épico donde estaban claros los límites del territorio e identificados los miembros de la tribu, de cuyos valores comunitarios el héroe era el representante más íntegro y armonioso.⁶³ Si la gente necesita héroes —reales o de ficción—, el deporte resolvería esta necesidad creando su propio panteón: las personas los imitan o aspiran a ser como ellos; sus comportamientos y actitudes tienen una representatividad enorme. Millones de teleconsumidores vibran con sus ídolos deportivos; siguen, hechizados, las actuaciones de unos personajes agigantados por los medios de comunicación de masas. Siguiendo a Magnane: «Las previsiones de Coubertin, que veía a los campeones esencialmente como educadores, están ya, con alguna ligera excepción, desmentidas: el fervor de la masa los ha convertido en estrellas».⁶⁴

Puesto que magnificamos el deporte-espectáculo, hacemos de sus protagonistas los depositarios de muchos valores morales. En nuestras desmoralizadas y desorientadas sociedades, el público traslada su anhelo idealista a los grandes logros deportivos, erigiendo a los atletas en modelos heroicos. Extinguidos los grandes relatos que otorgaban sentido a la vida humana (Lyotard), un segmento nada desdeñable de la población transmuta a los campeones deportivos en héroes. Los nuevos Heracles serían los ciclistas, los maratonianos o los nadadores. Muchos deportistas son asemejados a intrépidos titanes que se enfrentan a peligros desconocidos. El deporte de élite renueva sin cesar su panteón de fulgurantes y endiosados personajes. Se trata de iconos en los cuales nos vemos reflejados, en ellos proyectamos esperanzas, sueños o pasiones.

El campeón despierta un extraordinario interés entre la población. El espectador mirifica a unas estrellas que destellan para más tarde desvanecerse. En nuestros tiempos acelerados y presentistas, solo mientras brillan existen en el imaginario colectivo. Estos flamantes ídolos son consumidos a la espera de nuevos astros. El deporte es un inacabable hontanar de leyendas fugaces, de meteóricos y frágiles objetos destinados a romperse. Muchos de ellos son como gigantes con pies de barro. En nuestros tiempos posmodernos, el universo deportivo permite que sea visto como una mitología pagana,

otra forma de reencantar nuestro inhóspito mundo. Este fanatismo o culto desmesurado al héroe puede ser consecuencia del aislamiento social o la masificación que experimenta el hombre actual. De este modo, los rituales deportivos se transforman en espacios públicos donde los hombres expresan sus necesidades y miedos. Entre muchas otras cosas, el deporte ayuda a canalizar fantasmas sociales. Recordemos el funeral del piloto de Fórmula 1, Ayrton Senna da Silva, fallecido en 1994 en un accidente en el circuito de Imola. El gobierno de Brasil decretó tres días de luto por la muerte de Senna, y fue enterrado con honores de Estado. Se calcula que más de un millón de personas acompañaron su féretro.

La ideología deportiva tiene una tremenda capacidad mitopoyética. Hemos convertido a las figuras del deporte en acreedores de una hiperbólica adoración, en una suerte de semidioses venerados sin justificación. Algunos de los campeones son entronizados en el altar de la idolatría popular. No son pocos los que viven su *pathos* deportivo como una instancia salvadora. Argullol ha escrito que nos hemos acostumbrado a vivir sin lo divino, aunque tenemos una apremiante necesidad de lo idolátrico. Es fácil erigir a los ídolos, también derrumbarlos y olvidarlos. De este modo hemos sustituido la gloria y la trascendencia por el éxito y la inmediatez.⁶⁵ Algunos han convertido el deporte en una religión laica. Así, existen clubes de fútbol que han descubierto un negocio en la habilitación de espacios funerarios para aquellas personas que desean que sus cenizas — guardadas en una urna— reposen en su templo futbolístico. También es conocida la práctica de otros aficionados cuyo último deseo es que sus familiares esparzan sus cenizas en el césped del estadio mientras suena el himno del equipo de su corazón.

Son muchos los filósofos que nos han invitado a ejercitar nuestro pensamiento con el fin de adquirir un espíritu crítico y emancipador. En *¿Qué es la Ilustración?*, Kant dejó escrito: «*Sapere aude!* ¡Ten valor de servirte de tu propio entendimiento! He aquí la divisa de la Ilustración». Este pensador nos impelía a abandonar el oscurantismo y la minoría de edad, a desplegar nuestra capacidad reflexiva y razonadora. Solo así nos convertiremos en personas con una elevada autonomía moral y protagonistas de nuestra vida, ciudadanos responsables e implicados, capaces de plantear alternativas constructivas a la facticidad sociopolítica. De este modo podremos devenir una comunidad democrática basada en valores como la libertad, la justicia y la igualdad. Pero esta visión contrasta vivamente con el talante heterónomo y pusilánime de muchas personas. Resulta significativo que Vicente Verdú haya relacionado la gran pasión que actualmente despierta el espectáculo deportivo con la infantilización social.⁶⁶

Se tiende a creer que los deportistas y sus triunfos proporcionan felicidad a muchos individuos. De hecho, en muchos países abundan los que siguen con atención sus éxitos. Tristemente, muestran mucho menos preocupación por la situación educativa y sanitaria de su sociedad. Pongamos un ejemplo para atestiguarlo. Un año después de las protestas por los costes económicos de la Copa de Confederaciones de Brasil (2013), grupos de ciudadanos brasileños reiteraron su disconformidad por el derroche monetario que supuso la Copa Mundial de Fútbol de 2014. Los manifestantes demandaban que el Gobierno invirtiera el dinero del mundial en mejorar cuestiones sociales mucho más

apremiantes como la educación y la sanidad. No debemos olvidar las profundas desigualdades socioeconómicas que laceran a ese país sudamericano. El tiempo ha dado la razón a los que mostraban su indignación ante tal despropósito. Después de un año de los fastos futbolísticos, algunos de los estadios distan mucho de haber amortizado su elevado coste económico. No deja de ser paradójico que uno de ellos —el Arena Pantanal de Cuiabá— haya acabado sirviendo de refugio para personas sin hogar.⁶⁷

Esta situación contrasta con lo que años antes ocurrió en Toronto, con el fin de evitar que esa ciudad canadiense albergara los Juegos Olímpicos de 2008. El movimiento antiolímpico Bread not Circuses planteaba que el dinero destinado a organizar este magno evento debería invertirse en sanidad, seguridad social y medio ambiente. Defendía que el dinero público se gastase en necesidades (*bread*) en lugar de dedicarlo a organizar festivales deportivos lujosos (*circuses*).⁶⁸ Morell escribía que el mal no radica en el pan y el circo, sino en aquellos que venden sus derechos como personas libres para llenarse su barriga y excitarse con unos juegos a fin de distraerse de otras necesidades humanas que el pan y el circo no pueden resolver.

Dopaje

El dopaje puede ser definido como la utilización de sustancias u otros medios con el fin de aumentar el rendimiento en la competición, que puede entrañar un perjuicio de la ética deportiva y de la salud física del atleta. Desde hace muchos años las autoridades olímpicas persisten en su cruzada contra el dopaje invocando el valor moral y educativo que atesora el deporte. Las razones por las cuales se condena el dopaje son: la protección de la salud de los deportistas; el juego limpio, entendido como equitativo y carente de engaño, y la integridad y unidad del deporte conforme a sus bienes internos.⁶⁹ La obsesión por el triunfo —avivada por el dinero, la fama o el éxito— puede incitar a perseguirlo a cualquier precio. El énfasis desenfrenado puesto en vencer puede arruinar la credibilidad moral del deporte. Cuando el fin justifica cualquier medio —deshonesto o injusto— para conseguirlo, el deportista se hace merecedor del oprobio.

Podemos detenernos en la final de los 100 metros de los Juegos Olímpicos de Seúl (1988). Nunca antes un atleta había quedado fuera del podio con una marca inferior a los diez segundos. El vencedor fue Ben Johnson, que se impuso a su gran rival, Carl Lewis, y superó la plusmarca mundial. Pero su gloria fue efímera, pues el control antidopaje reveló que su éxito era espurio. Aunque se le permitió competir de nuevo, fue suspendido de forma irrevocable cuando reincidió en el consumo de sustancias proscritas. Diez años más tarde achacaba a la codicia, el prestigio y la gloria la razón de haberse dopado: «Así es la sociedad y así es la vida», dijo. Como dice Tamburrini:

Deberíamos hacer todo lo posible para que los atletas (tanto hombres como mujeres), así como otras categorías profesionales, entiendan que existen valores superiores al éxito profesional, la fama y el dinero.⁷⁰

Los deportistas que priorizan los bienes externos (dinero, fama, estatus) en detrimento de los internos merecen nuestra reprobación. En *Tras la virtud*, MacIntyre afirma que la

justicia, la valentía y la honestidad son virtudes esenciales de cualquier práctica —sería el caso de muchos deportes— que contenga bienes internos y modelos de excelencia.

Cuando se absolutiza el éxito pueden tomarse caminos errados. Harold Connolly —medalla de oro en los Juegos Olímpicos de Melbourne (1956)— dijo: «La inmensa mayoría de los atletas que conozco harían cualquier cosa, salvo matarse, para mejorar su rendimiento atlético». Mientras que un estudio de Bamberger y Yaeger demostró que el 50 % de los atletas internacionales estarían dispuestos a consumir una droga que les garantizara el oro olímpico aunque ello implicara su muerte al cabo de pocos años. Recordemos la historia que sobre Aquiles nos cuenta la mitología: prefirió una vida breve y gloriosa a una longeva, pero mediocre y gris. Sin embargo, los atletas ya no compiten en busca de la gloria imperecedera de la que nos hablaba Píndaro; lo hacen por motivos prosaicos y materialistas, como el afán lucrativo o el prestigio social. La necesidad imperiosa de ganar —de ser más fuertes, más resistentes o más rápidos— contribuye a que algunos pongan en riesgo su salud, uno de los valores personales y sociales más esenciales.

La historia del dopaje se remonta a los albores del deporte occidental. Sabemos que durante los antiguos Juegos Olímpicos algunos atletas comían testículos de carnero para aumentar su fuerza. El primer deportista del que tenemos constancia que murió a causa de las drogas es el ciclista Arthur Linton, en 1896. También pasará a la historia del deporte Knud Enemark Jensen, quien murió mientras participaba en los Juegos Olímpicos de Roma (1960). Este joven ciclista danés ingirió una dosis de anfetaminas que, sumada al esfuerzo de la competición, le provocó la muerte. Un caso particularmente trágico fue la agónica muerte de Birgit Dressel en 1987. Esta heptatleta de la República Federal Alemana había recibido más de cuatrocientas inyecciones de anabolizantes en el transcurso de seis años. A estos nombres podríamos añadir muchos más.

El deporte más fustigado por el dopaje ha sido, sin lugar a dudas, el ciclismo. El caso Festina (1998) fue uno de sus episodios más escabrosos. Otro suceso que tuvo una inmensa repercusión mediática está asociado al nombre de Lance Armstrong. Recordemos que fue despojado de sus siete triunfos en el Tour de France por dopaje continuado. Toda su trayectoria deportiva quedará emponzoñada por el cinismo, la infamia y la vergüenza. A causa de sus descaradas mentiras, fue defenestrado de su lugar de honor en los anales del deporte.

España no ha sido ajena a los episodios de dopaje. Sobresalen las operaciones Puerto y Galgo, en las que estaban involucrados notables deportistas españoles. Uno de ellos, el exciclista Jesús Manzano, denunció los hechos. Tiempo después acabó fichando por el equipo italiano Amore e Vita, dispuesto a admitir a corredores autoinculcados, arrepentidos y que habían colaborado con las autoridades. La reinserción, común en otros ámbitos sociales, también debería formar parte del deporte. Es justo ofrecer una nueva oportunidad a todas aquellas personas que han quebrantado una norma y se han retractado.

Debemos denunciar la sinrazón de determinados aspectos del universo deportivo

actual. El fenómeno del dopaje no puede desvincularse del nivel hipercompetitivo y mercantilizado del deporte-espectáculo. En esta línea cabe reseñar que las ligas profesionales estadounidenses tienen reglamentos muy permisivos contra el dopaje. El deporte de alto rendimiento se asemeja a una carrera de proporciones desmedidas. En muchos casos su objetivo será exprimir por completo las posibilidades del atleta. Los centros de alto rendimiento son laboratorios que fabrican futuros campeones. Estos se asemejan a piezas de un engranaje, a robots destinados a batir marcas y ganar títulos. En muchos deportes de élite la obsesión por rebasar los registros convertirá en indispensable el consumo de sustancias dopantes. En el deporte de alta competición se concede una enorme importancia al máximo rendimiento del deportista a fin de pulverizar marcas personales. Aunque algunos parezcan infranqueables, los récords siguen siendo el horizonte que marca el rumbo a seguir.

Las situaciones de dopaje provocarán que el deporte deje de ser una profesión respetuosa con unos principios y valores morales. A estas alturas, es muy difícil ahuyentar los recelos sobre el deporte. Debemos poner de relieve las desviaciones y perversiones del deporte de alto rendimiento. Su voracidad competitiva causaría estragos en la salud física y mental de los deportistas de élite. Recordemos las muertes de los ciclistas Marco Pantani y José María «Chava» Jiménez. Los deportistas de élite deben acatar muchas servidumbres para alcanzar un rendimiento extremo. No hay duda de que muchos de ellos han sido víctima de situaciones deshumanizadoras. Nunca debemos poner a las personas al servicio de fines que ellas no han elegido, siempre debemos respetar la autonomía personal del deportista.²¹ Según el principio de autonomía, tenemos el derecho a tomar decisiones propias (sin coacción) y con conocimiento de causa. Recordemos, como ejemplo, que en el ámbito médico debe aplicarse el consentimiento informado. Pero este no fue el caso de aquellos deportistas de la RDA a quienes ocultaron las contraindicaciones —en ocasiones terribles— de las sustancias que consumieron para optimizar su rendimiento. Queval ha escrito: «Los valores educativos del deporte son confrontados a los “excesos” propios del deporte de alto nivel».²² Los antiguos nos enseñaron que la vida moral siempre se encuentra amenazada por el exceso. Por este motivo, estimaron que la moderación (*sophrosyne*) era una virtud indeclinable en nuestro florecimiento vital (*eudaimonia*).

Sostengo que el dopaje es incompatible con la ética deportiva. Basándose en la obtención del éxito a toda costa, introduce el engaño, el fraude y la competencia desleal. Determinados libros escritos por exdeportistas nos permiten desentrañar sórdidos vericuetos del deporte de élite. Un buen ejemplo es *The secret race [Ganar a cualquier precio]*. Su protagonista, el exciclista Tyler Hamilton, describe el dopaje como un programa sumamente meticuloso en el que el deportista es tratado como un conjunto de cifras y fórmulas calculables, como un mero problema fisiológico y biomecánico. En suma, queda reducido a una ecuación resoluble en función de la masa corporal, el porcentaje de grasa, el voltaje (la medida de la potencia), el hematocrito, la hemoglobina o el ritmo cardíaco. Obviamente, todo ello desmiente que el deporte se encuentra al servicio del ser humano. Cuando la persona deja de ser un fin en sí misma para

convertirse en un medio para obtener una marca, el éxito socioeconómico o el prestigio del club o del Estado, el deporte queda invalidado moralmente.

Coincidimos con Simon cuando afirma que el deportista que se dopa instrumentaliza tanto a sus rivales como a sí mismo. Se vulnera la dignidad humana cuando el deportista es transformado en el precio que es necesario pagar (Heinemann). En palabras de Solar:

Si la persona es el objetivo y el deporte el precio, el sacrificio del alto rendimiento está justificado, en una base pedagógica. Si el objetivo es la marca, o el éxito y el ser humano el precio a pagar, habremos confundido, con base en intereses económicos o de otro tipo, objetivos y medios.⁷³

En la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Kant nos dice:

En el reino de los fines todo tiene un *precio* o una dignidad. Aquello que tiene precio puede ser sustituido por algo equivalente; en cambio, lo que se halla por encima de todo precio y, por lo tanto, no admite nada equivalente, eso tiene una dignidad.

Mientras que las cosas pueden intercambiarse porque tienen un valor relativo o un precio, el ser humano es único y participa de dignidad, libertad y responsabilidad. Las personas tienen valor porque merecen un respeto absoluto e incondicional; su dignidad les confiere un valor incalculable.

El dopaje sigue provocando múltiples debates filosóficos; entre ellos, el paradigma transhumanista, estudiado por López Frías.⁷⁴ De manera muy simplificada, esta corriente sostiene que el dopaje debe ser aceptado y promovido no solo en el deporte sino en el ser humano. Esta propuesta filosófica toma como presupuesto el deseo constante de mejora humana. Es decir, para el transhumanista los individuos siempre tratan, por naturaleza, de ir más allá de sus limitaciones con el fin de mejorar sus condiciones de vida en busca de la felicidad. Uno de los medios para lograr este fin, y sin duda el más recurrente y poderoso, es la técnica. De este modo, el uso de tecnologías para trascender limitaciones sería una cualidad intrínseca a la condición antropológica. Entre esas tecnologías se encuentra el dopaje, que, comprendido de este modo, es una consecuencia del deseo constante por mejorar. Autores como Savulescu o Moller afirman que el espíritu que anima el desarrollo del deporte es, también, el deseo de superar limitaciones. Desde este punto de vista, el dopaje es un elemento del deporte, inherente a nuestra naturaleza.

De hecho, el deporte siempre ha sido una punta de lanza de la modernidad. Expresa el mito de la perfectibilidad infinita, simboliza la confianza en nuestras posibilidades tecnológicas. La imparable evolución que ha seguido el deporte posmoderno es indisociable de la sofisticación hipertecnológica. Esta actitud queda perfectamente representada por el récord, un registro numérico, preciso y sistemático que debe ser superado. Citemos a Cagigal:

¿No hay algún límite absoluto a la eficiencia fisicodeportiva humana? [...] Pero he aquí una segunda pregunta más trascendental que la primera: este progreso en la obtención de marcas ¿representa verdadero progreso humano?⁷⁵

Debemos cuestionar el valor moral de esta carrera vertiginosa hacia ninguna parte. Sería un error confundir el progreso deportivo con el avance moral. En este sentido, Brohm se referirá al fetichismo del récord. Después del siglo XX sabemos que el poder tecnocientífico no conlleva necesariamente más felicidad. ¿Qué beneficios sociales nos reporta que el récord mundial de los 100 metros masculino sea inferior a los 10 segundos? Nada más lejos del talante deportivo de los antiguos griegos que el concepto de récord. Desde su perspectiva, el registro y comparación de las marcas obtenidas no tenía ningún valor.

Racismo y xenofobia

El racismo es una doctrina que propugna la jerarquización y la desigualdad de las razas humanas. De este modo justifica que ciertos pueblos o culturas sean sometidos a explotación económica, discriminación social e incluso a destrucción física. El racismo es una ideología que consiste en la difamación y la calumnia del otro, en su exclusión o aniquilación. Por otra parte, de acuerdo con su etimología griega, la xenofobia hace referencia al miedo y rechazo del extranjero o forastero. A estas alturas, la unicidad de la especie humana es un dato científicamente incontestable. No obstante las diferencias en nuestra apariencia física, todos los seres humanos pertenecen a la misma especie (*Homo sapiens sapiens*). Mientras que el 99,9 % del ADN es el mismo para todos los humanos, diferencias físicas como el color de la piel o el de los ojos corresponderían al 0,1 % restante. La mayoría de los biólogos contemporáneos no consideran que la raza sea una categoría científicamente significativa; se trataría, en gran medida, de una construcción sociocultural.

Desde una perspectiva histórica, el mundo del deporte no ha permanecido invulnerable al virus del racismo y la xenofobia. Ya en los juegos de la Antigua Grecia existía un claro componente etnocentrista basado en la contraposición entre griegos y bárbaros (considerados incivilizados). Inmersos en un panorama contemporáneo, durante muchos años el deporte estadounidense ha sido el vivo reflejo de la discriminación racista. En una época que el deporte era la única manera de los ciudadanos negros para proyectarse a nivel internacional, no fue coincidencia que los éxitos de Jesse Owens pasaran desapercibidos en su propio país. Debemos recordar que en los Juegos Olímpicos de Berlín (1936), este descendiente de esclavos cosechó cuatro medallas de oro, desmintiendo la tesis de la superioridad aria. Pero, al mismo tiempo, fue en el ámbito deportivo donde algunas barreras raciales empezaron a romperse. Un hito en este proceso fue el debut en 1947 de Jackie Robinson con los Brooklyn Dodgers. Se ha llegado a afirmar que la discriminación racial empezó a declinar cuando este jugador consiguió batear en las Grandes Ligas.

Algunos deportistas serán los primeros hombres en traspasar determinadas fronteras. Sus trayectorias atléticas jalonan la historia de la lucha contra el racismo. Siguiendo a Rivero y Tamburrini, el deporte de alto rendimiento ha contribuido a disminuir el racismo en la sociedad al permitir la irrupción mediática global de ídolos deportivos pertenecientes

a minorías étnicas.²⁶ Sin embargo, por desgracia el racismo no ha desaparecido de la sociedad estadounidense y, por lo tanto, del deporte. Hace unos años Serena Williams fue objeto de abucheos y sonidos simiescos. Se podría pensar que una parte de la afición no aceptaba que su mejor tenista fuera afroamericana.

Si cruzamos el Atlántico también detectaremos situaciones de racismo repartidas por toda la geografía europea. Un ejemplo serían las acciones denigratorias que se han vivido en los campos de fútbol británicos. También debe tenerse en cuenta el fútbol italiano, uno de los más azotados por el racismo. Lilian Thuram reconoció que en su día rechazó una oferta del Lazio por la ideología ultraderechista de algunos de sus aficionados. Su argumento para justificar su decisión no deja ápice de duda: «Yo no juego para los fascistas». Otras ligas europeas —como la francesa o la alemana— han sido noticia por episodios similares. España tampoco ha sido una excepción. Hace unos años se creó el Observatorio de la Violencia, el Racismo, la Xenofobia y la Intolerancia en el Deporte. El episodio desencadenante se produjo en 2004, cuando en un entrenamiento de la selección española, Luis Aragonés se dirigió a José Antonio Reyes con estas palabras: «Tú eres mejor que ese negro de mierda del Arsenal». El futbolista aludido, Thierry Henry, era su compañero de equipo en los *Gunners*.

Sin movernos de España, en el año 2014 tuvo gran eco mediático la acción protagonizada por Dani Alves en el estadio del Villarreal CF, cuando le arrojaron —con una clara intención denigratoria— un plátano. Su irónica e inteligente respuesta consistió en recoger la fruta del suelo y comérsela. Como apuntó Serena Williams en una entrevista, el gesto de Alves podía interpretarse de este modo: «Soy un hombre, soy humano, todos los somos». El simbolismo de esta acción siempre se vinculará con la lucha contra el racismo. Lanzar un plátano al campo como instrumento de burla racista tiene una dilatada historia. Sin lugar a dudas, hace referencia al imaginario de los primates. Uno de los argumentos predilectos de los defensores de la supremacía blanca es la comparación de los negros con los monos o su cualificación como eslabón perdido entre el mono y el hombre. Muchos futbolistas han tenido que soportar que aficionados del equipo rival les obsequien plátanos, cacahuetes o chillidos guturales.

Todavía acudimos a eventos deportivos donde se producen manifestaciones racistas y xenóforas por parte de jugadores y espectadores, especialmente cuando los equipos cuentan entre sus filas con personas de diferentes etnias. Según han reconocido los máximos dirigentes de la UEFA y la FIFA, uno de sus grandes caballos de batalla es el racismo. Estos organismos futbolísticos invierten muchos millones en campañas para erradicar los insultos racistas y xenófobos dentro y fuera de los terrenos de juego. La UEFA ha aplicado severas sanciones a aquellos equipos cuyas aficiones no han mostrado el debido respeto. En algunos casos se trató de la exhibición de pancartas racistas, en otros de cánticos ultrajantes. Existen otras organizaciones que han volcado sus esfuerzos en acciones de sensibilización que puedan incidir en un cambio de actitud y comportamiento.

Amparados en el anonimato de las gradas, ciertos sujetos dan rienda suelta a su racismo y xenofobia. Algunos de los improperios en los estadios expresan la negación de

la diferencia étnica o cultural. Así, por ejemplo, en medio del rugido ambiental no es raro escuchar la palabra *sudaca*. Con este término —inequívocamente despectivo— se trata de menospreciar a un jugador sudamericano. En bastantes ocasiones, este tipo de violencia verbal es causada por miembros de grupos ultras. En este caso abundan las conductas vejatorias destinadas a jugadores rivales e incluso del propio equipo. Son muchos los futbolistas que son víctimas de actitudes totalmente inadmisibles, pero esta situación se agrava cuando prestamos atención a categorías inferiores. Allí se producen casos que no tienen ninguna cobertura mediática y que quedan impunes. Una excepción fue la condena a pena de cárcel para unos jugadores de un equipo de tercera regional catalana por agredir, por motivos racistas, a unos contrincantes de origen sudamericano.

Diversas situaciones confirman la persistencia en nuestro inconsciente colectivo de un racismo larvado que estalla en determinadas circunstancias. En 2014 los medios de comunicación se hicieron eco de una acción acaecida en el campo del Llagostera. Una aficionada de este equipo realizó gestos simiescos para burlarse de un futbolista del equipo rival, el Racing de Santander. Se trataba de Mamadou Koné, un jugador de Costa de Marfil. A consecuencia de esa acción le fue prohibida indefinidamente la entrada en ese estadio y fue despedida de su trabajo en el Museo del fc Barcelona. Esta entidad justificó su decisión acogiéndose al código ético instaurado en 2010, que establece que las actitudes de

discriminación o trato inadecuado de género, raza, color, nacionalidad, creencia, religión, opinión política, estado, orientación sexual, minusvalía o cualquier otra circunstancia personal protegida por el derecho, tanto respecto a empleados, directivos, socios o proveedores

son contrarias a los principios y valores del FCB. Los hechos confirman que el universo deportivo sigue gangrenado por el racismo y la xenofobia.

El siglo XXI confirma unas dinámicas migratorias que van alterando la fisonomía de muchas sociedades. Estos desplazamientos —con un alcance globalizador— también inciden en el ámbito deportivo. Nos hemos acostumbrado a que las plantillas de los grandes equipos europeos estén integradas por muchos jugadores extranjeros. Ya no nos sorprende que un futbolista español fiche por un club australiano o chino. Nuestro continente ha sido el destino de muchas personas pertenecientes a otras etnias, pero con una peculiaridad de cariz clasista: mientras que un trabajador subsahariano es tratado simplemente como un individuo negro, un futbolista senegalés de primera división tiende a ser visto como una estrella rutilante. Incluso algunos deportistas de élite nacidos en países como Marruecos, Cuba o Nigeria se nacionalizan españoles con el fin de mejorar su calidad de vida. No obstante, estas personas no siempre son tratadas con la consideración que merecen, y algunos individuos siguen aprovechándose del abrigo de la masa para exhibir su odio etnicista. Nuestro universo futbolístico continúa ofreciendo casos que no podemos soslayar. Lamentablemente, la retahíla de incidentes racistas en el deporte es abundante. Ante comportamientos tan execrables pensamos que es necesario tomar medidas no solo desde los clubes y los organismos deportivos, sino también mediante iniciativas educativas más profundas.

El deporte debería ser siempre un medio de integración y fraternidad que trascendiera el estatus social o las diferencias étnicas. El triunfo de la selección francesa en la Copa Mundial de Fútbol de 1998 pudo ser un argumento contra la lacra del racismo y la xenofobia. Recordemos que este equipo presentaba una notable pluralidad étnica, pues integraba a jugadores de origen europeo, magrebí, subsahariano, antillano, sudamericano, armenio y caledonio. Al mismo tiempo, es un hecho fehaciente que este éxito futbolístico no supuso una mejora en una sociedad marcada por considerables desigualdades socioeconómicas. En ese país el deporte es una de las pocas salidas para muchos franceses descendientes de inmigrantes. Boniface anota que, aunque solo hay once plazas de titular en la selección francesa, para una persona negra es más fácil conseguir una de ellas que formar parte de la Asamblea Nacional, donde hay 577 puestos de diputado.⁷⁷ Thuram, uno de los responsables de aquel hito futbolístico, en más de una ocasión ha rechazado el discurso tópico sobre los méritos del deporte y sus posibilidades de éxito social: «Responsables políticos, en vez de construir estadios o salas de boxeo para los jóvenes, ¡proporcionadles casas de cultura y libros de hombres y mujeres que se les parezcan!». ⁷⁸

El propio Thuram ha hecho notar que el racismo en el fútbol no desaparecerá mientras siga existiendo en la sociedad. Por este motivo, debemos aspirar a que el fútbol nos ayude a cambiar la manera de ver al otro. Actualmente, este exfutbolista dirige una fundación cuyo gran objetivo es la educación contra el racismo. Parafraseando a Simone de Beauvoir, su principio angular reza así: «On ne naît pas raciste, on le devient». En palabras suyas: «El racismo es una construcción cultural y económica. Se ataca desde la base, desde la educación». La labor de esta institución se basa en un principio axial, a saber: es posible educar contra el racismo, pues no es una fatalidad sino una construcción política y cultural.

Thuram reclamará una y otra vez una educación moral que descolonice los espíritus y nos vacune contra el racismo. La base de la total repulsa al racismo la encontraremos en el imperativo moral fundamental, es decir, en la regla de oro: trata a los demás como querrías que te trataran a ti. ¿Algún ser humano querría ser una víctima del racismo? El sentido moral comienza con la facultad de reconocer el carácter preceptivo de la reciprocidad en el tratamiento de las personas.⁷⁹

Discriminación sexista

Discriminar significa «dar un trato injusto, inmotivado y arbitrario en la imposición de cargas o la adscripción de beneficios o privilegios». Estudiar la hostilidad y el menosprecio que han recibido las mujeres implicaría adentrarnos en uno de los capítulos más oscuros de nuestra civilización. Durante muchos siglos las mujeres han sido sometidas a una situación de preeminencia masculina. Han permanecido dominadas políticamente y sujetas a un régimen de servidumbre moral y subsidiariedad socioeconómica. Incluso hoy perduran circunstancias marcadas por la explotación y la dependencia que provocan mucho sufrimiento femenino. Para Touraine:

Cuando rechazamos la dominación de los hombres sobre las mujeres lo hacemos en nombre de la no discriminación, la igualdad de los seres humanos ante la ley y en la vida social y del respeto a toda las formas de diversidad de la vida social.⁸⁰

En este apartado nos ceñiremos a la relación de la mujer con el deporte. Desde la perspectiva del género, el deporte sigue siendo una actividad más masculina que femenina, genera más interés entre los hombres que entre las mujeres. Los sociólogos explican que es imposible entender estas disimilitudes sin tener en cuenta que hombres y mujeres proyectan en el deporte valores y pautas de comportamiento que han interiorizado durante el proceso de socialización. De otro modo no podrían apropiarse del deporte y convertirlo en parte de su vida. Esto significa que las mujeres conectan en menor medida con un modelo deportivo estrechamente vinculado con unos valores tradicionalmente considerados masculinos: la competitividad, ser el mejor o tener éxito.⁸¹ De hecho, sociólogos y antropólogos establecen una diferencia importante entre sexo y género. Mientras que el sexo remite a las diferencias biológicas, el género hace referencia a las expectativas sociales de hombres y mujeres, a la configuración y la representación de unas condiciones socioculturales masculinas y femeninas. Simone de Beauvoir dijo que no se nace mujer, se llega a serlo. Todo esto implica abandonar la creencia de que las diferencias entre hombres y mujeres se encuentran determinadas por la biología, que son inmutables, universales y transculturales.

Las condiciones de las mujeres han cambiado significativamente en muchos países, emancipándose y progresando en su acceso a la enseñanza, el trabajo y la política. Pero el hecho de que nuestra sociedad civil —con sus instituciones y leyes— reconozca la igualdad de derechos entre hombres y mujeres no implica que sus actitudes, acciones, esquemas axiológicos y preferencias sean idénticos. El problema moral no radica en que hombres y mujeres tengamos comportamientos deportivos diferentes. Lo que debemos cuestionarnos es cómo la sociedad nos condiciona desde pequeños, desvirtuando y restringiendo nuestras predisposiciones deportivas.

Es evidente que la educación sexista y diferenciada que reciben niños y niñas masculiniza el deporte. Así, por ejemplo, se fomentan diferentes conductas y valores respecto al ejercicio físico o los progenitores siguen regalando balones a los niños y muñecas a las niñas. Las diferencias entre práctica deportiva masculina y femenina son inadmisibles cuando son efecto de oportunidades desiguales. Son muchas las niñas, muchachas y mujeres que siguen expuestas a situaciones psicosociales injustas. La situación de la mujer deportista dista mucho de ser óptima; nuestra sociedad sigue dificultando la completa incorporación femenina en la vida deportiva y la equiparación de sus posibilidades respecto a las masculinas.

Tradicionalmente, el deporte ha sido una actividad circunscrita a los hombres. Ya en los Juegos Olímpicos antiguos a la mujer le era denegada la oportunidad de competir o de asistir como espectadora. Durante mucho tiempo se consideró que el deporte no era una actividad apta para la mujer. Se esgrimía el argumento de que podía dañar su salud e incluso poner en peligro su feminidad. Según Coubertin, la función de la mujer en los Juegos Olímpicos debía reducirse a aplaudir o a coronar a los vencedores. De hecho, en

los primeros juegos modernos —celebrados en Atenas (1896)— las mujeres no fueron admitidas. Casi setenta años después la situación de la mujer en el deporte seguía siendo muy mejorable. Fijémonos en Kathrine Switzer, la primera mujer en correr una maratón de forma oficial. Fue en Boston en 1967 y su dorsal —el 261— se convirtió en un símbolo de la lucha por los derechos de las mujeres en el deporte. Su acción tuvo un fuerte componente de reivindicación política. Esto sucedía cuando las carreras de fondo estaban prohibidas para las mujeres; se aducía, entre otras razones, que podían afectar su maternidad. Será en 1972 cuando se permita a las mujeres participar en el maratón de Boston y doce años más tarde —en los Juegos Olímpicos de Los Ángeles— será cuando esta prueba pase a integrar el programa femenino.⁸² También merece ser destacada la mediofondista Hassiba Boulmerka, atleta argelina que no solo será recordada por sus grandes gestas sobre el tartán, sino también por el coraje de perseverar ante las amenazas de los grupos integristas de su país. Con su dignidad ejemplar contribuyó a impulsar la liberación de la mujer en el mundo islámico y por eso merece nuestra eterna gratitud.

La normalización femenina en el ámbito deportivo ha supuesto un prolongado litigio contra una misoginia sustentada en el miedo, la intransigencia y la ignorancia. Si nos fijamos en los Juegos Olímpicos de Barcelona (1992), advertiremos que las mujeres solo participaron en 23 de las 86 disciplinas deportivas. Estos certámenes siguen sin prever la participación paritaria por lo que respecta al género. También podemos referirnos a las dispares retribuciones monetarias recibidas por hombres y mujeres y a la gran diferencia de recursos —económicos y materiales— que se destinan al deporte masculino en detrimento del femenino. Tuvimos que esperar hasta el año 2007 para que se equipararan los premios a hombres y mujeres en el torneo de Wimbledon. Aunque es indudable que la percepción del deporte femenino ha mejorado en muchos aspectos, demasiados hechos nos recuerdan que aún queda mucha distancia por recorrer. Durante 2014, Carlo Ancelotti —a la sazón entrenador del Real Madrid— declaraba: «El fútbol no es un juego para señoritas». No son pocos los varones que siguen creyendo que el fútbol femenino ni es fútbol ni es femenino.

En muchos aspectos, el deporte femenino se encuentra socialmente olvidado. Mientras que la cobertura mediática está focalizada en el deporte masculino, las mujeres quedan relegadas a un número limitado de modalidades deportivas, en muchos casos minoritarias. En una ocasión Mireia Belmonte declaró: «Importa más el pelo de Sergio Ramos que mi récord». El deporte femenino es considerablemente ignorado por los medios de comunicación de masas, lo que provoca la falsa impresión de que no existe. Las apariciones de mujeres deportistas siguen siendo puntuales, muchas veces a raíz de sus triunfos en grandes certámenes internacionales. Este hecho nos obliga a preguntar: ¿cuáles son los referentes que pueden inducir a las niñas y muchachas a practicar deporte? López señala:

El desigual tratamiento que los medios de comunicación otorgan al deporte practicado por mujeres y hombres constituye, en sí mismo, un mecanismo reproductor de la ideología y valores asociados al género y constituye un exponente de primer orden de la escasa consideración que la práctica deportiva femenina tiene en nuestro entorno sociocultural.⁸³

También es denunciado el tratamiento despectivo que en ocasiones recibe la información deportiva femenina.

Esta ausencia de visibilidad mediática —y, por lo tanto, sociocultural— del colectivo deportivo femenino está enlazada con la exaltación de la espectacularidad —a causa de su rentabilidad comercial— como principal motivo de interés. Esto se vincula con el hecho de que en algunos deportes el rendimiento masculino es superior al femenino. Los deportistas —hasta el día de hoy— corren más rápido, saltan más alto y lanzan más lejos. Las razones de ello son de carácter sociohistórico y genético. Rivero y Tamburrini explican que el deporte fue planteado en función de características fisiológicas masculinas —como la fuerza, la masa muscular, la altura, la explosividad y la velocidad— porque nació en un contexto bélico antiguo. De esta forma, las disciplinas deportivas predominantes son las que premian las cualidades fisiológicas masculinas en contraposición a las características femeninas, como el ritmo, el equilibrio y la resistencia.⁸⁴ Estos mismos autores añaden que el deporte es un bastión de una ideología retrógrada y reaccionaria. A diferencia de otras actividades profesionales, en el deporte de élite las modalidades más reconocidas públicamente y mejor remuneradas son aquellas que requieren unas condiciones fisiológicas tradicionalmente masculinas. De este modo, existe una justificación ideológica para el discurso de la supremacía masculina. Tal y como hoy en día está estructurado y caracterizado, el deporte nos transmite la idea de que el hombre es —en términos absolutos, no relativos— superior a la mujer.⁸⁵

El deporte ha sido víctima de una ideología masculina hegemónica según la cual los valores y los estereotipos masculinos prevalecen sobre los femeninos. La concepción deportiva preeminente se ha vinculado a un patrón social masculino que era fruto de una construcción sociohistórica moralmente indecente. El deporte sigue operando como un foco de producción y reproducción de la virilidad, como una de las principales situaciones en la consolidación de la condición masculina. La creencia de que el deporte perjudica la imagen femenina continúa muy arraigada. Según Balibrea y Santos:

Predominantemente, el deporte continúa constituyendo una escuela de virilidad y de difusión de valores masculinos. Los medios de comunicación y los intereses del deporte-espectáculo insisten en exhibir la fuerza física, en sobredimensionar la competitividad, en lucir el choque físico como expresiones glorificadas del deporte.⁸⁶

Por su parte, Brohm sostiene que el deporte es un aparato de separación de sexos que refuerza el sexismo masculino, el machismo y la dominación falocrática. Por esta razón, contribuye a mantener la servidumbre sexual de la mujer.⁸⁷

Muchos de los deportes predominantes está asociados a valores «masculinos» adquiridos en el proceso de socialización. Durante muchos años el deporte también ha sido una forma de virilizar a los muchachos; los hombres deben ser más agresivos y duros que las mujeres. Según Jennifer Hargreaves, el deporte constituye una fuente importante de discriminación sexista y un foco simbólico del poder masculino. El discurso sobre el cuerpo deportivo masculino remite a la fuerza, la agresividad, el combate y la lucha. La masculinidad deportiva tiende a ser equiparada con un modelo

«popular» de biología masculina. Esto significa que ser buen deportista equivale a ser activo, hábil, poderoso, musculoso, pujante, independiente, agresivo, decidido, rudo, valiente, disciplinado, muy competitivo y ambicioso, valores considerados masculinos. Por el contrario, los deportes típicamente femeninos —gimnasia, natación sincronizada, patinaje sobre hielo— enfatizan el equilibrio, la coordinación, la flexibilidad, la gracia, idealizando una imagen popular de la feminidad.⁸⁸ No es casualidad que las sesiones de zumba rebosen de mujeres y adolezcan de hombres.

Por consiguiente, el deporte predominante se desvincula de valores adjudicados a la mujer, como la obediencia, la pasividad, la solidaridad, la ternura, la elegancia o la renuncia. Recordemos que durante muchos siglos el sexo femenino ha sido calificado como el sexo débil. Somos herederos de una tradición cultural grecolatina —a todas luces androcéntrica— donde virtudes como la *andreia* (término griego que traducimos por «valentía») o la *virtus* (vocablo latino que significa «virtud» pero también «coraje») proceden de una raíz —*anér* o *vir*— que se refiere al varón.

La masculinidad deportiva tiende a ser equiparada con un modelo biológico. Algunos todavía consideran que los roles de género están arraigados en la genética, obviando su origen sociocultural. Sigue persistiendo una configuración popular y naturalizada de la feminidad, concretada en valores como la sensibilidad, la dulzura, la suavidad, la cooperación, la sumisión, la coordinación, el equilibrio, la flexibilidad y la agilidad. Ante ello coincido con Pérez cuando nos dice que son las propias mujeres las que tienen que decidir cuáles son los roles sociales a los que desean adherirse.⁸⁹

En nuestro imaginario social, las ideologías deportivas predominantes siguen estableciendo una marcada dicotomía entre deportes típicamente femeninos y masculinos. Las estructuras socioculturales configuran identidades deportivas reticentes al cambio. El deporte sigue siendo un ámbito social marcado por el sexismo. Ante esto sería importante asegurar una participación deportiva justa e igualitaria. Según Núria Puig:

El deporte que se enseña a los niños es una práctica que conduce a un cuerpo instrumentalizado, donde no hay lugar para la autoexploración, la autovigilancia y el encuentro con uno mismo. [...] Se reclama, en consecuencia, un deporte donde las personas se puedan expresar de acuerdo con los sentimientos propios y no los que impone el estereotipo social asignado.⁹⁰

Apuesto por un deporte *desmasculinado*, con una sensibilidad menos agresiva y más amable, menos competitiva y más lúdica, con la capacidad de humanizar nuestra vida. La evolución del deporte debería implicar que las mujeres puedan asumirlo como una esfera propia y favorable para desplegar su identidad. Queremos reivindicar otras formas de entender el deporte que rehúyan la supremacía del deporte-espectáculo y atesoren valores universales al margen de nuestro género. Aspiramos a que el deporte sea un medio para vehicular vivencias corporales, aspiraciones íntimamente humanas y una autopercepción corporal más profunda, plena y auténtica. Seguimos anhelando un deporte que no esté condicionado por factores alienadores y que sea la expresión de una elección libre y personal.

La discriminación abarca un amplio espectro que también incluye la homofobia, a saber, toda manifestación de hostilidad hacia las personas homosexuales, ya sean hombres o mujeres. La homofobia —que descansa en la creencia de la supremacía heterosexual— atropella los valores democráticos de comprensión y respeto por el otro, pues promueve la desigualdad de los individuos en función de sus preferencias sexuales. En cuanto problema social, la homofobia debe ser considerada un delito susceptible de sanción jurídica.⁹¹ Muchas personas siguen catalogando la homosexualidad como un vicio contra natura e incluso como una disfunción o trastorno psicológico. Mientras que en otras parcelas sociales este tipo de discriminación ha decrecido ostensiblemente, el terreno deportivo sigue siendo un reducto de intolerancia sexual. Aunque los códigos institucionales prohíban la discriminación basada en la orientación sexual, estamos lejos de alcanzar una buena sintonía entre deporte y diversidad sexual.

Algunas instituciones deportivas —con un claro sesgo sexista y heterosexista— se mostrarían reacias a la participación de personas homosexuales. No exageramos si afirmamos que el ámbito deportivo representa uno de los últimos bastiones de un patrón conductual que sigue reforzando una ideología tradicional y conservadora. Podemos verlo en un caso concreto. Hace años, en un partido de fútbol Robbie Fowler mostró el trasero a Le Saux acusándolo de homosexual. La respuesta del jugador del Chelsea fue inmediata: un codazo en la cabeza. Le Saux no era homosexual, pero había denunciado públicamente el racismo y la homofobia. En el subsistema deportivo —especialmente en el más alto nivel— la visibilidad de la homosexualidad sigue siendo un tabú muy difícil de superar. Una serie de factores —entre ellos el miedo y la incompreensión— coadyuvan a que esta cuestión sea algo parecido a un anatema incommovible. La homofobia no respeta las preferencias sexuales de las personas.

La lucha contra la homofobia en el deporte se expresa de diferentes formas mediante certámenes que aspiran a reivindicar la integración deportiva del colectivo LGBT (lesbianas, gays, bisexuales y transexuales). Uno de ellos son los EuroGames, celebrados por primera vez en 1992 en La Haya. Se trata de crear un ámbito de encuentro entre personas de la comunidad LGBT internacional con el objetivo de luchar contra la homofobia en el deporte. También podemos reseñar los Gay Games, que con un alcance mundial se iniciaron en San Francisco en 1982. En 2006 surgieron los World Outgames. Estas competiciones nacen con el propósito de reclamar el derecho de la igualdad entre las personas independientemente de su condición sexual. Imbuidos de una voluntad educativa, son mucho más que una mera competición deportiva. Las plusmarcas dejan de ser relevantes cuando prevalece el espíritu de la participación libre e integradora, tolerante e inclusiva. Se trata de aglutinar a todas aquellas personas que creen en los beneficios de la diversidad, de reivindicar la pluralidad sexual y combatir los prejuicios que vinculan el deporte con la heterosexualidad.

En muchos sentidos, los deportistas homosexuales siguen teniendo muchas trabas para vivir dignamente su orientación sexual. La triste realidad es que muchos de ellos se han visto obligados a ocultar su condición. Esto significa que el número de deportistas que

mientras estaban en activo se atrevieron a declararse gays o lesbianas es muy reducido. Uno de ellos fue el inglés Justin Fashanu, el primer futbolista de élite que manifestó públicamente su homosexualidad. Aquello fue el comienzo de un calvario marcado por la incomprensión y el repudio, que desembocaría en su suicidio en 1998. Por este motivo fue convertido en símbolo contra la homofobia en el fútbol. El 19 de febrero —día de su natalicio— se celebra el Día Internacional contra la Homofobia en el Fútbol. Son muy pocos los deportistas que han osado revelar su orientación homosexual. Como sucediera con el baloncestista John Amaechi o el nadador Daniel Kowalski, la mayoría de ellos lo hacen una vez retirados.

Un buen ejemplo nos lo brinda Greg Louganis, prodigioso saltador de trampolín que, después de abandonar la alta competición, acabó revelando su identidad sexual a través de una videoconferencia durante los IV Gay Games de Nueva York (1994). Un año después declaró que era VIH positivo, una revelación que le supuso perder la mayoría de sus patrocinadores. Aunque algunos deportistas hayan sido iconos gays —fue el caso del futbolista Fredrik Ljungberg— la realidad deportiva muestra una situación injusta en relación con los derechos sexuales. Un caso puntual lo protagonizó en su momento un jugador de rugby australiano, Ian Roberts, que reconoció su homosexualidad en 1995, poco antes de retirarse. Otra situación muy parecida fue la de Gareth Thomas, un jugador de rugby galés que ocultó durante diecinueve años su homosexualidad, hasta que en 2009, ya en la recta final de su carrera, decidió acabar con esa situación insostenible. Un ejemplo muy similar fue el de Matthew Mitcham, medalla de oro en saltos de plataforma en los Juegos Olímpicos de Pekín (2008).

La homofobia está más enquistada en aquellas modalidades deportivas caracterizadas por el contacto físico (el fútbol, el baloncesto o el rugby, por ejemplo), en las que valores como la agresividad, la competitividad, la dureza, el ímpetu y la lucha se asocian con un modelo tradicional de masculinidad. Algunos autores sostienen que la homofobia deportiva está muy relacionada con perspectivas de género que asocian la homosexualidad con la debilidad física. Esto significa que existe una interdependencia entre la homofobia y el sexismo. Según algunos sociólogos, la homofobia es una manifestación de un sexismo que discrimina a las personas en virtud de su sexo (macho/hembra) y particularmente de su género (masculino/femenino). Este tipo de homofobia consiste en menospreciar y excluir a quienes manifiestan ciertas cualidades (o defectos) asignadas al otro género.⁹²

La presión sociocultural sufrida por los deportistas gays es más acusada que la recibida por las deportistas lesbianas. Quizá por este motivo es más común que deportistas lesbianas asuman públicamente su condición sexual. Este fue el caso de las tenistas Billie Jean King, Martina Navratilova o Amélie Mauresmo. Según Cruells:

Asimismo en un deporte individual, como el tenis, siempre es más fácil salir del armario. Ser gay o lesbiana en un deporte de equipo conlleva otros miedos hacia los propios compañeros, lo que obliga a muchos y muchas deportistas a mantener las puertas de sus armarios cerradas con llave.⁹³

No obstante, este proceso no ha sido apacible. En 1990, Margaret Court —hoy pastora

evangélica— criticó duramente la vida privada y sexual de Martina Navratilova por considerarla «un mal ejemplo» para las jóvenes jugadoras profesionales. Court —que obtuvo 24 títulos de Grand Slam— se ha mostrado contraria al matrimonio entre personas del mismo sexo. Martina escribió una carta en la que decía:

Dar a los gays y lesbianas el derecho al matrimonio no es solo una cuestión de derechos de los homosexuales, es una cuestión de derechos humanos. Se trata de la igualdad de derechos y protección bajo la ley para todos los seres humanos.

Es importante remarcar que Martina no estuvo sola en su lucha por la normalización de la homosexualidad. Años antes, Billie Jean King —rival de Court en las canchas— hizo pública su orientación sexual. King, reconocida líder feminista por su lucha en favor de la igualdad de género, recibió en 2009, de manos de Barack Obama, la Medalla Presidencial de la Libertad.

En contra de lo que sería deseable, el mundo deportivo sigue impregnado de imposturas e hipocresías. Persisten los prejuicios reaccionarios y las imágenes preconcebidas a causa de una homofobia interiorizada y latente. Podría tratarse de una discriminación sorda provocada por un recalcitrante hostigamiento, del miedo a ser rechazado por los compañeros o del temor a que la reputación pueda quedar afectada. Los deportistas homosexuales no quieren arriesgarse a perder contratos publicitarios y poner en peligro su carrera deportiva. Se trata de factores que coartan la libre expresión de los gays y lesbianas, que impiden una integración basada en la asunción y el respeto de su condición sexual. La homofobia sigue vigente en el ámbito del deporte de élite. En el 2012 el Comité de Control y Disciplina de la UEFA sancionó con una multa de 15 000 euros al futbolista Antonio Cassano por una declaración discriminatoria durante la Eurocopa de Polonia y Ucrania. Había mostrado su deseo de que no hubiera «maricones en el vestuario» de su selección nacional.⁹⁴ En 2015 Fabio Capello comentaba: «El Atlético no es un equipo violento. El fútbol no es para mariquitas».

Es verdad que en los últimos años han surgido signos alentadores en relación con la aceptación de la diversidad sexual. Así, por ejemplo, poco antes de la celebración de los Juegos Olímpicos de Atenas (2004), el COI abrió las puertas a los deportistas transexuales. Otros signos de evolución positiva han venido de la mano de aquellos deportistas que voluntariamente han declarado su homosexualidad (*coming out*). De esta forma pusieron punto final a una situación de clandestinidad en la cual estaban confinados. Megan Rapinoe, una de las estrellas del fútbol femenino, poco antes de participar en los Juegos Olímpicos de Londres (2012), hizo pública su relación sentimental con otra jugadora de fútbol.

En mayo de 2013 el jugador de la NBA Jason Collins asestaba un golpe a la homofobia estadounidense. Tradicionalmente las grandes ligas masculinas —el baloncesto, el fútbol, el béisbol y el hockey sobre hielo— han estado marcadas por el machismo y la homofobia. El valiente anuncio de su homosexualidad fue aplaudido por muchas personas, entre ellas el propio presidente Obama. Dos años más tarde, el Tribunal Supremo declaraba legal el matrimonio homosexual en todo el país. También en 2013

tuvimos noticia de que Orlando Cruz hacía pública su condición gay, convirtiéndose en el primer boxeador profesional abiertamente homosexual. Este púgil ganaba una de las peleas más importantes de su vida: el combate contra el miedo y la intolerancia. Otro ejemplo fue el futbolista alemán Thomas Hitzlsperger.

Aún quedan muchos muros por derribar. En pleno siglo XXI, no son pocas las personas que siguen siendo víctimas de maltratos debido a su identidad sexual. Es deplorable que muchos países en el mundo no reconozcan el respeto a la diferencia sexual y que apliquen leyes contrarias a la homosexualidad, la bisexualidad o la transexualidad. El número de Estados que persiguen legalmente la homosexualidad es importante. Entre ellos Qatar, designada por la FIFA como sede de la Copa Mundial de Fútbol de 2022. Es deseable que esta situación evolucione hacia la normalización de la diversidad sexual, que podamos reducir la invisibilidad LGBT en la esfera deportiva. Entre todos debemos apostar por su reconocimiento desacomplejado, sereno y tranquilo.

La homofobia trasciende ampliamente los límites del deporte, pero el deporte también sigue siendo una esfera muy refractaria a los cambios. Es de esperar que responda de forma positiva a los mensajes de libertad sexual que siguen llegando desde diferentes sectores de nuestra sociedad. En el ámbito del deporte la homofobia no puede justificarse por razones morales. Lo que debemos valorar en el deporte son cualidades como la habilidad de los deportistas, su dedicación y su capacidad para desarrollarse y crecer. Los deportistas han de querer competir contra los mejores, al margen de elementos como la etnia, el género, la religión y la orientación sexual de las personas involucradas.²⁵

Un ejemplo de la condición ambivalente y ambigua del deporte es la competitividad. Seguimos sin dilucidar si es un rasgo inherente a nuestra especie. Nuestros antepasados triunfaron porque sobrevivieron en un mundo repleto de peligros, y algunos deportes se basan en actividades físicas cotidianas —caminar, correr, saltar, lanzar, nadar o pelear— gracias a las cuales se perpetuaron en la tierra. La competencia fue un mecanismo clave en la lucha por la vida del *Homo sapiens sapiens*. La teoría de la evolución de Darwin reforzó la idea de que la supervivencia solo estaba al alcance de los más aptos. La vida es una pugna competitiva en la que subsisten los mejor adaptados a las exigencias ambientales. Sin embargo, y puesto que los humanos somos mucho más que biología, podemos inquirir hasta qué punto la competitividad es exclusivamente un impulso natural. Sociólogos, psicólogos y antropólogos explicarán que también se trata de una tendencia sociocultural, pues conocemos sociedades para las que el elemento competitivo es secundario.

Este último no es nuestro caso. La competencia es una de las nociones fundamentales del sistema económico en el que estamos inmersos. De hecho, la competitividad es una idea-fuerza de los medios empresariales, políticos y socioeconómicos. Entendemos por *competitividad* la capacidad de una organización de mantener sistemáticamente ventajas comparativas que le permitan alcanzar, sostener y mejorar una determinada posición en el entorno socioeconómico. Se trata de un valor que ostenta una hegemonía cultural importante y es considerado la condición indispensable para que haya progreso social y prosperidad económica. Hemos convertido al deportista profesional en el gran modelo de una sociedad que tiene entre sus desiderátums el «cuanto más, mejor». No es anecdótico que la campeona Mireia Belmonte publicitara un producto financiero muy rentable de una entidad bancaria española.

El deporte de alto rendimiento está en consonancia con otras facetas de nuestra vida social en las que lo más importante es sobresalir. Habida cuenta de que no es fácil alcanzar la cúspide deportiva, el deportista no puede permitirse el lujo de echar a perder su *instinto* competitivo. En determinadas modalidades los mejores se entrenan en centros de alto rendimiento. Precisamente porque nuestra sociedad es en extremo competitiva, exigimos al deportista que sus prestaciones sean superlativas, incluso que vayan más allá de sus capacidades psicofísicas. Resulta muy clara la analogía entre el deportista de alto rendimiento y el hombre de negocios: en ambos casos la meta es optimizar los resultados. De hecho, no resulta extraño que exdeportistas se dediquen al coaching en liderazgo empresarial.

Conviene tener en cuenta que el deporte moderno surgió en una fase de ruptura histórica, dentro de la sociedad capitalista y burguesa del siglo xix. Su génesis patentiza algunos de los rasgos más distintivos de nuestra civilización moderna. El deporte irrumpe en una sociedad industrializada, como un subproducto del modo de producción capitalista. Se trataba de una sociedad fabril y liberal que priorizaba elementos como el mérito, el rendimiento, la productividad, la eficiencia, los récords y el progreso cuantitativo. El récord aparece como un valor deportivo cuando la vida laboral se articula con el tiempo productivo.

La competitividad ha suscitado apreciaciones encontradas. Son legión los autores que han puesto en entredicho la moralidad del empeño competitivo. Uno de ellos fue Thomas Hobbes, quien afirmó, en *Leviatán*, que entre los seres humanos existen tres causas principales de guerra: la competencia, la desconfianza y la gloria. Según este filósofo inglés, la primera induce a los hombres a atacarse para obtener un beneficio. Mucho tiempo después otros pensadores sostienen que es propio de una sociedad enferma entender la competitividad como principal forma de vivir. Plessner escribe: «La estructura competitiva de nuestra sociedad es responsable de la frustración y de la ascendente agresividad».⁹⁶ En esta misma línea se pronuncia Adorno:

Estoy completamente convencido de que la competencia es, en el fondo, un principio opuesto a una educación humana. Creo además que una enseñanza que discurre en formas humanas no puede tender en absoluto a reforzar el instinto de competencia. Por esta vía tal vez puedan educarse deportistas, pero, desde luego, no personas libres de toda barbarie.⁹⁷

Crítico con la realidad deportiva de su tiempo, Adorno será uno de los referentes de la teoría crítica del deporte. A tenor de esta corriente, la competición es la forma más evidente de la guerra deportiva, donde se trata de triunfar, afirmarse y batir al adversario. La competitividad es un trasunto de la voluntad de poder con su narcisismo violento y su megalomanía dominante, una traducción brutal y orgullosa de la concepción nietzscheana de la vida. En consonancia con el darwinismo social, la vida es comparable a una guerra en la que solo los más fuertes prevalecen. Incluso Tännis ha afirmado que nuestra admiración por los campeones refleja un sesgo fascistoide: «Nuestro entusiasmo surge del núcleo mismo de la ideología fascista: la admiración por la fuerza y el desprecio por la debilidad».⁹⁸

El deporte triunfa en una sociedad altamente competitiva. Inmersos en un sistema capitalista que nos impele a ser productivos, la competitividad se ha impuesto como un patrón imperante de legitimación de éxito. Por este motivo, son muchos los que hacen de la voluntad de triunfar el motor de su vida. Apreciamos al sujeto ganador que no deja de subir peldaños de la escalera socioeconómica. La ideología preponderante ha polarizado la alternativa entre el éxito y el fracaso. En cierta ocasión, Ayrton Senna dijo que el segundo es el primero de los perdedores.

Vivimos una época que profesa un culto exagerado al *winner*, concepto relevante de la cosmovisión estadounidense que conserva una impronta calvinista. Recordemos que, según el puritanismo de los padres peregrinos, el éxito profesional es la clave para desentrañar nuestra salvación o condena. En palabras de Lipovetsky y Serroy: «En el

ring planetario, los *winners* dejan en la lona a los *losers*». ⁹⁹ El deporte triunfa en una sociedad atomizada y ultracompetitiva que valora por encima de todo el resultado cuantitativo. Según Russell: «El mal procede de la filosofía de la vida, generalmente aceptada, según la cual la vida es lucha, competencia, y solo se respeta al vencedor». ¹⁰⁰ La ética competitiva del capitalismo puede exigir de nosotros la subordinación a una profesión que ya no es vivida como un desarrollo de la virtud. La vida laboral es una vía de autopromoción en una carrera en la que otros también pugnan por sobresalir.

Escribía Cappa que la ética capitalista solo respeta el éxito; el que gana siempre tiene razón. ¹⁰¹ El ámbito del deporte también rinde pleitesía a los ganadores. Los que no obtuvieron la gloria están condenados a ser sepultados por el olvido. Precisamente porque existe esta compulsión por el éxito, lo buscamos sin importar quien caiga. Abundan quienes están obsesionados por un afán de ganar desorbitado; son los mismos que creen que su vida se ha malogrado porque no han sido los mejores. Incluso se habla de *exitismo* para referirse a la tiranía del éxito. Galeano consideraba que la obligación de ganar es una droga denominada *exitoina*. Los mismos que viven obsesionados por el reconocimiento ajeno y que no saben apreciar el valor de la autorrealización personal. Pero cometemos el error de valorar el éxito en términos materiales, de bienes, dinero o poder. Nos equivocamos buscando la felicidad fuera de nosotros.

Egregios filósofos —entre ellos Epicuro— han advertido que tener éxito social no siempre implica ser feliz. José Antonio Marina se refiere al éxito como un espejismo social de la felicidad. Desde una perspectiva humanista, *ser* es más importante que *tener*. Victoria Camps afirma que una vida de éxito no siempre coincide con una vida plena. El éxito no es un valor en sí mismo sino el fruto de otros valores como la solidaridad, el amor, la humildad, el respeto al otro o la empatía. Todos ellos se articulan para que nuestras vidas personales, cívicas y laborales contribuyan a mejorar nuestra sociedad. ¹⁰² Está claro que la competición permanente y neurótica es un elemento moralmente reprobable. Cortina declaraba que el sentido de la educación no puede consistir únicamente en formar personas competitivas, sino en educar ciudadanos justos, buenos profesionales y capaces de proponerse metas que los haga felices. Dicho de otro modo, en vez de educar solo en valores economicistas, deberíamos educar a nuestros jóvenes para ser ciudadanos. Una propuesta como la capitalista, según la cual la conducta humana se basa en el afán de lucro, está radicalmente equivocada. ¹⁰³

El deporte es una actividad física —individual o colectiva— que puede practicarse de manera más o menos competitiva. El deportista lucha contra sus propias limitaciones, contra un adversario o contra las condiciones espaciotemporales. Al fin y al cabo, el hombre deportivo es un ser agonístico, que rivaliza consigo mismo. De este modo podemos establecer la lucha como un elemento clave del deporte, el esfuerzo por superar unos límites relativos y no absolutos. Salta a la vista que en muchas ocasiones hacemos deporte más por una motivación recreativa que competitiva, por ejemplo cuando nuestra finalidad es ejercitarnos, mantener o reforzar nuestra salud, desconectar del trasiego laboral, disfrutar de la sociabilidad o de la naturaleza. En estos casos también existe una dimensión competitiva. Las personas que realizan actividades fíicodeportivas como el

aqua fusion o *aerobic* buscan obtener beneficios psicofísicos. Para conseguirlo se marcan unas metas y se esfuerzan por alcanzarlas. Su voluntad de progresar las impulsa a trascender sus propias limitaciones (autocompetencia). Es innegable que muchas personas que viven el deporte de manera lúdica siguen luchando por superar diferentes umbrales psicofísicos. En suma, el agente deportivo nunca deja de ser un *homo competitivus*.

Resulta claro que el deporte puede adoptar formas extremadamente competitivas; y si el énfasis en ganar es exacerbado, estas merecerán una valoración negativa. Una muestra de esta competitividad salvaje o *hipercompetitividad* es la frase del entrenador de fútbol americano Vince Lombardi: «Winning is not the main thing, it's the only thing». Muchos autores sostienen que la competitividad deportiva conduce al desarrollo egocéntrico, lo que genera una ciudadanía egoísta e inmoral centrada en sus propios objetivos e indiferente a sus obligaciones sociales.¹⁰⁴

Sin embargo, no todas las competiciones son iguales: existe una enorme diferencia entre el deporte recreativo y el deporte de alto rendimiento. Nuestra obligación es examinar la condición moral de algunas formas competitivas tomando como criterio un ideal de buena competición. Así, aunque determinadas prácticas competitivas tengan consecuencias nocivas, no deberíamos concluir que la competitividad deportiva es siempre despreciable. Tal y como se lleva a cabo, el deporte tiene consecuencias nocivas que se evitarían si su práctica se plantease razonablemente.¹⁰⁵

La competitividad deportiva ha sido recriminada aduciendo que provoca egoísmo u otras actitudes indeseables. Nuestras sociedades competitivas son espacios en los que cada individuo compite con sus congéneres por unos bienes escasos y donde la ganancia de uno equivale a la pérdida de otro. Sin embargo, esta posición no aprecia el valor ético del elemento cooperativo de las competiciones deportivas, concebidas como una mutua búsqueda de la excelencia a través del desafío. Según Robert L. Simon —a quien seguiremos en este capítulo— los contrincantes colaboran entre sí para generar un desafío recíproco que cada uno ha elegido afrontar.

El valor principal de la competición deportiva radica en el proceso de superar el desafío presentado por un oponente digno. La buena competición supone un esfuerzo cooperativo que los competidores deben efectuar a fin de plantear el mejor reto posible a su contrincante. Aunque en una competición solo uno obtenga la victoria, todos ganan en la medida en que asumen el envite planteado por su adversario. En contra de lo que algunos creen, las competiciones deportivas no deben ser entendidas como un juego de suma cero, sino como la búsqueda mutua de excelencia mediante el desafío.¹⁰⁶ Recordemos que en los juegos de suma cero la ganancia de uno conlleva la pérdida del otro.

Tras las buenas competiciones deportivas subyace un hipotético contrato social según el cual los contendientes aceptan el reto de dar lo mejor de sí de acuerdo con las reglas del deporte en cuestión. La competitividad deportiva es moral cuando priorizamos su dimensión cooperativa y la aceptación del desafío por parte de todos los competidores.¹⁰⁷ Existe una competitividad noble que nos permite progresar gracias al sacrificio, la

dedicación, la disciplina, la integridad, la autocrítica, la humildad, la confianza y el juego limpio. Hemos cambiado el objetivo de derrotar a los opositores por la búsqueda del éxito en términos de desarrollo personal.

En la competencia deportiva subyace el ideal de progreso en la búsqueda de la excelencia. Aunque solo un equipo pueda ganar, cada uno colabora en plantear un desafío recíprocamente aceptado y asumido. De este modo podremos beneficiarnos, aprendiendo y mejorando mutuamente. En palabras de Simon:

Estas consideraciones son suficientes para demostrar que ganar no lo es todo y que los buenos competidores pueden hacer frente y responder a los retos del deporte, y que todos los competidores pueden ser exitosos en un sentido importante que va más allá de perder o ganar. El deporte competitivo, concebido como búsqueda mutua de la excelencia a través del reto no es un juego de suma cero; tanto el ganador como el perdedor pueden competir bien y tener muchos motivos de orgullo.¹⁰⁸

Un criterio para valorar nuestro progreso es medir nuestra actuación a partir de nuestros rivales. El elemento clave es que la evaluación del logro, mejora o desarrollo tiende a relacionarse con las actuaciones de los demás. Citemos a Robert Nozick:

La respuesta es, por supuesto, que nosotros evaluamos lo bien que hacemos algo comparando nuestra actividad con la de otros, con lo que otros pueden hacer. Un hombre que viva en un pueblo aislado en la montaña puede encestar 15 lanzamientos con una pelota de baloncesto en 150 intentos. Todos los demás del pueblo puede encestar solo un tiro lanzando 150 intentos. Él piensa (al igual que los otros) que es muy bueno para eso. Un buen día llega Jerry West.¹⁰⁹

Este ejemplo ilustra que para estimar un logro significativo se requiere un juicio comparativo respecto a otros participantes. Por consiguiente, incluso cuando juzgamos nuestro propio desempeño, lo estamos valorando en función de un grupo de referencia. Para Simon:

Los competidores consienten en tomar parte en la competición con el propósito de evaluarse mutuamente y buscar la excelencia deportiva. Esta evaluación es posible solo si los contrincantes participan intensamente y de manera justa para que dicha evaluación, conformada por las reglas e informada por los principios del deporte, pueda llevarse a cabo.¹¹⁰

Si entendemos la competición de este modo, los competidores desearán que sus oponentes se hallen en su mejor estado físico para brindar un óptimo desafío. Si queremos que la victoria sea significativa, nuestros oponentes deben competir al máximo nivel. Esto implica que no debemos perjudicarlos deliberadamente a fin de que compitan de forma inadecuada. Los encuentros deportivos son un caso paradigmático en el que los contrincantes se tratan como iguales. El buen competidor no ve a su contendiente como un simple obstáculo a superar, sino como una persona cuya labor exige una respuesta correcta.¹¹¹ Los contrincantes deben ser tratados como puntos de referencia de la perfección de la propia ejecución. El objetivo no es ser el mejor de todos, sino realizar la mejor actuación posible, es decir, competir bien. *Concern for excellence*, como lo expresaría Paul Weiss.

Fraleigh establece una clara contraposición entre dos formas diferentes de tratar a nuestro contrincante: el «rival como obstáculo» y el «rival como facilitador». Mientras que la primera reviste un carácter cuantitativo y excluyente, la segunda es cualitativa y cooperativa. Nuestro rival debe ser un compañero con el que colaboramos en el camino hacia la victoria. Desde una perspectiva ética, lo importante no es conseguir el mayor número de triunfos, sino desarrollar un buen juego. Solo así podremos experimentar una verdadera satisfacción deportiva y moral. El deporte debe ser una relación interpersonal basada en un reconocimiento recíproco. Dicho de otro modo, antes que un rival, el contendiente es un compañero, un ser más valioso que la obtención de la victoria deportiva.¹¹²

Es importante resaltar que el origen de la palabra *competición* son dos vocablos latinos: *con petire*, que significan «buscar juntos», «perseguir juntos» o «esforzarse juntos». Abogamos por la idea de que el deporte puede ser un diálogo fructífero y enriquecedor. La mejor manera de conocer nuestro nivel deportivo es comparándonos con otra persona, midiéndonos con buenos adversarios. Preferimos pensar que no competimos *contra* alguien, sino *con* otras personas. Para expresar esta condición, Bouet utilizará la fórmula «con-contra».¹¹³ De este modo, el deporte puede ser una actividad conjunta, complementaria y cooperativa, una praxis moralmente constructiva. Deberíamos ver a nuestro contrincante como un aliado indispensable para completarnos y desarrollarnos, como un estímulo que nos empuja a mejorar. El entrenador de baloncesto Phil Jackson acostumbraba a decir que deberíamos amar al rival como a nosotros mismos, pues cada deportista es el resultado de su confrontación con el adversario.

Compitiendo con los mejores oponentes nos esmeramos al máximo para extraer lo mejor de nosotros mismos. Cada partido nos da la oportunidad de medirnos con nuestro propio potencial. Coca escribe:

Los oponentes presionan, contrastan, a sus contrarios, hasta el límite de sus posibilidades. El resultado que emerge de esta determinación bifronte... demuestra el valor contrastado de los gestos deportivos.¹¹⁴

Se equivocan quienes identifican ganar con aplastar al rival. Lo más relevante es ser capaces de mejorar como deportistas y como personas. Sería deseable desprendernos de la mentalidad resultadista, que prioriza el resultado en detrimento del proceso del juego. La auténtica victoria consiste en jugar bien. Ganar no es un signo único de éxito; perder no equivale necesariamente a fracasar. No todo el mundo puede ganar, pero cada competidor puede cumplir bien el reto fijado por su contrincante, aunque uno gane y el otro pierda. Perder no es un demérito si se ha luchado noblemente.

El logro de la victoria es más relevante de acuerdo al empuje competitivo de nuestros rivales. Con el fin de preservar la igualdad competitiva se establecerá una escala de evaluación para determinar la jerarquía de los competidores en función de categorías como el peso, la edad, el sexo o el rendimiento. Esta clasificación deportiva expresa la distancia que separa a los deportistas, mide la diferencia de niveles competitivos. La

expresión inglesa *to match* —que también significa «emparejar», «corresponder» o «igualar»— indica muy bien esta idea de ajuste de las superioridades, de un considerable equilibrio de fuerzas. Se trata de procurar la máxima equiparación como punto de partida de la competición.¹¹⁵

La lógica y el valor de la competición deportiva dependen de este equilibrio relativo. Lo deseable es que el deporte sea un juego *de toma y daca*, evitando que la diferencia entre los rivales sea desproporcionada. La victoria abrumadora ante un adversario muy inferior queda desmerecida en términos deportivos e incluso morales. Lo ideal sería que la competición fuera una lucha de poder a poder en la que los contrincantes albergaran posibilidades de victoria. Una muestra de esto es el sistema de *drafting* en la NBA. Con el propósito de igualar el campeonato, los que quedaron últimos en la temporada anterior pueden escoger primero, mientras que los que ocuparon las primeras posiciones eligen al final.

Pero existe una competitividad que riñe con los valores morales. No se debería ser competitivo a cualquier precio. A menudo los competidores no son vistos como personas y compañeros, sino simplemente como una barrera que impide el éxito competitivo. De esta idea se desprende una concepción que cosifica al rival que deja de ser un fin para convertirse en un instrumento. Citemos nuevamente a Simon:

Si voy a ser un buen contrincante, debo situar mi éxito por encima del de mi adversario. Es más, el contrario se convierte simplemente en un obstáculo a vencer y, de hecho, es deshumanizado. Además, si el éxito se identifica con ganar y el fracaso con perder, la importancia del proceso a través del cual se establecen los resultados (el proceso competitivo) disminuye considerablemente. Los resultados son lo único que importa.¹¹⁶

Es moralmente inadmisibles que la actitud competitiva suponga la necesidad de perjudicar a nuestro rival para ganar.

Existen distintas maneras de ser competitivos. Según Ramon-Cortés, hay una competitividad *saludable*, basada en nuestro esfuerzo por conseguir un objetivo. Su funcionalidad consiste en que nos permite dar lo mejor de nosotros mismos. Gracias a descubrir y aprender de nuestros errores, encontraremos nuevas estrategias para superarnos. Si un equipo de waterpolo no se esforzara por ganar al contrario, poco avanzaría en su desarrollo. Esto es deseable, pues de lo contrario no existiría progreso. Perder un partido no equivale a fracasar; tener éxito y ganar no significan lo mismo. Incluso podemos afirmar que muchos deportistas fracasan aunque hayan ganado.¹¹⁷ Resulta interesante constatar el parentesco etimológico de *competencia* y *competición*, así como la palabra inglesa *competence* puede traducirse por «capacidad», «aptitud» o «competencia». El buen deporte nos enseña que la autoexigencia es la única vía para rehuir la mediocridad. La competitividad es indisociable de la excelencia moral y profesional, de aquella facultad que nos autoriza a vivir y a trabajar de acuerdo con unos principios morales.

La competitividad desatada del capitalismo depredador no debería anular los valores del deporte. Este debe seguir siendo una praxis moral y educativa no supeditada a un sistema económico cimentado en la avaricia, la codicia y la envidia. El deporte no debe

contribuir a acentuar un mundo insolidario donde se perpetúan o se agravan las diferencias entre ricos y pobres. Se ha podido constatar que es en los países con más desigualdad socioeconómica donde abunda la competitividad individualista.¹¹⁸ No se trata de potenciar una sociedad neoliberal que anteponga el interés egoico al bien común, que descansa en una confrontación dicotómica ganadores-perdedores, dominadores-dominados, propietarios-desposeídos, opresores-oprimidos, triunfadores-fracasados. Se trata de construir un mundo mejor donde no vivamos atenazados por la competitividad insaciable y egoísta, donde el éxito de determinadas personas no acarree la desgracia de las demás.

Como nos enseñaron los antiguos griegos, en toda praxis deportiva late el espíritu agonístico, una lucha con los otros y con uno mismo. El término griego *agon* reviste varios significados: «juego», «lucha», «batalla», «proceso», «esfuerzo». De ella proviene la palabra *agonía*. Unamuno escribía: «Agonía, ἀγωνία, quiere decir “lucha”. Agoniza el que vive luchando, luchando contra la vida misma. Y contra la muerte».¹¹⁹ Puesto que la tradición cristiana asumirá esta ética de lucha y sacrificio, es posible establecer semejanzas entre el atleta griego y el legionario romano con el cristiano, cuya vida será asimilada a un atleta o soldado de Cristo. Fue san Pablo quien en la primera epístola a los ciudadanos de Corinto (9, 25) señalaba que la vida del cristiano se asemeja a una carrera: «¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos sin duda, corren, mas uno solo recibe el premio?». De ahí que el obispo presbiteriano Ethelbert Talbot rindiese tributo a sus palabras:

En estos Juegos, más que ganar, lo importante es participar, como en la vida es más trascendente la manera como se lucha que la victoria que se pueda conseguir.

Auténtico compendio del ideario olímpico, fueron pronunciadas el 9 de julio de 1908, en vísperas de los Juegos Olímpicos de Londres.

El propio Coubertin reformuló el mensaje del obispo de esta manera: «Lo importante en la vida no es el triunfo, sino el combate, ya que lo esencial no es conquistar, sino luchar, amistosa y correctamente». Más significativo que la victoria o la derrota es cómo hemos jugado, es decir, que la victoria sea más interna que externa. El fracaso no radica en caer derrotado, sino en renunciar a luchar. El buen deportista es aquel que ha sacado fuera todo lo que llevaba dentro. El verdadero éxito es haber dado lo mejor de uno mismo. Es en este punto donde encontramos una de las lecciones formativas del deporte, a saber: el éxito forma parte de nuestra interioridad, esto es, la rivalidad más sana es la que establecemos con nosotros mismos. John Wooden, considerado uno de los mejores entrenadores de la historia de la NCAA gracias a sus triunfos con el equipo de la UCLA, escribió:

Éxito es el estado de paz y serenidad interior alcanzado como consecuencia de la satisfacción de saber íntimamente que has hecho todo lo que estaba en tu mano para lograr el máximo de lo que eres capaz.

Por su parte, Villena afirma que:

El deporte [...] es lo más aristocrático y democrático, a la par, que existe. El deporte demuestra que *no* somos iguales. Gana el mejor, el primero, el que tiene más mérito, el que más se ha esforzado y trabajado. Sin embargo, al competir, mientras se está en la lid o en la cancha, nadie es más que nadie. Son todos absolutamente idénticos en virtud y en honor. Y si corrieron y saltaron bien, el perdedor no existe.¹²⁰

En verdad, este espíritu agonístico se hace presente en el lema olímpico «Citius, Altius, Fortius», que acuñó a fines del siglo XIX el padre dominico Henri Didon, amigo personal de Coubertin. Por desgracia, esta divisa ha abandonado su sentido pedagógico original de superación personal. El deporte es mucho más que podios y medallas; son otros los valores que están en liza y que no podemos eludir. En palabras de Cagigal:

El hombre no podría dejar de ser competidor. Lo importante es que esa competición, desde las formas terriblemente agresivas y sangrientas, sea llevada al diálogo pacífico y fecundo, a la convivencia, al juego.¹²¹

Nos incumbe la obligación moral de considerar a nuestro rival como una persona que nos estimula a mejorar gracias a la emulación, es decir, al deseo de igualarlo o sobrepasarlo. El buen deporte nos enseña el valor de la lucha noble y leal, de la rivalidad inspirada en el mutuo respeto.

El deporte puede pertrecharnos de valores para afrontar una vida que nos someterá a prueba. No pocas veces, a lo largo de nuestro itinerario, sentiremos la soledad del corredor de fondo en una carrera de obstáculos. En otros momentos, nos asemejaremos a un púgil que no baja la guardia ante los golpes —algunos muy bajos— que nos propina la vida. Será entonces cuando las palabras de Camilo José Cela adquirirán todo su sentido: «quien resiste, gana». Por todo esto reivindicamos el espíritu competitivo.

Gregorio Luri cuestiona aquellas escuelas que han prohibido la competición y que plantean juegos en los que los alumnos nunca pierden y siempre ganan. Si queremos educar para la vida real nos corresponde enseñar a nuestros hijos y discentes que ni la competencia ni la ambición son forzosamente nocivas. Parece ser que el duque de Wellington, mientras veía un partido de críquet en Eton, comentó que la batalla de Waterloo se había ganado en los campos deportivos de esa escuela. Quería significar que el carácter de esos hombres se había forjado mediante el deporte, compitiendo noblemente. Luri cita a un exdeportista de élite, Pete Mickeal: «Creo en mí mismo. No importa cuán grandes sean las dificultades que el mundo quiera ponerme, yo las superaré. Claro que he pasado por momentos difíciles, pero nunca he pensado en rendirme».¹²² Recordemos que Mickeal sufrió un trombo pulmonar, una dolencia que lo tuvo apartado del baloncesto y que finalmente lo obligó a retirarse.

La trascendencia de la competitividad ya fue advertida por Kant. Este filósofo sostuvo que formando parte de una sociedad civil justa podremos desarrollar todas nuestras disposiciones y capacidades naturales. El hecho de tener que competir con otros seres humanos nos obligará a perfeccionarnos y a realizarnos plenamente como humanos. La insociable sociabilidad es la clave del progreso económico y cultural de la humanidad. De este modo Kant establecerá una brillante analogía, que también encontraremos en su *Pedagogía*. Estas son sus palabras:

Solo dentro del coto cerrado que es la asociación civil, esas mismas inclinaciones producen el mejor resultado; como ocurre con los árboles del bosque que, al tratar de quitarse unos a otros aire y sol, se fuerzan a buscarlos por encima de sí mismos y de este modo crecen erguidos; mientras que aquellos otros que se dan en libertad y aislamiento, extienden sus ramas caprichosamente y sus troncos se encorvan y retuercen.¹²³

El fin natural de un árbol es, sin duda, crecer recto del mismo modo que la finalidad del hombre es alcanzar la moralidad.¹²⁴ Los árboles más robustos crecen donde el viento sopla con más fuerza. Recordemos que el origen latino de la palabra *virtud* es *virtus*, que también significa «fortaleza de espíritu». Séneca escribió: «Te juzgo desdichado: te has pasado la vida sin adversario: nunca sabrás hasta dónde alcanzan tus fuerzas».

A lo largo de nuestra vida tendremos que esforzarnos para alcanzar nuestros objetivos. Existir plenamente supone el reto de soportar y superar las adversidades que jalonan nuestra andadura. Según Baruch de Spinoza, somos *conatus essendi* y, por lo tanto, deseo, impulso, empeño, tendencia, voluntad de perseverar en la existencia. El origen de *conatus* es el verbo *conor*, que significa «esforzarse». El ser humano lucha a ultranza en el deporte del mismo modo que porfía en el mundo de la vida. Uno de los elementos más distintivos de madurez personal no es soñar con un mundo sin frustraciones sino aprender a vivir superándolas (Cagigal). Los buenos deportistas saben que el fracaso pone a prueba nuestra fuerza de voluntad, que el deporte nos transmite lecciones para mejorar humanamente. El deporte contiene virtudes formativas para nuestros jóvenes, citemos a López:

Los estudiantes deberán luchar duro para conseguir un puesto de trabajo o un negocio y más aún para mantenerlo. Y tanto en el éxito como en el fracaso, afrontarlo con espíritu deportivo les dará una distancia higiénica, evitando la patología.¹²⁵

Debemos entender el deporte como un aprendizaje vital de primer orden, como escribe Cagigal:

El deporte es un juego competitivo. Como competición es entrenamiento para la competencia vital. Como juego es aprendizaje imperceptible, espontáneo, de esa competencia. Quizá sea el más provechoso de los juegos y la menos trágica de las competiciones.¹²⁶

El deporte nos habilita para arrostrar situaciones adversas en otros órdenes de la vida. Cuando estemos contra las cuerdas, nuestra tolerancia a la frustración nos permitirá sobreponernos al desaliento. La única manera de reconducir nuestra vida será plantar cara a los reveses sin desfallecer. Si somos capaces de metabolizarla, la derrota puede ser un factor positivo en nuestro proceso de autosuperación. Fue Viktor Frankl quien afirmó que el hombre que se levanta es aún más fuerte que el que no ha caído.

La palabra *crisis*, en chino, está formada por dos ideogramas que significan «peligro» y «oportunidad». Evidentemente, todo esto está muy relacionado con la resiliencia. De hecho, como nos enseña el pensamiento oriental, una buena manera de resistir los embates del viento es siendo flexible como una caña de bambú. Recordemos que *judo* es una palabra derivada de dos términos japoneses: *ju* («flexible») y *do* («método») o

«camino»). Como otras artes marciales, durante muchos siglos el judo ha contribuido a la formación integral del ser humano. Podemos afirmar que el deporte atesora una *capacidad empoderadora*, entrenándonos para vivir plenamente. Citemos de nuevo al maestro Cagigal:

En realidad, el juego deportivo es un trasunto de la vida. Competencia con victorias y derrotas. Pero hay una diferencia: en la vida la competición es demasiado seria. Las derrotas dejan amargura. Nos jugamos cosas demasiado importantes muchas veces. En el juego, por el contrario, normalmente no hay consecuencias amargas.¹²⁷

La mejor educación es, pues, la que nos enseña cómo vivir el aspecto más doloroso de la existencia. Familiarizarnos con el esfuerzo inteligente es una de las virtudes del deporte: aprender a luchar para hacer realidad nuestros proyectos. Parte importante de la auténtica felicidad radica en aspirar a metas que desafían nuestras habilidades y capacidades.

En uno de sus artículos, Argullol escribe sobre el capitán Robert Scott, un explorador que no pudo alcanzar su objetivo de llegar por primera vez al Polo Sur. No obstante su fracaso, fue una de las personas más admiradas entre sus conciudadanos. Perdedor, su esfuerzo y sus arrestos lo convirtieron en un ganador, un ejemplo para sucesivas generaciones de jóvenes británicos. Pero las cosas han cambiado mucho desde entonces. En el año 2005 se realizó una encuesta entre los jóvenes ingleses, a quienes se les preguntó: «¿a quién te gustaría parecerse?». Con mucha diferencia, David Beckham ostentaba el primer puesto de esta clasificación de éxito social, y lo que tenían en común los diez primeros era su apariencia de imagen prestada para la idolatría. Lo importante no era tanto sus méritos como la adoración que suscitaban por su éxito inmediato. Eran vistos como ganadores, más como ídolos que como ejemplos.

Argullol cree que para cambiar esta situación se debería educar de nuevo en el difícil arte de perder, de perder para ganar. Un arte que consiste en construir una existencia propia sin vivir de la idolatría por cuenta ajena. Esto significa que vale la pena luchar, perder y volver a luchar para llegar más lejos y alcanzar la victoria más bella: la que se obtiene en la carrera establecida consigo mismo.¹²⁸ El tenista Stanislas Wawrinka tiene tatuado en su brazo estas palabras de Samuel Beckett: «Ever tried. Ever failed. No matter. Try Again. Fail again. Fail better».

El espíritu deportivo está sustentado por principios morales. Comporta los valores que orientan las actitudes y comportamientos de los deportistas. Una de las piedras angulares del talante deportivo es el *fair play* o juego limpio. En primer lugar, el *fair play* designa el respeto a las reglas acordadas para un determinado deporte. No respetarlas intencionadamente equivale a conculcar el *fair play*. En segundo lugar, se refiere a un comportamiento generoso y justo que no ha sido prescrito por las reglas explícitas.¹²⁹ Como dice McIntosh, el *fair play* consiste en la convicción de intentar ganar respetando al mismo tiempo las reglas del juego, los códigos no escritos y los adversarios. La deportividad es un ideal que engloba los valores que deberían regir el comportamiento de los competidores deportivos. El juego limpio requiere que los contrincantes respeten tanto las reglas escritas como el espíritu del juego. Cumplir con el reglamento es condición necesaria pero no suficiente para alcanzar la deportividad.

Hans Küng asevera que tanto el mundo del deporte como la sociedad en general adolecen de un elevado grado de juridificación, motivado por la profesionalización y la comercialización. En cambio se echa en falta aquello no escrito porque no es prescriptible por ley: la actitud moral interior. Sin este *ethos* las leyes escritas son eludidas, ignoradas y socavadas. En este sentido, la ética significa un compromiso voluntariamente asumido del ser humano con valores vinculantes, criterios firmes y actitudes fundamentales.¹³⁰ Con la mera coacción legal no conseguiremos hacer cumplir la ley. Hará falta una íntima convicción personal para convertirnos en sujetos auténticamente morales.¹³¹

En un sentido similar, Kant estableció la distinción entre legalidad y moralidad. Mientras que la primera hace referencia al cumplimiento externo de la ley, la segunda se atiene a la interioridad de la conciencia. La legalidad consiste en la simple coincidencia de una acción con la ley, sin tomar en cuenta el motivo de la acción; la moralidad, en cambio, se refiere a la acción cuyo motivo es el deber y la buena voluntad. Son morales aquellas obligaciones que nos autoexigimos sin esperar ningún premio o sanción.

El juego limpio va más allá del estricto cumplimiento de las reglas. Esto implica que debemos procurar que el deportista interiorice el espíritu deportivo, su *ethos* interno. Küng lo expresa muy bien:

Precisamente un deporte tan popular como el fútbol debería ser la más bella e impresionante manifestación de *juego limpio (fairness)*. La palabra *fair*, que ha pasado del inglés al ámbito deportivo universal, significa «decente», «honrado», «justo»; y *fair play* designa la conducta decente y propia de compañeros que se ajusta a las reglas. ¡No es casualidad que «conducta deportiva», entendida en este sentido, se haya convertido en una expresión proverbial! Sin embargo, habría que volver a reflexionar sobre lo que para cada uno de los participantes significa en el deporte el juego limpio: actuar de forma razonable y ajustada a las leyes morales no

escritas.¹³²

Es esencial que esta deportividad oriente nuestra vida personal y social. Dar ejemplo en nuestra vida cotidiana de las virtudes —generosidad, lealtad, honor, nobleza, responsabilidad, amabilidad o altruismo— obtenidas mediante una buena praxis deportiva. La deportividad es una forma de entender nuestra existencia con notables implicaciones en el plano moral.

Los antiguos griegos no fueron los creadores del *fair play*. Se trata de una expresión acuñada por los británicos, artífices de algunos deportes importantes. En una época que excluía del deporte a la mujer, el *fair play* aludía a una conducta propia del *gentleman*. El refranero español también incorporó esta idea: «En la mesa y en el juego, se conoce al caballero». Podemos rememorar la definición de *sportman* ofrecida por la revista *Punch* en plena época victoriana:

Deportista es todo aquel que no solo ha vigorizado su musculatura y ha desarrollado su resistencia por el ejercicio de algún deporte, sino que en la práctica de ese ejercicio ha aprendido a reprimir su cólera, a ser tolerante con sus compañeros, a no aprovechar una vil ventaja, a sentir profundamente como una deshonra la mera sospecha de una trampa, a tener una actitud alegre bajo el desencanto de un revés.

Mientras nosotros hablamos de deportividad, en el ámbito anglosajón se utiliza la palabra *Sportsmanship*, una manera de actuar que incluye cualidades como la veracidad, el coraje, la resistencia, el autocontrol, la dignidad, el desprecio del lujo, la consideración de otras opiniones y derechos, la cortesía, la equidad, la magnanimidad, un alto sentido de honor, la cooperación y la generosidad.¹³³

Hoy todavía podemos detectar en el fútbol británico elementos representativos del *fair play*; por ejemplo, el hecho de que el público abuchece a los jugadores impostores, es decir, a aquellos que simulan, tendidos en el suelo, una lesión o que se tiran dentro del área rival. Seguimos utilizando el adjetivo *deportivo* para referirnos a una actitud de respeto al contrario y a las normas, de obediencia a la autoridad del entrenador y del árbitro. Un espíritu que deberemos trasladar a otros terrenos —familiar, profesional, cívico— de la vida humana. Recordemos que la expresión inglesa *to be sport* denota una actitud recta y generosa, un buen estilo de concebir y afrontar la vida. Según Adela Cortina:

Disfrutar del buen juego, como participante o como espectador, vale la pena por sí mismo. Como vale la pena intentar superarse física y mentalmente, tratar de batir los propios récords, aprender a triunfar sin engreimiento, saber asumir la derrota justa, trabajar en equipo con inteligencia respetando al adversario. Al fin y al cabo, eso es lo que significa tomar la vida con un sentido deportivo: entrenarse día a día para alcanzar metas, saber ganar y saber perder con elegancia cuando la derrota es justa, respetar las reglas libremente asumidas, no aceptar chantajes ni sobornos, reclamar derechos y asumir responsabilidades. No en vano se viene defendiendo desde antiguo el valor educativo del deporte.¹³⁴

Laín Entralgo entendía que el estilo deportivo era un modo de vivir que implicaba el sincero respeto y la leal admiración de lo que hace otra persona, aunque sea un rival.¹³⁵

A continuación transcribimos un fragmento del manifiesto sobre el *fair play*, establecido por el Consejo Internacional de Educación Física y Deporte (CIEPS) en colaboración con el Comité Olímpico Internacional (COI) y la UNESCO. En primer lugar, es el competidor quien da testimonio de *fair play*. Ello exige, como mínimo, que dé prueba de un respeto total y constante a la regla escrita, lo que le será más fácil si acepta el objetivo de dicha regla y si reconoce que, además de ella, existe un espíritu dentro del cual debe practicarse el deporte de competición.

El *fair play* se manifiesta por:

1. La aceptación sin discusión de las decisiones arbitrales, salvo en los deportes en los que el reglamento autoriza un recurso.
2. La voluntad de jugar para ganar, objetivo primero y esencial, y el rechazo firme a conseguir la victoria a cualquier precio.

El juego limpio es una forma de ser basada en el respeto a sí mismo y que implica:

- Honestidad, lealtad y actitud firme y digna ante un comportamiento desleal.
- Respeto al compañero.
- Respeto al adversario, vencedor o vencido, con la conciencia de que es el compañero indispensable al que nos une la camaradería deportiva.
- Respeto al árbitro y respeto positivo, expresado por un constante esfuerzo de colaboración con él.

El juego limpio implica modestia en la victoria, serenidad en la derrota y una generosidad suficiente para crear relaciones humanas entrañables y duraderas.

Pero el *fair play* no es solo prerrogativa del participante. Entrenadores, jueces, espectadores y todos cuantos están relacionados con el deporte de competición tienen que hacer un aporte indispensable y especial, bien directamente, bien por la influencia que pueden ejercer sobre el competidor.¹³⁶

Entre otras cosas, el juego limpio significa rehuir la tentación de hacer trampas. Según Fraleigh, la trampa es una violación intencional de las reglas constitutivas de la práctica deportiva con el fin de obtener una ventaja ilícita para sí mismo o para el equipo, escapando a la pena o sanción estipuladas para tales casos.¹³⁷ También equivale a romper una promesa o quebrantar un convenio suscrito. Cuando un jugador de tenis engaña a su adversario indicándole que ha servido fuera, incumple el compromiso de acatar un código reglamentario. Hacer trampa equivale a la transgresión deliberada de un sistema de normas para obtener un beneficio particular. Se trata de una acción inmoral porque el infractor contraviene todo proceder racional e imparcial; realiza excepciones injustificadas con el fin de obtener ventajas para sí mismo y trata a los demás como simples medios para su propio bienestar; subordina arbitrariamente los intereses y propósitos de los otros a los suyos, conculcando el principio moral fundamental de respeto a las personas.¹³⁸ Decía Mario Benedetti que quien hace trampa no tiene coraje para ser honesto. Lo

verdaderamente importante es que la victoria sea honorable, evitar cualquier marrullería que pueda conducirnos a un triunfo injusto. De este modo sentiremos cómo la vida florece y podremos degustar el sabor de la alegría.

El juego limpio implica un talante vital que describimos a continuación. En primer lugar, consiste en rehuir la violencia que pone en peligro la seguridad del oponente; también pedirle disculpas cuando nuestra acción ha puesto en peligro su integridad. Cuando somos los destinatarios de este tipo de acciones debemos aceptar las excusas. Vencer con modestia y serenidad sin infligir ningún tipo de humillación o desprecio al oponente. El ganador debe tratar a los vencidos sin alardear o regodearse con la victoria. En ningún caso debe menospreciarlos o ningunearlos; en todo momento se comportará con cortesía. El deportista derrotado reconoce con amabilidad y humildad la superioridad de su rival, felicitándolo por su victoria. Esto conlleva perder sin resentimiento ni acritud; mostrando un sincero y hondo respeto al adversario; encajando la derrota como una forma de mejorar. Se trata de valorar en su justa medida la buena actuación del rival, apreciar su mérito por haber ganado netamente; se trata de un proceder franco y generoso hacia los rivales.

Saber ganar y saber perder son dos de las principales lecciones deportivas que debemos aprender; considerar al adversario como un socio y no como un enemigo; fraternidad dentro y fuera del campo de juego; rechazar todas aquellas actitudes basadas en la intimidación, el ridículo, la venganza, el odio o el frenesí; reaccionar ante las decisiones arbitrales sin protestar, es decir, respetándolas y aceptándolas, y la ecuanimidad y equidistancia del árbitro cuando se trata de aplicar el reglamento.

Son muy pocas las ocasiones en las que los aficionados ovacionan al equipo contrario en reconocimiento de su merecido triunfo; esta acción también formaría parte del *fair play*. Cuando no somos capaces de apreciar el buen juego de los rivales no solo estamos faltándoles al respeto como personas, también socavamos el principio que justifica la competición deportiva. Si esta debe ser una búsqueda mutua de la excelencia, los espectadores deben mantener un distanciamiento suficiente para apreciar quién alcanza mejor el objetivo. El deporte debería constituir un ámbito gracias al cual los espectadores puedan aprender y aumentar las habilidades comprensivas.¹³⁹

Por supuesto, es impropio del juego limpio dejarse ganar por el contrincante. En toda lid deportiva debe palpitar el férreo deseo de victoria. Antes de tirar la toalla o caer en el derrotismo, el buen deportista debe fajarse hasta exprimir todas sus opciones. En todo momento se aferrará a la posibilidad de vencer. El talante agonístico es constitutivo del genuino espíritu deportivo. Citemos a Cagigal:

El simple «participacionismo» sin afán de victoria, del que tanto se ha abusado últimamente, es contrario a la superación y desafío propios del deporte. Sería una especie de «pasotismo». Y la actitud deportiva es diametralmente opuesta al pasotismo. «Saber perder» es humanamente enriquecedor cuando se ha aspirado intensamente a ganar; si no se aspiraba a la victoria, aceptar la derrota no tiene valor.¹⁴⁰

El deportista debe sentir el deseo de derrotar a su adversario, expresando implacablemente su arrojo en pos de la victoria. De lo contrario, estará defraudando el

espíritu deportivo.

El buen deportista busca con ahínco el triunfo, se entrega con cuerpo y alma. Es también quien lucha con denuedo y no da su brazo a torcer. Moehringer explicaba la relación entre la épica y el entusiasmo que suscita el deporte:

Los que entienden el deporte saben que no se trata de ver quién gana o pierde, sino quién se gana la dignidad en la lucha. Por eso celebramos al agonista, al luchador, más que al protagonista. En el fondo, los humanos no simpatizamos con quien gana, sino con quien pelea hasta el final.¹⁴¹

Pero esto no debe ser un obstáculo para que la victoria sea fruto de una actuación justa y laudable. Si nuestro objetivo es ganar por todos los medios, tarde o temprano recurriremos a las malas artes. En el deporte, como en la vida, existen diferentes formas de vencer. En palabras de La Rochefoucauld, los triunfos humanos se deben medir por los medios que se han utilizado para conseguirlos.

Cuando los deportistas dejan de intentar ganar y se comportan con desidia, el deporte pierde su *ratio essendi*. A lo largo de la historia del deporte encontraremos muchos contraejemplos de *fair play*. Recordemos el vergonzoso espectáculo que ofrecieron la República Federal Alemana y Austria en la Copa Mundial de Fútbol de España (1982): llegaron a un acuerdo para que el partido acabara con un 1 a 0 a favor de la primera. Este resultado beneficiaba a ambas selecciones, pues las clasificaba para la siguiente ronda. La gran perjudicada por esta acción antideportiva fue la selección de Argelia. Otro episodio digno de mención ocurrió durante los Juegos Olímpicos de Pekín (2008) cuando cuatro parejas de jugadoras de bádminton fueron expulsadas por perder con el fin de tener un cuadro de competición más fácil. La Federación Internacional de Bádminton las acusó de «no emplear sus mejores esfuerzos para ganar un partido» y «comportarse de modo perjudicial para el deporte». Las ocho fueron abucheadas por fallar adrede tiros y saques.

Donald Guay define el deporte como una actividad física competitiva y divertida, practicada según unas reglas escritas y un espíritu deportivo constituido por la equidad, el deseo de vencer y la lealtad. El espíritu deportivo es una mentalidad particular o *ethos*, es decir, un conjunto de valores que orientan las actitudes y conductas de los deportistas. Es una ética que confiere sentido, valor y coherencia al deporte. El espíritu deportivo consiste en la voluntad de vencer con lealtad a un adversario de calibre.¹⁴² La equidad es el primer componente del espíritu deportivo. Fundado en el derecho natural, este principio sitúa a cada adversario en un nivel de igualdad a partir de una medida común; es un sentimiento natural de aquello que es justo o injusto. En *La metafísica de las costumbres*, Kant afirma que es un derecho *a priori* reconocible por la razón humana (§ 36).

Por su parte, Pierre de Coubertin y Raymond Aron han expresado que la aplicación del principio de equidad plasma uno de los grandes objetivos ideológicos de las sociedades occidentales contemporáneas.¹⁴³ Mientras que la democracia promueve la igualdad de los ciudadanos (al margen de su origen, religión, etnia o posición social) ante la ley, el deporte afirma la igualdad de cada jugador ante el reglamento. Recordemos que

las mejores sociedades del mundo respetan los derechos humanos. Su primer artículo explicita que todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos mientras que el artículo 7 reza que todos somos iguales ante la ley y tenemos, sin distinción, derecho al mismo grado de protección con base en ella.

Es representativo el hecho de que el deporte surgiera en la Grecia antigua y la Inglaterra moderna, dos sociedades con sistemas políticos relativamente democráticos. La *isonomia* hacía referencia a la igualdad de derechos civiles y políticos de los [ciudadanos](#) griegos. Savater escribe:

La propia aparición del deporte en la Grecia antigua es síntoma de algo excelente: una sociedad donde se ha establecido la igualdad política. [...] Solo entre iguales se puede competir: nadie puede medir sus fuerzas con los dioses ni con el monarca absoluto o el representante de una casta superior. Solo quien me reconoce como igual compite conmigo y es capaz de camaradería en la rivalidad.¹⁴⁴

El buen deporte existe en aras de la justicia y la imparcialidad. El espíritu deportivo ordena no aprovecharse de una falta de equidad entre los adversarios. Es decir, se intentará que los contrincantes tengan la misma situación inicial y no salgan con ventaja, que todos sigan las mismas reglas y que estas sean aplicadas. Sin equidad, el deseo de victoria pierde su significado y la victoria misma su valor. Guttmann sostiene que en el deporte moderno se fomenta la igualdad de oportunidades basada en el respeto a las reglas comunes y a la posibilidad de acceso para todos.¹⁴⁵

Debemos hacer algunas consideraciones en torno a la regla, una de las dimensiones esenciales de muchos deportes. Según Cagigal, «toda estructura deportiva evolucionada descansa sobre el respeto a estas reglas. Se puede afirmar que no podría existir un verdadero deporte sin aceptación de alguna regla».¹⁴⁶ Toda modalidad deportiva estipula un reglamento con el fin de minimizar la influencia del azar en el resultado de la competición. Los contrincantes deben seguir la misma lógica u orden deportivo. La objetividad de las reglas preestablecidas permite considerar las mismas actividades a partir de las mismas variables, haciendo posible la comparación y la universalización del deporte. Estos códigos establecen el cuadro de referencia que regirá la competición. De este modo engloban un elenco de preceptos apropiados a la idiosincrasia de cada deporte. Las reglas tienen un cariz exhortatorio y vinculante, indicándonos aquello que el deporte debería ser. También son los medios que los deportistas se comprometen a cumplir con el fin de alcanzar la victoria de una manera justa. El ideal de una buena competición requiere que los contrincantes renuncien a las ventajas momentáneas que reporta la infracción del reglamento. En este código radica la naturaleza y el espíritu de cada deporte. La obligación de atenerse a las reglas confiere a la praxis deportiva un carácter axiológico y normativo.¹⁴⁷

Las normas prescriben la esfera de actuación de los deportistas. Se trata de reducir las variables que podrían favorecer a uno de los contrincantes. Otra de sus funciones es racionalizar la combatividad de los adversarios y mantener la confrontación en un marco socialmente aceptable. Se busca regular una competición sobre la cual cierne la amenaza de las trampas o la violencia. Las reglas son un factor de seguridad para los jugadores,

discriminando entre acciones autorizadas y proscritas. Estas normas son constitutivas porque determinan las conductas a las cuales están sujetos los jugadores en sus relaciones tanto con el juego como con los otros jugadores. Si las normas no son respetadas, la actividad deportiva pierde su razón de ser.¹⁴⁸

El objetivo de los jugadores es alcanzar la victoria dentro del marco establecido por estas pautas obligatorias. Atendiendo a la etimología de *obligación*, el deporte es un compromiso que vincula (*ligatio*) a todos sus agentes. La moralidad es inherente a nuestra condición intersubjetiva. Trascender nuestros intereses individuales implica asumir obligaciones morales y responsabilidades sociales. Somos seres necesariamente impulsados hacia la alteridad.¹⁴⁹

Morgan escribía que hace años sus alumnos de ética del deporte tenían una mayor sensibilidad para valorar la deportividad y el respeto a los bienes internos del deporte. Sin embargo, muchos de ellos hoy perciben el deporte como simple medio para alcanzar valores externos (la fama, el poder y la riqueza), muy apetecibles en esta época que vivimos. Aprecian mucho menos los bienes internos, es decir, las habilidades y excelencias creadas por la práctica, que solo son inteligibles en relación con unas reglas y a los desafíos que presentan. Lo que ha cambiado es la voluntad o capacidad (o ambas) de los estudiantes para entender el deporte desde una perspectiva moral. Lo que prevalece es la interpretación egoísta de éxito y fracaso como ganar y perder. Morgan les habló del famoso partido de tenis de 1967 que enfrentó al húngaro István Gulyás con el checo Jan Kukul. En un punto clave, Kukul se desplomó en la cancha debido a unos cólicos. Aunque Gulyás tenía derecho a la victoria si su rival no reemprendía el juego dentro de un tiempo asignado, el magiar persuadió a los organizadores de que Kukul dispusiera de un tiempo extra para recuperarse. Finalmente, el encuentro pudo reanudarse y el checo acabó llevándose el triunfo. Morgan esperaba que sus estudiantes encomiaran el altruismo y la deportividad de Gulyás. Pero quedó atónito al descubrir que no solo no respaldaban su acción generosa, sino que la censuraban. En su opinión, habían olvidado que la auténtica finalidad del deporte está relacionada con sus valores internos.¹⁵⁰

Merece la pena resaltar otra acción de gran valor moral protagonizada por este mismo jugador en 1966. Un día antes de disputar la final de Roland Garros con Tony Roche, este último sufrió una pequeña lesión en un partido de dobles. Al conocer la noticia, Gulyás pidió que el partido se aplazara 24 horas con el fin de que su rival estuviera bien. Los organizadores aceptaron la petición del tenista magiar que, con 35 años, alcanzaba por primera (y última) vez en su carrera una final de un torneo del Grand Slam. Finalmente el partido se jugó y se decantó del lado del australiano. Es importante reseñar que acciones como estas hicieron posible que Gulyás recibiera el Trofeo Fair Play Pierre de Coubertin. Esta distinción fue creada por la UNESCO con el fin de premiar a los individuos o equipos que han brillado por su deportividad.

Es imprescindible dejarnos aleccionar por el pasado, cultivar la memoria según la sentencia ciceroniana (*historia magistra vitae*). Queremos ponderar algunas conductas ejemplares de deportistas que nos han precedido en el tiempo. Si revisamos las

hemerotecas podemos hacer un acopio de episodios que ilustran lo teorizado hasta ahora. Todos ellos atestiguan que el valor del deporte radica en su sustancia moral. No resulta extraño encontrar que un tenista concede a su rival un punto que el árbitro ya había dado por bueno. Nos referimos a cuando el tenista certifica —verbigracia, borrando la marca en la superficie de tierra— la validez de la pelota de su contrincante. Fiel a sus orígenes señoriales, sigue siendo uno de los deportes en el que impera la compostura. Prueba de ello son las disculpas de muchos tenistas cuando la bola golpea la cinta de la red y cae del otro lado de la cancha. Otro hecho significativo es que pocas veces los jueces reclaman silencio a un público que destaca por unos modales exquisitos.

A guisa de ejemplo podemos fijarnos en una acción de Mats Wilander en un partido de semifinales de Roland Garros contra José Luis Clerc en 1982. El árbitro lo había beneficiado con una decisión incorrecta en una bola de partido. Esto significaba que el encuentro había llegado a su fin: «Jeu, set et match Wilander». Ante esta situación injusta, el jugador sueco no aceptó la legalidad tenística e insistió en jugar el punto una segunda vez. El juez, consciente del valor moral de este gesto, terminó aceptando la reclamación e invalidó la jugada. El público respondió con una gran ovación. El comportamiento cabal de Wilander engrandeció su victoria. Dotado de una conciencia moral, aseveró que no podría ganar un partido sabiendo que había cometido una falta. Este gesto le valió el Trofeo Fair Play Pierre de Coubertin. Otro ejemplo de deportista reconocido por su intachable comportamiento fue su compatriota Stefan Edberg. De hecho, el premio a la deportividad que la ATP (Asociación de Tenistas Profesionales) otorga cada año fue rebautizado con el nombre Stefan Edberg Sportsmanship Award. Su impecable actitud contrastaría con la visceralidad de otros jugadores. Uno de ellos fue John McEnroe, un *enfant terrible* que arremetía contra el árbitro o su raqueta cuando perdía los estribos.

Existen gestos indelebles que pueden justificar toda una vida. Este fue el caso de Lutz Long en los Juegos Olímpicos de Berlín (1936). Este atleta alemán pasará a la historia por haber enseñado a un cansado Jesse Owens a medir bien la carrera para la batida del salto de longitud. El de Alabama acababa de participar en la carrera de cien metros y ya llevaba dos saltos nulos. Las indicaciones de Long fueron claves para que el estadounidense terminara aupándose campeón olímpico. Tras esta victoria fue calurosamente felicitado por su contrincante germano. Ese día nació una amistad eterna entre los dos atletas, sin lugar a dudas una de las páginas más maravillosas de la historia olímpica. Años más tarde, Owens se refería a su rival así: «Demostró una gran valentía al aconsejarme delante de Hitler. Se podrían fundir todas las medallas y copas que gané, y no valdrían nada frente a la amistad de 24 quilates que hice con Lutz Long en aquel momento». Pero la imagen de un alemán rubio abrazado a un atleta negro provocaría la desgracia de Long. Como represalia por su actitud fue destinado a combatir contra los aliados, y murió en 1943 en Sicilia. Por su modélico comportamiento obtuvo —a título póstumo— la medalla Pierre de Coubertin. Sin renunciar a la lucha por la victoria, el verdadero atleta debe suprimir el esquema de amigo / enemigo en favor de una concepción cooperativa y amical. Como nos dice Cortina, la ética sirve para recordarnos

que es más prudente colaborar que buscar el máximo beneficio individual, buscar aliados que enemigos.¹⁵¹

Sin movernos del universo olímpico podemos mencionar la extraordinaria figura del italiano Eugenio Monti, el piloto más laureado en la modalidad de los *bobs*, los bóldos del hielo. Más allá de su brillante palmarés, será recordado por un gesto que le valió el Trofeo Fair Play Pierre de Coubertin en 1964. Ocurrió durante los Juegos Olímpicos de Invierno de Innsbruck (1964), en la modalidad de bobsleigh a dos. Después de realizar un magnífico tiempo en la primera manga, Monti y su compañero tenían serias posibilidades de ganar. Sin embargo, cuando el italiano vio que sus más peligrosos rivales, Tony Nash y Robin Dixon, no podían participar en la segunda manga al faltarles un perno de sujeción, no dudó en desmontar la parte posterior de su *bob* y prestarles el suyo. Los británicos hicieron el mejor tiempo, se pusieron en cabeza y al día siguiente lo mantuvieron en las dos últimas mangas. Monti no ganó la medalla de oro, pero triunfó en el terreno de la camaradería y la generosidad.¹⁵²

El *fair play* también consiste en no beneficiarse de una ventaja inmerecida, en repudiar cualquier triunfo deportivo que no esté acorde con el más elegante respeto al adversario. Por ejemplo, cuando David Jiménez renunció a una meridiana ocasión de gol y envió el balón fuera de banda para que fuese atendido un rival lesionado. Corría el minuto 92 y su equipo —el Eibar— empataba a uno con el Lleida. Con este resultado, el equipo vasco veía que sus posibilidades de ascender a primera división se reducían. Las palabras de este jugador fueron claras: «Creo que hice lo correcto. El público entenderá que jamás puedo tirar con un rival en el suelo».¹⁵³ Su gesto recuerda la acción de Pedro Zaballa el 2 de noviembre de 1969 durante un Real Madrid vs. Sabadell. Zaballa renunció a anotar un gol en puerta vacía y lanzó la pelota fuera cuando vio que dos rivales estaban tendidos en el suelo y semiinconscientes. De haber anotado, ese gol hubiera sido crucial para no perder aquel partido por 1-0. Su acción le valió el Trofeo Fair Play Pierre de Coubertin en 1969. Como dijo Zarra —que también destacó por su deportividad— la integridad física de una persona es mucho más importante que el más decisivo de los goles.

En diciembre de 2012 el atleta Iván Fernández iba segundo en el *cross* de Burlada (Navarra), bastante distanciado del primero. En la recta final de la carrera, se percató de que el previsible ganador —el keniatá Abel Mutai— se equivocaba de línea de meta y se detenía una decena de metros antes de la pancarta. Fernández lo alcanzó con rapidez, pero en vez de aprovechar la situación para acelerar y ganar, se quedó a su espalda y con gestos y casi empujándole lo llevó hasta la meta, dejándole pasar primero. «No merecía ganarle. Hice lo que tenía que hacer. Él era el justo vencedor. Me sacaba una distancia que ya no podía haber superado si no se equivoca. Desde que vi que se paraba sabía que no iba a pasarlo». Consideró que era impropio de un buen deportista ganar de esa manera. Más tarde declaró:

Pero aunque me hubieran dicho que ganando tenía plaza en la selección española para el europeo, tampoco lo habría hecho. [...] Y eso es muy importante, porque hoy en día, tal como están las cosas en todos los ambientes, en el fútbol, en la sociedad, en la política, donde parece que todo vale, un gesto de honradez viene muy bien.¹⁵⁴

En ese mismo sentido podemos recordar al que fuera entrenador del Alevín B del FCB, Albert Puig. En un encuentro frente al RCD Espanyol disputado en 2004, este técnico exigió a sus jugadores que encajaran un gol para compensar el tanto que minutos antes habían marcado de manera poco ética. Este gesto, merecidamente convertido en noticia mediática y galardonado con varios premios, ejemplifica a la perfección el *fair play* que debería presidir el deporte. Sus autores eran unos niños que enviaban un mensaje moral a toda la sociedad.

En su libro *La fuerza de un sueño*, Albert Puig afirma que, en la vida y en el deporte, la victoria y la derrota tienen valor moral porque nos dignifican como personas. En su caso, vemos que el entrenador también es un educador que enseña a sus pupilos valores como la jovialidad, la gratitud, el compañerismo, el esfuerzo, la voluntad de superación, la humildad y el respeto. Otro buen ejemplo fue el niño grancanario Alejandro Rodríguez, quien separó a uno de los árbitros y a su monitor en un partido de fútbol de prebenjamines cuando discutían por una jugada. Gracias a esta acción fue distinguido con uno de los Premios Nacionales 2013.

Si bien la UEFA tiene una comisión que premia a los clubes que han emprendido acciones relacionadas con el *fair play*, sería un error dejar de lado a aquellos jugadores que serán recordados por su deportividad. El futbolista Gary Lineker nunca recibió una tarjeta amarilla durante las 15 temporadas de carrera profesional, hecho que lo hizo merecedor del premio Fair Play de la FIFA en 1990. Pero las comparaciones entre el fútbol y otros deportes ofrecen pocas dudas. Es bien sabido que en el fútbol —deporte supremo en muchos países— abundan toda clase de estratagemas. Incluso podríamos referirnos a un episodio bochornoso que se produjo en el estadio Maracanã en un partido para la clasificación de la Copa Mundial de Fútbol de Italia (1990). Brasil vencía por 1-0 cuando una bengala explotó muy cerca de Roberto Rojas, el cancerbero chileno. Este, ensangrentado por una herida en la cabeza, abandonó el campo junto a sus compañeros. Mientras testigos afirmaban que Rojas no fue alcanzado por el petardo, este insistió durante muchos meses en su condición de víctima. Finalmente confesó haberse herido en la frente con un bisturí que había colocado entre su guante derecho y la camiseta. Sus palabras fueron muy elocuentes:

Pensaba sacar una ventaja deportiva para mi equipo: que nos dieran por ganados los puntos. No es verdad que quisiera dinero u otras regalías. Solo pensé en mi país. Pero ya no podía más con mi conciencia porque no se puede vivir con la mentira a cuestas.

Cosas parecidas ocurren en mucha menor medida en el balonmano, un deporte en el que la dureza de los contactos no está reñida con la nobleza y la honestidad. Tampoco en el rugby, donde los jugadores respetan sobremanera la figura de un árbitro que es tratado de «señor». Esto implica que acatan sus resoluciones sin reaccionar con desconsideración o displicencia y que, por supuesto, nunca tratan de engañarlos con ardides. Otra de sus costumbres es que, una vez concluido el encuentro, el equipo vencedor realiza el pasillo y aplaude al equipo derrotado. Acto seguido, el equipo perdedor actuará del mismo modo con el ganador. Incluso, en algunos campos, mientras un jugador lanza a palos, la afición

del equipo contrario mantiene un silencio sepulcral para no alterar su concentración. Sin olvidarnos de que en muchos partidos sigue vigente el llamado *tercer tiempo*, es decir, tras su finalización tiene lugar un encuentro cordial entre compañeros de equipo, contrincantes, árbitros, entrenadores y una parte del público.

En el baloncesto también podemos ver cómo algunos jugadores aceptan y reconocen públicamente sus faltas personales. Se trataría de una reminiscencia de cuando el incumplimiento de las reglas se vivía como una culpa que debían purificar públicamente, no solo ante los árbitros, sino también ante el rival y el público. Una actitud muy diferente de la negación reiterada de las faltas en otros deportes, circunstancia que podemos detectar cada fin de semana en los campos de fútbol.¹⁵⁵ No en balde el deporte de la canasta hunde sus raíces en la religión protestante, pues fue creado en 1891 por el pastor presbiteriano James Naismith (1861-1939). Recordemos que en el baloncesto las faltas antideportivas son sancionadas con severidad. También existe el *flopping*, que consiste en simular una infracción del rival. Este tipo de conductas son penalizadas porque vulneran el espíritu de este deporte.

Existen unas líneas rojas que los deportistas nunca deberían traspasar; de lo contrario, el deporte abandona su condición de juego edificante para convertirse en un pésimo referente moral. No resulta difícil elaborar una abultada lista de acciones reprobables; entre ellas, situaciones que sobrepasan la agresividad permitida por el reglamento. Entre este variado elenco de conductas antideportivas encontramos escupitajos, puntapiés, pisotones, cabezazos o mordiscos; también acciones de violencia verbal como exabruptos, vejaciones o provocaciones. Un ejemplo es cuando algunos jugadores de la NBA hacen uso del *trash talking* («lenguaje basura») para desconcentrar al rival. En este caso se trataría de una intimidación psicológica intencionada, de un hostigamiento moralmente inaceptable. Incluso han ocurrido fechorías mucho más graves. Un ejemplo es lo que sucedió en un partido entre Argentina y Brasil de la Copa Mundial de Fútbol de Italia (1990). Aquel día, y aprovechando que el masajista de Argentina atendía a un jugador albiceleste, le ofrecieron a un contrincante un bidón de agua que contenía una sustancia somnífica. El seleccionador argentino era Carlos Salvador Bilardo, el mismo que cuando entrenaba al Sevilla recriminó con vehemencia a su masajista que quería atender a un jugador rival que estaba sangrando. Muchos recordarán sus palabras: «¡Písalo, písalo! ¡Al enemigo, ni agua!». A lo largo de su dilatada carrera de jugador y entrenador, Bilardo dio sobradas muestras de que lo único que cuenta es ganar. Como dijera en una ocasión, el *fair play* es un invento inglés del que cabe prescindir.

Un insólito escándalo que en 1994 sacudió la opinión pública estadounidense estuvo protagonizado por dos patinadoras artísticas, Tonya Harding y Nancy Kerrigan. Harding fue cómplice de una agresión a Kerrigan, su gran rival en la carrera por la medalla de oro olímpica. Jeff Gillooly —exmarido de Harding— y un antiguo guardaespaldas suyo contrataron a un hombre para que golpeará con una barra de hierro una de las rodillas de Kerrigan. Querían lesionarla con el fin de impedirle que participara en el US Championships, al mismo tiempo prueba clasificatoria para los Juegos Olímpicos de Invierno de Lillehammer (1994). Aunque Harding fue la ganadora de ese campeonato, no

obtuvo tan buen resultado en los Juegos. Abrumada por lo ocurrido, en la cita olímpica fue octava mientras su rival ganaba la medalla de plata. En declaraciones posteriores, Harding reconoció haber volcado toda su vida al objetivo de ganar una medalla de oro para su país. Lo cierto es que dicho triunfo le habría reportado unas ganancias de diez millones de dólares. Resulta muy claro que determinados premios —ya sean monetarios u honoríficos— convierten el espíritu deportivo en algo tan frágil como una fina capa de hielo. Por supuesto, la acción de Harding será recordada como un brutal atropello a la justicia y a la deportividad.

La otra cara del *fair play* está representada por aquellos jugadores que recurren a todo tipo de subterfugios antirreglamentarios. De hecho, son muchos los deportistas maleducados, es decir, que no han interiorizado los valores del *ethos* deportivo. Thierry Henry, en un partido, acompañó el balón con la mano —recordemos que *fútbol* y *balompié* son sinónimos— antes de pasarlo a un compañero que marcó el gol que clasificó a los *bleus* para la Copa Mundial de Fútbol de Sudáfrica (2010).

Sabemos que en muchas competiciones deportivas los jugadores delegan la responsabilidad de la aplicación del reglamento en unas personas cualificadas para ello. Ante el hecho de que los jueces cometan errores, caben algunos interrogantes: ¿debemos aceptar siempre sus decisiones? ¿Los participantes tienen la obligación de no aceptar inmerecidos beneficios a causa de errores de los jueces, especialmente si son flagrantes? ¿Qué hubiera sucedido si el propio delantero hubiera reconocido ante el colegiado el carácter ilícito de su acción? ¿Vale la pena conducirse moralmente? Al aceptar la victoria, ¿actuó correctamente? La deportividad también implica la generosidad hacia los rivales. Si entendemos las competiciones deportivas como una búsqueda mutua de la excelencia, tendremos en cuenta la deportividad. Los contrincantes deben estar comprometidos en una empresa cooperativa pensada con el fin de poner a prueba sus habilidades y técnicas. Los competidores han de ser tratados como compañeros en la creación y ejecución de un examen justo. En aquella ocasión, Henry no trató a sus rivales como compañeros o facilitadores de un proyecto común, sino como un medio para conseguir la recompensa que conlleva la victoria.¹⁵⁶ Nadie puede poner en duda la talla futbolística de Henry, pero con su acción se negó a sí mismo la oportunidad de pasar a los anales de la historia como un deportista ejemplar.

Pierre de Coubertin (1863-1937) es un personaje que admite calificativos muy diversos, algunos de ellos poco positivos. Si revisamos su vida y obra podremos detectar actuaciones e ideas —de cariz elitista, colonialista o sexista— que ensombrecen su figura. Pero en este capítulo nos centraremos en una faceta de su mejor versión. Este francés pasará a la historia por ser el creador e impulsor de los Juegos Olímpicos modernos, y también por haber creído en el deporte como un vehículo de renovación humanista. Su doctrina es indisoluble de un ideario moral y pedagógico, una filosofía que recoge la Carta Olímpica. Veámoslo a través de su primer principio:

El Olimpismo es una filosofía de vida que exalta y combina en un conjunto armónico las cualidades del cuerpo, la voluntad y el espíritu. Aliando el deporte con la cultura y la educación, el Olimpismo se propone crear un estilo de vida basado en la alegría del esfuerzo, el valor del buen ejemplo y el respeto por los principios éticos fundamentales universales.

Coubertin fue un buen conocedor de los Juegos Olímpicos antiguos. En aquellos remotos tiempos, el *agon* deportivo se plasmaba en una serie de pugnas incruentas. Gumbrecht escribe: «Asociamos la competición con la domesticación de luchas y confrontaciones potencialmente violentas, a través de un marco institucional de reglas establecidas».¹⁵⁷ Los griegos sustituyeron los campos de batalla por los estadios, haciendo del deporte un instrumento pacificador. El objetivo era que las virtudes guerreras fueran sublimadas y asumidas como valores morales constructivos. De este modo, el deporte se presentaba como una lucha interhumana pacífica que persigue un fin superior: la victoria.¹⁵⁸ El período olímpico estaba marcado por la tregua, es decir, por la obligación de posponer cualquier tipo de conflicto bélico. Cuando se aproximaba la fiesta olímpica, los heraldos sagrados recorrían las principales ciudades griegas y proclamaban la suspensión de las hostilidades bélicas. La obligación de respetar la tregua sagrada convertía a la ciudad de Olimpia en neutral e inviolable. Se consideraba que deponiendo las armas, las *poleis* —representadas por sus atletas— luchaban simbólicamente.

La *pax olimpica*, inspirada en esta tregua sagrada, será una de las grandes motivaciones de Coubertin. Este aristócrata nunca desistió en su empeño de alentar una buena convivencia internacional. Los Juegos Olímpicos eran al mismo tiempo un festival multideportivo y el encuentro cuadrienal de la juventud universal. En palabras de Durántez:

Un olimpismo al servicio de la paz, de la democracia y del internacionalismo, así como de la transformación moral del hombre, dándole un carácter digno, regenerándolo por la consecución del equilibrio entre el cuerpo y

el espíritu, operado por el atletismo en su sentido olímpico.¹⁵⁹

Entre los principios axiales del olimpismo merece ser subrayado su vocación pacificadora. Desde el principio quedará muy claro que los Juegos Olímpicos deberían contribuir al irenismo cosmopolita. El neoolimpismo contendrá una nítida aspiración a la paz perpetua (Kant). Citemos un fragmento de su *Oda al deporte* (1912):

O Sport, tu es la Paix! Tu établis des rapports heureux entre les peuples en les rapprochant dans le culte de la force contrôlée, organisée et maîtresse d'elle-même. Par toi la jeunesse universelle apprend à se respecter et ainsi la diversité des qualités nationales devient la source d'une généreuse et pacifique émulation.

Se trata de secundar el entendimiento entre los diferentes países mediante la participación deportiva. El olimpismo pretende ser un himno al respeto y a la paz entre las personas al margen de su origen, lengua, cultura y religión. También es un medio para impulsar la proximidad y la comprensión entre naciones y estados. El deporte se erige en un instrumento para construir un mundo más fraternal y solidario, un instrumento para desactivar los delirios destructivos. En palabras de Cagigal:

Coubertin no mueve a guerras, sino que convoca a una fiesta de hermandad. Como punto de encuentro, el deporte, de la mayor solera clásica. En el fondo de la fiesta corporal, hay un humanismo educativo, de honda significación antropológica y filosófica.¹⁶⁰

Olvidando las acusadas diferencias que separan a sus países, los atletas olímpicos se reúnen para disputar pacíficamente la corona deportiva. Uno de los objetivos de Coubertin será, citando a Liselott Diem: «El pacífico encuentro de los pueblos en un combate pacífico, dentro del respeto y el recíproco reconocimiento del individuo».¹⁶¹ Es revelador que para referirnos a un partido de voleibol, de tenis o de hockey sobre hierba utilicemos el vocablo *encuentro*. Todos los partidos deberían ser amistosos.

Coubertin planteaba los Juegos como una gran celebración ecuménica, una buena oportunidad para que los países pudieran interrelacionarse cordialmente. El deporte puede ser una vía para solventar las aversiones que precipitan el enfrentamiento armado. El neoolimpismo debería ser el mejor antídoto para neutralizar las animosidades y enemistades políticas; debería conseguir que balonmanistas checos, futbolistas iraníes o taekwondistas coreanos —a modo de ejemplo— se reconozcan como ciudadanos del mundo. Si tenemos en cuenta que el deporte desconoce las barreras étnicas, lingüísticas o culturales, podremos esperar que su alcance sea mundial. Citemos a los sociólogos del deporte:

Hay que destacar que el deporte es una actividad de fácil comprensión, y a diferencia de otras manifestaciones culturales tales como el teatro, la música y la literatura, puede servir, sin apenas «traducciones», como un vehículo de comunicación transcultural y transnacional. Posee, en suma, un lenguaje universal.¹⁶²

El deporte es una actividad sociocultural que ha adquirido una dimensión universal. La condición de *koiné* nada sofisticada lo convertiría en un puente de comunicación que

trasciende las fronteras territoriales, étnicas, económicas, políticas y culturales. Si bien no todos los reglamentos deportivos presentan el mismo grado de claridad y simplicidad, habitualmente su lógica competitiva es primaria y elemental, de sencilla asimilación.

La praxis deportiva representa un terreno propicio para simpatizar con otras personas, pues promueve relaciones espontáneas e inmediatas que no necesitan de ningún protocolo. El deporte establece un sistema esquemático de signos que pueden expandirse universalmente; al respecto, ha escrito Cagigal:

Se trata de un lenguaje universal fácilmente inteligible por todos, por el sabio y por el ignorante, por el adulto y el niño. Carece de barreras idiomáticas. [...] Cualquier niño pequeño comprende el sencillo pero elocuente mensaje transmitido por dos luchadores que forcejean para poner de espaldas al contrario o por dos equipos que pretenden superar al adversario en el número de canastas transformadas. Al igual que el arte o la danza, el deporte es un lenguaje universalmente inteligible.¹⁶³

El deporte respalda la comunicación y el conocimiento mutuo, la apertura que propicia el intercambio de ideas. Relacionándonos con otras personas, compartiremos valores transculturales.

Este universalismo quedará claramente reflejado en el símbolo olímpico, diseñado por Coubertin en 1913. Se trata de cinco círculos entrelazados que representan los cinco continentes unidos por el olimpismo. La estructura de este símbolo es meridiana: se trata de cinco anillos entrelazados, con cinco colores diferentes, dibujados sobre un fondo blanco que simboliza la paz recuperada, la unión gracias al deporte de las cinco partes del mundo. Parece que no hay asignado un color concreto para representar cada uno de los continentes: todo el conjunto forma un trapecio regular. Este símbolo representa el abrazo entre los diferentes pueblos, la universalidad olímpica y el encuentro de todos los atletas. Fue en los Juegos Olímpicos de Amberes (1920) cuando se introdujo por primera vez la bandera olímpica. En una época en la que las heridas de la Gran Guerra aún no cicatrizaban, esta ciudad flamenca acogió el certamen olímpico con el fin de resarcir simbólicamente al pueblo belga por las penalidades sufridas.

En esos Juegos también se pronunciará por primera vez el juramento olímpico: «Juramos que tomaremos parte en los Juegos Olímpicos con un espíritu de caballerosidad, por el honor de nuestro país y por la gloria del deporte». Con los años el juramento fue modificado:

En nombre de todos los competidores, prometo que participaremos en estos Juegos Olímpicos, respetando y ateniéndonos a las reglas que los gobiernan, comprometiéndonos a un deporte sin dopaje y sin drogas, con el espíritu verdadero de la deportividad, por la gloria del deporte y el honor de nuestros equipos.

Se trata de un pacto solemne que implica la aceptación y asunción de unas reglas de acuerdo con el ideal olímpico. Esta promesa explicita el respeto a la deportividad y, por ende, la probidad moral de los atletas. En última instancia, estos hombres y mujeres son fundamentales para que el movimiento olímpico dignifique el deporte y la vida humana.

Los atletas son adalides de un mensaje esperanzador, el vehículo del anhelo de fundar la paz universal sobre una base firme. Con su buen hacer, destilan un sentimiento de

esperanza en unas sociedades más libres, igualitarias, justas y solidarias. Son también los portadores de la confianza en un mundo que deje atrás las guerras, recordándonos que la grandeza espiritual es la mejor manera de abordar los conflictos humanos. Conviene tener en cuenta el cuarto principio fundamental de la Carta Olímpica:

La práctica deportiva es un derecho humano. Toda persona debe tener la posibilidad de practicar deporte sin discriminación de ningún tipo y dentro del espíritu olímpico, que exige comprensión mutua, solidaridad y espíritu de amistad y de *fair play*.

Tal y como leemos en la Carta Internacional de la Educación Física y el Deporte (1978), la educación física y el deporte deben promover el acercamiento entre los pueblos y las personas, así como la emulación desinteresada, la solidaridad y la fraternidad, el respeto y la comprensión mutua, el reconocimiento de la integridad y de la dignidad humana.

Las justas olímpicas deben ser algo más que un concurso en el cual dirimir la supremacía deportiva a nivel planetario. Se trata de celebrar la unidad humana más allá de la pluralidad. Coubertin pensaba que si todos compartimos el lenguaje del deporte, los diferentes pueblos mundiales podrán solventar sus tensiones y alcanzar un buen acuerdo. La contrapartida del ideal humano basado en el equilibrio armónico sería la paz, la justicia social y la concordia interestatal. Esto implica que el COI tiene una misión más amplia que la simplemente deportiva. De este modo, los deportistas serán embajadores de una doctrina inspirada en la buena voluntad y el aprecio interpersonal. No podemos olvidar que el tercer principio fundamental del movimiento olímpico reza así:

El objetivo del Olimpismo es poner siempre el deporte al servicio del desarrollo armónico del hombre, con el fin de favorecer el establecimiento de una sociedad pacífica y comprometida con el mantenimiento de la dignidad humana.

El olimpismo es un ideal humanitario que anima la concordia transnacional, que trasciende las divisiones políticas, étnicas, ideológicas o religiosas. El deporte es un patrimonio universal que reúne a personas con valores y creencias distintos. Los prejuicios y estereotipos quedan a un lado cuando se persiguen los mismos propósitos humanistas. Podemos rubricarlo con las palabras de Cazorla:

El deporte funde diferencias a través del calor de su confraternidad, solidaridad y compañerismo. El deporte, con arreglo a su visión más clásica, es un instrumento de primera magnitud para el logro del internacionalismo pacifista.¹⁶⁴

Según Philip Noël-Baker, las lides deportivas ofrecen tanto a sus participantes como a sus espectadores una visión de las cosas más noble que las profundas tensiones de nuestra época. Han creado un nuevo lazo entre las naciones, un novedoso medio de comunicación entre pueblos distanciados, que en raras ocasiones son conscientes de pertenecer a la misma familia humana.¹⁶⁵ Cabe reseñar que Noël-Baker fue atleta, diplomático, cuáquero y premio Nobel de la Paz en 1959.

Una forma de neutralizar las guerras será mediante un deporte que plantee unos

principios y reglas que puedan compartir todos los seres humanos. Una ética es universalmente válida porque es fundamental y común a todas las personas, sin distinción de credos políticos y confesionales. Citemos a Kūng:

Las personas —con independencia de sus peculiaridades nacionales, culturales o religiosas— se han puesto de acuerdo sobre un reglamento de conducta. Con ayuda del deporte, se ejercitan en el encuentro, la colaboración y el entendimiento. Un excelente ejemplo de ética mundial. Y puesto que también en el deporte se trata de algo más que de «reglas» —lo que cuenta es más bien un determinado «espíritu»—, ello tiene asimismo la máxima importancia desde el punto de vista de la política cultural y religiosa. El espíritu del juego limpio, la igualdad de oportunidades, la tolerancia, la dignidad humana y la camaradería pueden ser vividos por personas de todas las culturas y religiones.¹⁶⁶

Varios pontífices católicos han valorado la dimensión humanista de los ideales olímpicos. En una audiencia concedida a deportistas y periodistas en 1963, Juan XXIII enalteció el deporte, considerando que las competiciones conducen a encuentros más serenos y frecuentes entre los pueblos, motivando su aproximación y diálogo. A propósito de los Juegos Olímpicos, también incidió en la importancia de una colaboración entre todos los pueblos del mundo en aras de una fraternidad universal.

El potencial pedagógico del deporte radica en situar a los contrincantes en un plano de igualdad. El deporte es una plataforma para la interculturalidad mediante valores como el respeto, el *fair play*, la cooperación o la solidaridad. Como dice Nussbaum en *Sin fines de lucro*, si adoptamos una actitud lúdica respecto al otro será más fácil desactivar su posible condición amenazadora. El campo de juego puede convertirse en un instrumento mediador que favorezca una convivencia en la diversidad, creando un marco axiológico en nuestras sociedades pluralistas y multiculturales. El deporte puede ayudarnos a apreciar todo aquello que tenemos en común, que los humanos somos iguales pero no idénticos. También puede ser un ámbito propicio para compartir un núcleo de valores morales, es decir, las virtudes cívicas de una ética mínima (Cortina). El deporte ofrece las condiciones indispensables de entendimiento, reciprocidad, igualdad, justicia, confianza, diálogo cordial y pacífico, e incluso de sintonía amical. Fue Aristóteles quien afirmó que la amistad (*philia*) evita la intervención de los jueces.

Dicho todo esto, huelga decir que el movimiento olímpico no ha sido un instrumento ecuménico y apaciguador. En contra del anhelo de Coubertin, pocas veces el deporte ha servido para unir a los pueblos. Es incontestable que los Juegos Olímpicos modernos han sufrido vicisitudes de toda índole, por ejemplo, dos interrupciones provocadas por dos guerras mundiales y varios boicots a raíz de importantes conflictos políticos. No deja de ser paradójico que el siglo XX haya sido el más devastador pero también el más deportivo. Meynaud dice:

En una época que ha conocido las cámaras de gas, los bombardeos masivos, las destrucciones atómicas y el horror del napalm, hay quienes siguen ensalzando imperturbablemente las virtudes pacificadoras de la deportividad internacional, como hubiera podido hacerse entre los años 1890-1900, en vísperas de las grandes matanzas de nuestro siglo.¹⁶⁷

Aunque, claro está, preferimos que en el futuro el siglo XX sea recordado por el deporte y no por el gulag, Auschwitz o Nagasaki. No fue casual que Yoshinori Sakai realizara el último relevo de la antorcha y encendiera el pebetero del estadio en los Juegos Olímpicos de Tokio (1964). Su elección respondía a un motivo cargado de simbolismo: había nacido el 6 de agosto de 1945, el mismo día en que Hiroshima fue devastada por la bomba atómica.

Hace mucho que los Juegos Olímpicos modernos dejaron de encarnar el sueño de Coubertin. Sometidos a un proceso de desespiritualización, fueron absorbidos por la desbordante cultura de masas y transformados en una máquina profana de eventos.¹⁶⁸ Con frecuencia, el movimiento olímpico ha sido un nido de intrigas dominado por los poderes fácticos, tanto económicos como políticos. El deporte se ha distanciado de uno de los valores fundacionales del neoolimpismo: promocionar el diálogo entre los países y luchar en favor de la paz. Recordemos que el COI sigue defendiendo que los Juegos Olímpicos son una competición entre individuos y no entre países, que precisamente por este motivo los deportistas actuarán como agentes de un ecumenismo unificador. Y, paradójicamente, el ceremonial olímpico contradice esta idea: durante la entrega de medallas las banderas de los países de los campeones son izadas en las astas de honor y suenan los himnos nacionales. En suma, todo se encuentra orquestado *ad maiorem patriae gloriam*.

Jules Rimet (1873-1956) también creía en el potencial del deporte para propiciar la concordia interpersonal. Prócer deportivo, una vez concluida la Gran Guerra ostentó el cargo de máximo jerarca de la recién creada FIFA. También fue el artífice de la Copa Mundial de Fútbol y el gran impulsor de este deporte por todo el orbe. Su objetivo era convertir el balompié en una pasión comunal al servicio de la comprensión y la amistad entre los jóvenes del mundo. En coherencia con la idea de que el deporte debía promover la paz, respaldó el boicot a los Juegos Olímpicos de Berlín (1936). Entusiasta de la literatura, sostenía que el deporte podía conciliarse con la cultura espiritual. En palabras suyas: «Trabajar el cuerpo, despertar el espíritu».¹⁶⁹ A lo largo de su andadura reivindicará que el fútbol —sin duda, el deporte más universal— es un precioso medio para disipar las incomprensiones y antipatías entre los pueblos. En una ocasión comentó que si damos un balón y un árbitro a chicos de países diferentes, cada uno con su propia lengua, que profesan distintas religiones y pertenecen a etnias diferentes, tendrán muchas probabilidades de entenderse, de jugar, de divertirse y posiblemente acaben siendo amigos. Existen muy pocas actividades humanas capaces de generar una situación similar. Acudamos de nuevo a Küng:

Bajo las condiciones adecuadas, la globalización del deporte es toda una oportunidad. Estoy convencido de que el deporte representa una ocasión singular de reunir a personas de naciones, culturas y religiones diferentes. Los acontecimientos deportivos que transcurren sin problemas así lo demuestran. El deporte tiene una importancia que trasciende naciones, culturas y religiones. Aquí radica la fuerza de la «idea olímpica», que todavía hoy dispone, a pesar de la comercialización y el dopaje, de una fuerza no del todo agotada. Lo cual posee un gran poder simbólico de cara al entendimiento intercultural e interreligioso.¹⁷⁰

No sabemos si Rimet tuvo constancia de lo acaecido la noche de Navidad de 1914. Habían transcurrido cinco meses desde el inicio de la Gran Guerra cuando ocurrió algo excepcional. Fue en el frente occidental —cerca de Ypres (Bélgica)— donde unos soldados ingleses y alemanes se miraron a los ojos y decidieron hacer callar sus armas. Temporalmente abandonaron las trincheras, la sangre y el lodo para compartir villancicos y sonrisas. Todo ello fue rubricado con un encuentro de fútbol disputado en tierra de nadie. Mediante una pelota hombres de Estados enemigos recordaron que era más importante lo que los unía que lo que los diferenciaba. Se despojaron de sus armas y compartieron el gozo del juego y de la amistad. Durante aquellos momentos de tregua el sueño de un acuerdo de paz pareció viable. Reaccionaron ante sus líderes y la delirante pesadilla de la guerra, confraternizando al margen de sus obligaciones militares.¹⁷¹ Desgraciadamente la terrible realidad acabó imponiéndose y la contienda no finalizó hasta noviembre de 1918, segando la vida de millones de jóvenes, entre ellos algunos hombres —Jean Bouin o Roland Garros— que perviven en la memoria de los que amamos el deporte. Como nos demostrará la historia, su sacrificio fue completamente estéril.

El deporte es uno de los medios que pueden contribuir al acercamiento entre comunidades y países; no deberíamos infravalorar su capacidad para el diálogo y la mediación internacional. La historia nos recuerda que esta actividad puede aportar su grano de arena a la mejora de determinadas situaciones políticas. Un buen ejemplo sería la denominada «diplomacia del tenis de mesa» (1971). En un momento álgido de la Guerra Fría, cuando las relaciones entre Estados Unidos y China eran de gran tensión, fueron los deportistas quienes propiciaron el deshielo y posterior acercamiento diplomático entre los dos Estados. Durante los campeonatos mundiales de Nagoya (Japón) el jugador estadounidense Glenn Cowan perdió su autobús y tuvo que ser transportado por el del equipo chino. Fue entonces cuando el campeón chino Zhuang Zedong le regaló un pañuelo de seda con un dibujo de las montañas de Huangshan. Acompañó el presente con estas palabras:

Aunque el Gobierno de Estados Unidos es hostil con China, los ciudadanos estadounidenses son amigos de los chinos. Le doy esto en señal de amistad entre el pueblo chino y el pueblo americano.¹⁷²

Al día siguiente Cowan correspondió al regalo recibido con una camiseta con el símbolo de la paz en varios colores y el lema *Let it be*. Los dos jugadores fueron fotografiados juntos, una imagen que tuvo una gran repercusión internacional. Todo ello provocó que el gobierno chino invitara al equipo estadounidense a realizar una gira amistosa por el país. En febrero de 1972, Richard Nixon y Mao Zedong protagonizaban un encuentro histórico que representaba el fin de unas hostilidades que comenzaron con el triunfo de la Revolución Comunista (1949).

Durante el verano de ese mismo año un equipo de voleibol estadounidense viajaría a Cuba para participar en la fase clasificatoria de los Juegos Olímpicos de Múnich (1972). La prensa de aquella época comparó el episodio con lo ocurrido meses atrás con el tenis de mesa. Alguien comentó: «Se trata de aliviar la tensión política a través de una pelota».

Se apuntaba la posibilidad de que fuera una oportunidad para reconducir favorablemente las relaciones entre Cuba y Estados Unidos y supondría el fin del embargo y la reanudación de los intercambios comerciales entre ambos países. Incluso se conjeturaba una visita de Richard Nixon a Cuba. Pero la realidad fue otra y hubo que esperar hasta 2015 para que se restablecieran relaciones diplomáticas entre ambos países. No deja de ser significativo que tanto el tenis de mesa como el voleibol son deportes en los que los rivales están separados por una red, un obstáculo más permeable que el muro de cemento que en 1952 hizo levantar la URSS en la villa olímpica de Helsinki para separar a sus atletas del resto de las delegaciones.¹⁷³

Antes de convertirse en el líder de la independencia de la India, Mohandas Gandhi (1869-1948) residió durante un tiempo en Sudáfrica. Fue entonces cuando sufrió en su propia piel la discriminación que imperaba en aquel país. Durante un tiempo se solidarizó con los derechos de sus compatriotas, incluso lideró campañas de desobediencia civil. Pero también se percató del potencial social del fútbol cuando vio a unos niños negros, blancos e hindúes jugar juntos. De este modo quiso encarrilar la pasión de los sudafricanos por este deporte como un instrumento a favor de la igualdad de derechos y de la integración en una sociedad donde eran tratados como ciudadanos de segunda. Por este motivo, en 1913 fundó tres clubes de fútbol, cada uno en tres ciudades diferentes — Inanda, Pretoria y Johannesburgo—, que recibieron el mismo nombre: Passive Resisters Soccer Club. La novedad de esos equipos era que aceptaban jugadores pertenecientes a todos los grupos raciales. Por intermedio del deporte quiso demostrar que personas de etnias diferentes podían convivir en armonía.¹⁷⁴ Lamentablemente los buenos propósitos de Gandhi no cristalizaron y en 1948 se implantaba el apartheid.

También podemos referirnos a lo que ocurrió años después en Sudáfrica de la mano de Nelson Mandela. Este político lideró el proceso de desmantelamiento del apartheid, un genocidio moral y un crimen contra la humanidad. Entre muchas otras prohibiciones, este sistema segregacionista impedía que los sudafricanos negros pudieran formar parte de las selecciones deportivas. Aunque era un amante del deporte, Mandela confesó que durante la época que estuvo entre rejas exultaba cada vez que la selección sudafricana perdía un partido. Pero tenía la certeza de que el deporte moviliza las emociones de la gente de una manera que ningún político puede lograr. En palabras suyas:

El deporte tiene el poder de transformar el mundo. Tiene el poder de inspirar, de unir a la gente como pocas otras cosas... Tiene más capacidad que los gobiernos de derribar las barreras raciales.¹⁷⁵

Por ese motivo preservó el rugby, el gran estandarte deportivo del apartheid. También acogió la Copa del Mundo de Rugby (1995), un evento que significó la reapertura de Sudáfrica al mundo. De este modo contribuyó a que los afrikáners se avinieran a aceptar el nuevo régimen democrático. En este caso, el deporte fue mucho más que un juego competitivo, deviniendo un medio para conseguir un fin noble. La victoria de los Springboks en el mundial fue un símbolo de esperanza para un país polarizado por la división racial. Es más, el rugby contribuyó a la reconciliación y pacificación de un

pueblo fracturado por la violencia, el racismo y el odio. Para ahondar en todo ello remito a *El factor humano* (2008), obra de John Carlin que fue llevada al cine por Clint Eastwood —*Invictus* (2009)—. Mandela fue un claro ejemplo de que la mejor política tiene raíces éticas.

Otro episodio que merece ser ponderado ocurrió en Costa de Marfil. Nos referimos al papel político que desempeñaron sus mejores futbolistas, en concreto cuando inmediatamente después de haber conseguido el billete para la Copa Mundial de Fútbol de Alemania (2006), Didier Drogba y sus compañeros de la selección convirtieron un festejo deportivo en un momento trascendental para la historia del país. Se arrodillaron e hicieron la siguiente petición: «Marfileños, marfileñas, del norte, del sur, os lo pedimos de rodillas, perdonad, abandonad las armas, organizad elecciones y todo irá mejor». El equipo era consciente de que tenían una oportunidad única para contribuir a la unidad nacional. Debe tenerse en cuenta que el país llevaba tres años (2002-2004) atrapado en una desoladora guerra civil. En este caso el fútbol dio ejemplo de una convivencia armoniosa en la que deberían inspirarse los responsables políticos de ese país de África occidental. Las diferencias étnicas y políticas pasan a un segundo plano en favor del espíritu colectivo.

En aquellos momentos la población marfileña albergaba expectativas de dejar atrás el conflicto fratricida y el deporte fue un medio que contribuyó a ello, funcionando como vehículo de reconciliación nacional.¹⁷⁶ Ante la inoperancia de los políticos para enderezar la situación, este gesto coadyuvó a la resolución pacífica del conflicto. Debemos recalcar que Drogba —el líder de aquella selección— en otras ocasiones ha demostrado su compromiso en pro de la pacificación de su país. En 2006, recibió el premio a mejor futbolista africano y decidió [viajar a Bouaké](#) —principal fortaleza de los insurgentes— para reclamar el fin de las hostilidades. Sería el preámbulo de algo más ambicioso: disputar durante el año siguiente un partido clasificatorio para la Copa de África en la misma ciudad, una zona en la que no se había jugado ningún encuentro de fútbol desde el inicio de la guerra.¹⁷⁷ Por ese motivo Drogba fue nombrado Embajador de Buena Voluntad por la ONU y considerado por la revista *Time* como una de las cien personas más influyentes del mundo.

COMPORTAMIENTOS EJEMPLARES

El impacto social de los actores del deporte-espectáculo puede ser remarcable. En buena medida los medios de comunicación han coadyuvado a que se conviertan en referentes socioculturales. La condición icónica de muchos deportistas de élite conlleva que muchos jóvenes deseen emularlos. Estos no dudan en modelar su existencia en función de sus admirados ídolos. Pero existen muchos deportistas que piensan que no deben ser un ejemplo para nadie. Podría ser el caso de Robbie Fowler, quien en 1999 celebró un gol simulando que esnifaba la cal del área del Everton. A juzgar por sus declaraciones después del encuentro, pretendía burlarse de aquellos que habían especulado sobre su relación con las drogas. La Federación Inglesa de Fútbol impuso al ariete del Liverpool FC una sanción disciplinaria de seis partidos y una severa multa económica. Alguien podría pensar que se trató de una broma trivial. Pero lo cierto es que esta acción —claramente reprochable— fue justamente criticada. Ser responsables implica rendir cuentas de nuestros actos; responder de nuestras acciones ante nosotros mismos, pero también ante los otros. Las personas fallan moralmente cuando se despreocupan de las consecuencias que pueden sobrevenir de sus actos. Desde el momento que nuestras acciones conciernen a las demás personas, la auténtica libertad es indisociable de la responsabilidad.

Los deportistas pueden ofrecernos valiosas lecciones de inteligencia emocional. Pero realmente no siempre actúan con el debido aplomo. Este fue el caso de Eric Cantona, cuando propinó una patada a un seguidor del Crystal Palace tras ser expulsado por una dura entrada a un jugador rival. Ofuscado por la cólera, no supo controlar su irascibilidad y reaccionó insensatamente a la ofensa sufrida. Por esa brutal acción fue acusado por la Federación Inglesa de Fútbol de atentar contra la buena imagen del fútbol.

Resulta palmario que el deportista de élite está sometido a situaciones de mucha tensión que no son fáciles de gestionar. Abundan los lances del juego que ponen a prueba el temple del deportista. Es entonces cuando es necesario el autocontrol, es decir, la acción de regular nuestra impulsividad irracional. En determinadas circunstancias una victoria sobre uno mismo tiene más valor que ganar a un rival. Los filósofos antiguos dejaron claro que la ira es una de las pasiones más peligrosas. Por este motivo valoraron tan positivamente la continencia o dominio de sí mismo (*enkrateia*). Se trata de una de las virtudes claves del universo axiológico griego, ya que *kratos* significa «fuerza», «poder» y «dominio». Coubertin afirmará que si el deporte extiende las espaldas del atleta es, justamente, para controlar los nervios y dominarse.¹⁷⁸

Detengámonos en otro hecho que tuvo un eco colosal. La escena se produjo durante la prórroga de la final de la Copa Mundial de Fútbol de Alemania (2006). Se trataba del

último partido como futbolista profesional de Zinedine Zidane, el mismo en el que golpeó con la cabeza el pecho de Marco Materazzi después de haber sido gravemente ultrajado por este jugador. Todo parece indicar que las injurias iban dirigidas a la madre o a la hermana del jugador galo. Pero mientras que la acción del transalpino restó impune, Zidane fue expulsado con una tarjeta roja directa. Entre otras razones, el comportamiento del marsellés resulta inadmisibles porque traicionó al grupo.¹⁷⁹ De hecho, no era la primera vez que fue incapaz de contenerse ante las provocaciones de sus rivales. Poco después de lo ocurrido, declaró lo siguiente:

Mi gesto no es perdonable [...]. Por supuesto que no es un gesto a imitar. Tengo que decirlo alto y claro porque fue visto por dos o tres mil millones de telespectadores y millones y millones de niños lo observaron. Inevitablemente, me disculpo ante ellos y también ante las personas y los profesores que están allí para educar a esos niños y mostrarles las cosas que deben y no deben hacerse.

Zidane sabía que su reacción descontrolada había sido un error mayúsculo, pues deportistas como él son fuente de inspiración para muchas personas, especialmente para los más jóvenes. Pero también añadió que no lamentaba su agresión, pues había respondido a la provocación del zaguero italiano, auténtico culpable de la situación.¹⁸⁰ Sin humildad (de *humus*, «tierra fértil») no seremos capaces de disculparnos y retractarnos de una acción. Nunca podremos arrepentirnos si el orgullo desmedido —que no pondonor— impone su ley.

En nuestra sociedad existen personas con ascendiente moral. Se trata de sujetos dotados de una autoridad (*auctoritas*) que no debemos confundir con el poder (*potestas*). Son autores (*auctor*) porque nos empujan a mejorar, ayudándonos a que nuestro ser crezca (*augeo*). Pero muy al contrario de lo que sucede con algunos deportistas, no concitan demasiado interés mediático. Son diversos los factores que provocan que veneremos a los divos deportivos, convirtiéndolos en paradigmas de vida edificante. Se podría pensar que, inmersos en un clima de nebulosidad axiológica, el deporte aparece como una contra-sociedad o un mundo idealizado. Pero resulta inadecuado exagerar el nivel de responsabilidad de los deportistas de élite. Rivero y Tamburrini comentan que existe una sobrevaloración tanto del deporte como del éxito deportivo, una desproporcionada percepción del rol de los ídolos deportivos como modelos para la sociedad en general o para los jóvenes en particular. Citémoslos:

Toda persona adulta debe comportarse correctamente de forma de hacer trascender su ejemplo en sus semejantes. Y eso se aplica especialmente a la juventud, que todavía está en formación. Pero en realidad es ese un deber que tienen todos los seres humanos, no solo los deportistas de élite.¹⁸¹

Cabe añadir que los padres deben orientar a sus hijos a fin de interpretar atinadamente las conductas de los deportistas. Pero la triste realidad refleja el incremento del número de familias que transfieren sus obligaciones formativas a unas instituciones escolares que se ven desbordadas ante semejante desafío. Abundan los padres que rehúyen su autoridad moral, olvidando que deben ser los primeros referentes para sus hijos. Por si esto fuera poco, algunos de ellos se hallan mediatizados por un consumo deportivo

basado en la exaltación de estrellas y récords, obsesionados con que sus hijos ganen siempre y acaben convirtiéndose en ricos y famosos.

Es incontestable el papel fundamental de los padres, maestros y entrenadores en hacer del deporte una instancia formativa. Pero los medios de comunicación tampoco deben desentenderse de su cuota de responsabilidad. Así, por ejemplo, las declaraciones estrepitosas o exabruptos estridentes presentan más cobertura mediática que los casos de *fair play*. En vez de tratar de manera sensacionalista ciertas conductas inexcusables, se debería poner más énfasis en aquellas actuaciones circunspectas dignas de ser imitadas. Sería magnífico que el periodismo deportivo tuviera una mayor talla moral, que los medios de comunicación se hicieran eco de los buenos ejemplos. Como dice Moragas, el deporte moderno solo podrá cumplir con sus responsabilidades formativas si los medios de comunicación contribuyen a potenciar sus valores positivos y evitan la exaltación de sus contravalores.¹⁸² Un ejemplo nos lo ofrece el propio Robbie Fowler. El incidente antes reseñado tuvo mucha más difusión que una acción suya de *fair play*. Nos referimos a un partido en 1997 contra el Arsenal FC, cuando el árbitro señaló un penalti a favor de su equipo. Fowler le dijo al colegiado que se había equivocado, pero este se mantuvo firme. Finalmente tuvo que lanzar la pena máxima pero lo hizo con poca convicción a las manos del portero Seaman. Este rechazó la pelota y McAteer, menos solidario, marcó.

Somos muchos los que debemos brindar pautas correctas a los más jóvenes. Como ha puesto de relieve José Antonio Marina, todos somos responsables de la educación de nuestros hijos. Un proverbio africano reza: «Para educar a un niño hace falta la tribu entera». Dada la superlativa repercusión social que tiene el deporte-espectáculo no debemos ignorar la ascendencia que tienen sus protagonistas. El deporte es una actividad donde se manifiestan valores morales, un espejo en el que se miran unos niños y adolescentes muy permeables a influencias de todo tipo. Los deportistas de élite también contribuyen a la educación moral de la población. En la medida en que la educación es inseparable de la ejemplaridad y la imitación, es importante hacer del deporte un buen referente formativo. Gregorio Luri ha escrito que el ejemplo de su conducta moral es el mayor bien con el que el ciudadano puede contribuir a la ciudad. La moral se adquiere a través de los ojos porque el principal sentido moral es la mirada.¹⁸³

Citemos el imperativo de ejemplaridad de Javier Gomá: «Obra de tal manera que tu comportamiento sea imitable y generalizable en tu círculo de influencia, produciendo en él un impacto civilizatorio».¹⁸⁴ Los verdaderos educadores saben que las palabras mueven, pero el ejemplo arrastra. Más importante que educar a nuestros hijos con la doctrina o con un consejo es hacerlo con el ejemplo de vida. Ellos aprenden de los adultos por impregnación. Aristóteles nos explicaba que las virtudes no residen en un reino espiritual, sino en acciones concretas. Para aprenderlas, deberemos encontrar a aquellas personas que las atesoran. En la lápida de Jackie Robinson —nos referimos al gran jugador de béisbol— pueden leerse estas palabras: «Una vida no es importante excepto en el impacto que tiene en otras vidas».

Demasiado a menudo los deportistas se desentienden de su posición privilegiada.

Olvidan que su condición pública les confiere el poder de transmitir valores. Desde el momento en que sus actitudes y comportamientos están en el punto de mira de mucha gente, les atañe una cuota de responsabilidad social. Es importante recalcar que nuestra responsabilidad es proporcional a nuestro poder. Los deportistas son agentes morales cuyo proceder debería regirse por la profesionalidad y la deportividad. Actuando de este modo no solo dignifican su labor, también envían un mensaje positivo a la sociedad. Con sus buenas prácticas contribuyen a que este mundo sea un poco mejor. Citemos a Valdano:

Tienen el privilegio y responsabilidad de sentirse observados en cada segundo. No solo enseñan a competir, sino que también enseñan a vivir. Por eso es tan importante que el triunfo exprese no solo una superioridad física, técnica y táctica, sino también moral.¹⁸⁵

El deportista expresa su talante moral encarnando valores como el compañerismo, la generosidad, el respeto, el esfuerzo, la valentía, la humildad o la honestidad. En este sentido merecen ser enfatizadas las últimas palabras de Iker Casillas como portero del Real Madrid: «Más que recordarme por ser buen o mal portero, solo espero que la gente se acuerde de mí por ser buena persona».

Pero este no ha sido el caso de algunos deportistas. Por ejemplo, cuando su trayectoria ha estado marcada por reiteradas acciones antideportivas o cuando no han sabido conducir su vida deportiva con seriedad; y por supuesto, todos aquellos que como ciudadanos actuaron al margen de la ley. De hecho, en el imaginario colectivo persiste el perfil del deportista con una vida turbulenta. Recordemos las palabras atribuidas a George Best: «I spent a lot of money on booze, birds and fast cars. The rest I just squandered». Ya no nos causa ninguna sorpresa que un futbolista llegue tarde a un entrenamiento debido a una noche desenfadada, tampoco que haya sufrido un accidente automovilístico bajo los efectos del alcohol o que sea imputado por haber contratado los servicios de una prostituta menor de edad. Muchas de estas estrellas son jóvenes demasiado inmaduros y egocéntricos, personas sin la cordura necesaria para gestionar su fortuna y fama.¹⁸⁶ Sin olvidarnos de aquellos que acabarán convertidos en juguetes rotos. Ciertamente, los desmanes autodestructivos y delictivos de algunos astros son también parte de nuestro paisaje mediático. El hecho de haber dilapidado su vida personal y profesional los invalida como ejemplos a seguir.

Por otro lado, se ha criticado el nulo compromiso social de muchos deportistas. Lograr una prominente posición socioeconómica los habría inmunizado ante los problemas más acuciantes de sus conciudadanos. Para Pascal Boniface: «Los deportistas de alto nivel adoptan raramente compromisos propios de la vida política, y menos aún antes de dar por finalizada su carrera».¹⁸⁷ Incluso parece como si muchos de ellos no tuvieran ningún interés en conocer la realidad sociopolítica que los rodea. La figura del deportista inculto y superficial, ajeno al mundo y a sus problemas, es un tópico difícil de refutar. Sus declaraciones a la prensa suelen ser de una notable futilidad; respuestas previsibles a unas preguntas triviales. Es insólito encontrar deportistas con veleidades intelectuales. Durante las décadas de 1940 y 1950 el delantero Manuel Fernández —más conocido como

Pahiño— fue una *rara avis*. En su caso, no solo marcaba muchos goles, también leía libros prohibidos (algunos de sus autores favoritos eran Tolstoi y Dostoievski). Este artillero del gol tampoco estaba dispuesto a transigir con sus ideales republicanos: «No tengo odio a nadie, pero los fascistas me daban asco», afirmó. Su ideología izquierdista supuso para él no ser convocado para la Copa Mundial de Fútbol de Brasil (1950). Otro ejemplo sería Lilian Thuram, conocido por sus inquietudes culturales y sociales.

Los deportistas capaces de conciliar la vida deportiva con la actividad intelectual son una minoría. Los que se interesan por el arte, la ciencia o la filosofía son presentados como una anomalía. En una ocasión el exfutbolista Romario afirmó que no leía nunca porque le provocaba dolor de cabeza. El escritor José Saramago dijo: «Todo el mundo me dice que tengo que hacer ejercicio, que es bueno para mi salud. Pero nunca he escuchado a nadie que le diga a un deportista: tienes que leer». No deja de ser sintomático que Ibrahimovic se despidiera del FCB con estas palabras envenenadas de rencor: «Guardiola es el filósofo que ha roto mi sueño de estar en Barcelona». Recordemos que ya durante su época de jugador la afición de Guardiola por la literatura le supuso algunas críticas.

La mayor parte de los deportistas mantienen una posición acomodaticia, ya que prefieren eludir los debates controvertidos. Un buen ejemplo fue Michael Jordan. Durante la década de 1990, esta superestrella no ofreció su apoyo al candidato demócrata al Senado, Harvey Gantt, reconocido por su labor en contra de la discriminación racial. Pero hechos como este nos permiten entender un aspecto importante de los grandes deportistas actuales. Convertidos en productos publicitarios sujetos a las estrategias de *marketing*, su libertad de expresión puede quedar coartada por la ideología dominante. La causa de ello sería el temor a perder una cuota de mercado o clientes potenciales.¹⁸⁸ Confortablemente instalados en su burbuja de fama y riqueza, permanecen indiferentes a los problemas de sus conciudadanos. Incluso podrían ser vistos como máquinas productivas dentro de un sistema imparable. Es incontrovertible que muchos de ellos materializan la idea expresada por Marx en *Miseria de la filosofía*:

El sistema capitalista no precisa de individuos cultivados, solo de hombres formados en un terreno ultraspecífico que se ciñan a un esquema productivo sin cuestionarlo.

Podemos encontrar algunas situaciones que ilustran bien esta desconexión entre deporte y valores ético-políticos. En junio de 2007 una pequeña representación de directivos y jugadores del FC Barcelona viajó de Pretoria hasta Johannesburgo para visitar a Nelson Mandela en la sede de su fundación. Lo más llamativo de esta expedición fue la exigua delegación del primer equipo que asistió al acto. Los únicos jugadores que formaron parte de la comitiva fueron Andrés Iniesta, Lilian Thuram, Juliano Belletti, Giovanni van Bronckhorst y Oleguer Presas. La mayoría prefirió quedarse en el hotel y evitar un desplazamiento de dos horas. Tanto el entrenador Frank Rijkaard como los capitanes Xavi Hernández y Carles Puyol se ausentaron. Tampoco acudieron Ronaldinho ni Samuel Eto'o, un camerunés que durante su andadura blaugrana fue objeto de insultos racistas. Pocos entendieron el desplante de los ausentes y la pasividad de un club que

presume de ser más que un club.¹⁸⁹ El directivo que encabezó la comitiva declaró que la decisión de saludar a Mandela era estrictamente personal: «Han ido los jugadores que han querido. No nos planteamos que el acto fuera obligatorio». En este sentido, merece destacarse que el valor moral de nuestras acciones también radica en su carácter voluntario y autónomo.

Pero la idea de que la patria de los deportistas es el dinero no siempre se cumple. De hecho, algunos han desmentido la imagen que acabamos de esbozar. Son aquellos que han mantenido una conciencia ética y política. El libro de Quique Peinado, *Futbolistas de izquierdas*, nos ayudará a certificarlo con múltiples ejemplos. La historia del deporte nos ofrece la oportunidad de conocer a deportistas con comportamientos de alto valor moral. Lo cierto es que algunos se han rebelado contra las injusticias de la razón de Estado. Del mismo modo que lo hiciera Antígona ante Creonte, demostraron que es posible resistir a la barbarie y a la sinrazón en nombre de la dignidad. Su mayor mérito es no haber claudicado en momentos tenebrosos de la historia. Como afirmará el viejo pescador en *El viejo y el mar* de Hemingway, el hombre no está hecho para la derrota: puede ser destruido, pero no derrotado.

Quiero tributar un homenaje a unos deportistas muy especiales. Sus actitudes morales y cívicas revelan que no abdicaron de sus compromisos como personas y ciudadanos. Se convirtieron en agentes de cambio social, contribuyeron a que el mundo mejorara, intentaron salvaguardar unos valores morales en medio de unas circunstancias muy hostiles. La gran mayoría de ellos hizo valer su popularidad para hacernos llegar mensajes humanistas. Fueron sujetos morales capaces de sensibilizar la opinión pública, provocando la reflexión alrededor de ciertos problemas. Me propongo rememorar acciones que no deberían caer en el olvido. Se trata de conductas ejemplares de las cuales podremos extraer una lección. Gracias a la imponente caja de resonancia del deporte-espectáculo, sus acciones alcanzaron una proyección grandiosa. Su condición de deportistas exitosos les permitió disponer de un público receptivo.

En primer lugar quiero referirme a tres deportistas vinculados con la barbarie nazi. El primero de ellos fue el ciclista alemán Albert Richter. A despecho de las consignas del régimen, en más de una ocasión se negó a realizar el saludo nazi o a enfundarse el maillot oficial con la cruz gamada. Por si fuera poco, este *pistard* siempre se mantuvo leal a Ernst Berliner, su amigo y entrenador judío. Una vez iniciada la Segunda Guerra Mundial, se opuso a ingresar en el ejército alemán y a hacer de espía en el extranjero. Fue un hombre que tuvo el valor de no esconder su aversión al régimen alemán, permaneciendo leal a sus convicciones éticas y políticas. Su desafío acabó costándole la vida: en 1940 fue detenido y asesinado por la Gestapo.

Otro ejemplo sobresaliente es el de Matthias Sindelar, un portentoso futbolista austríaco que recibió el sobrenombre de Mozart del Fútbol. Después de que Austria hubiera sido anexionada (*Anschluss*), desestimó formar parte de la selección alemana que disputaría la Copa Mundial de Fútbol de Francia (1938). Su dignidad moral le impedía vestir una camiseta con la esvástica y alzar el brazo durante el himno. En un partido amistoso contra Alemania, después de marcar un gol no dudó en celebrarlo ante los

gerifaltes nazis. En aquella ocasión los invasores fueron derrotados por 2-0. Murió en 1939 a los 36 años. Según el informe oficial la causa del deceso fue el envenenamiento por monóxido de carbono provocado por una estufa de gas defectuosa. Pero aún existen sospechas de que su fallecimiento estuvo relacionado con el suicidio o con la Gestapo. Su funeral —al que asistieron 15 000 personas— fue un homenaje extraordinario a su figura, auténtica encarnación de la resistencia. Hay momentos en que la única manera de conservar algo es perderlo todo. Nos gusta pensar que en la eternidad de los justos se está jugando el partido sin fin que él siempre había soñado.¹⁹⁰

El tercero fue Gino Bartali, un gran ciclista con victorias en el Giro y el Tour. Tuvimos que esperar hasta el año 2003 —tres años después de su fallecimiento— para conocer otra vertiente de su vida. Durante los años 1943 y 1944 colaboró con una red de ayuda a muchos judíos italianos fugitivos del nazismo. Al mismo tiempo que entrenaba recorriendo las carreteras toscanas, transportaba —disimulados en su bicicleta— fotos y documentos que servían para fabricar falsos carnets de identidad. De este modo contribuyó a salvar de la barbarie a 800 personas. Al saberse esta historia fue nombrado Justo entre las Naciones, un reconocimiento que otorga Israel a quien puso en peligro su vida para salvar a un judío de la persecución nazi durante la Segunda Guerra Mundial. Bartali fue un hombre de profundas y sólidas convicciones religiosas. Su compromiso emanaba de su moral evangélica y, por lo tanto, de su amor al prójimo. Como dijera en más de una ocasión, debemos ofrecer un buen ejemplo.

Si nos trasladamos hasta Estados Unidos podemos focalizar nuestra atención en cuatro magnos deportistas: Muhammad Ali, Tommie Smith, John Carlos y Arthur Ashe. Para Thuram:

Entre todos los que han combatido por la justicia y contra el racismo, los deportistas ocupan un buen lugar. Prepararon el terreno más que otros, porque los medios de comunicación se asociaron a sus éxitos. Lucharon para cambiar los estereotipos, denunciaron los guetos sociales adonde les enviaba su color, abrieron algunos surcos...¹⁹¹

Con sus acciones, estos deportistas afroamericanos ayudaron a mejorar su país. Es indiscutible que el deporte ha contribuido a eliminar las barreras raciales y sociales. Siguiendo a Boniface, podemos aseverar que el deporte no siempre se encuentra al servicio de regímenes represivos; la historia abunda en ejemplos que muestran que el deporte ha impulsado el avance de los ideales de justicia y progreso.¹⁹²

Muhammad Ali, tras su conversión al islam, abandonó su nombre de pila —Cassius Clay— y contribuyó al reconocimiento de las diferencias religiosas. Situado en la cúspide del boxeo mundial, fue reclutado en 1967 para la guerra de Vietnam, negándose, con base en sus creencias religiosas, a alistarse. Se declaró objetor de conciencia, un derecho a no realizar un mandato legal por valorarlo contrario al dictado de nuestra conciencia, es decir, porque atenta contra nuestras razones morales, ideológicas o religiosas. Estas fueron algunas de sus reveladoras palabras:

No voy a ir a ninguna guerra contra el Vietcong. Ningún Vietcong me ha llamado «nigger». No, no voy a ir a 10 000 millas de distancia para asesinar y quemar a otras personas simplemente para ayudar a continuar con el

dominio de los esclavistas blancos sobre las otras razas por todo el mundo.

Añadamos estas otras: «Si creyera que ir a la guerra traería la libertad y la igualdad a los 22 millones de personas de mi pueblo, no tendrían que obligarme, iría mañana mismo». A consecuencia de ello, fue desposeído de su cinturón de campeón y apartado de los cuadriláteros durante tres años y medio. Este hecho coincidió con su momento de plenitud deportiva. No faltaron aquellos que resaltaron su figura como ejemplo de coraje y desafío al *establishment*. Incluso intelectuales de la talla de Bertrand Russell —filósofo, matemático y activista pacifista— se congratularon por esta admirable decisión. Ali no solo ha sido uno de los deportistas más laureados de la historia, también fue un personaje carismático e inconformista capaz de sacudir la conciencia de sus coetáneos. Pasarán los años y su testimonio seguirá inspirando a muchas personas.

Su ejemplo generó una corriente de protestas por parte de algunos de sus compatriotas afroamericanos. Entre ellos algunos deportistas que se erigieron en abanderados del Black Power. Podemos destacar los nombres de Tommie Smith y John Carlos, velocistas que conquistaron, respectivamente, las medallas de oro y bronce en los 200 metros de los Juegos Olímpicos de México (1968). Como dicta el protocolo de la ceremonia olímpica, se izaría la bandera y sonaría el himno del país del atleta ganador. En aquel momento, cuando empezó a sonar el himno —*Star-Spangled Banner*— y a alzarse la bandera de Estados Unidos, se produjo una situación simbólicamente inolvidable: los dos atletas estadounidenses hundieron la cabeza, fijaron la vista en el suelo y alzaron sus puños enguantados. Podemos recordar lo sucedido: sin calzado y con los calcetines oscuros puestos (para manifestar las privaciones económicas de los negros), un pañuelo negro en el cuello de Smith (para evidenciar el orgullo de la minoría afroamericana en una sociedad predominantemente blanca) y Carlos llevaba un collar de estilo africano (para reconocer a todas aquellas personas que murieron en los barcos de esclavos, colgados o linchados). En palabras de Smith:

Mi mano derecha se levantó por el poder de la América negra; la izquierda de Carlos, por la unidad de la América negra. Juntas formaron el arco de unión y poder. Mi bufanda negra representó el orgullo negro y nuestras medias negras sin zapatillas, a la pobreza negra de la América racista. La totalidad de nuestro esfuerzo fue el recobramiento de la dignidad negra.¹⁹³

Estos deportistas no se limitaron a deslumbrar en el tartán. Tuvieron el coraje de proclamar su disidencia con un sistema social, económico y político que relegaba a los afroamericanos a ser ciudadanos de segunda clase. En palabras de Gregorio Morán: «No ambicionaban ni el poder ni la gloria, sino sencillamente ser consecuentes con sus propias creencias».¹⁹⁴ Todo esto ocurrió meses después del magnicidio de Martin Luther King, uno de los grandes líderes del movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos. Pero lo ocurrido tuvo para ellos fatales consecuencias. En primer lugar fueron castigados por parte de Avery Brundage (1887-1975), presidente del COI en ese momento, siendo expulsados de su selección y obligados a abandonar la villa olímpica. Recordemos que la Carta Olímpica prohíbe cualquier clase de «propaganda política, religiosa o racial en el

recinto olímpico». Pero cabe advertir que muchos de los que proclaman la desconexión entre el deporte y la política encubren intereses ocultos nada apolíticos y, a menudo, reaccionarios. Cuando regresaron a su país fueron vilipendiados; sus carreras deportivas y biográficas quedaron truncadas para siempre. Pero la historia nos da motivos para pensar que sus gestos no fueron en vano. En palabras de Boniface: «Ellos fueron descalificados como campeones olímpicos, ellos han pasado a la historia como campeones de la causa de los derechos humanos».¹⁹⁵

Arthur Ashe no solo pasará a la historia por ser el primer afroamericano en ganar un torneo del Grand Slam. También será recordado por su deportividad, la vindicación pacífica de los derechos humanos o su lucha contra el apartheid. En este sentido podemos resaltar sus visitas a un Nelson Mandela encarcelado. Al final de su carrera deportiva, Ashe amplió su activismo orientando y asesorando a jóvenes negros estadounidenses. Moriría en 1993 a causa del VIH que contrajo en una transfusión de sangre durante una operación cardíaca. Por este motivo dedicó sus últimas fuerzas a educar sobre el sida, campañas que culminaron con la creación de la Arthur Ashe Foundation. Prestemos atención a las palabras de Jesse Jackson: «La mayoría de deportistas ejercen su talento en los campos de fútbol, las canchas de baloncesto y las pistas de tenis, pero Arthur Ashe fue mucho más lejos que eso, y ayudó a transformar el mundo». No es ninguna casualidad que Arthur Ashe sea el deportista más admirado por el presidente Barack Obama. Citémoslo:

En un mundo ideal, los niños deberían mirar a sus padres como ejemplo de conducta, pero yo crecí sin mi padre y Arthur Ashe fue el deportista que más me inspiró porque siempre se comportó con respeto y dignidad.

El propio Ashe dejó bien claro que no quería ser recordado por sus logros tenísticos, sino por su lucha contra las políticas discriminatorias e injustas.

Para finalizar, traigo a colación dos futbolistas sudamericanos. El primero es el chileno Carlos Caszely. Obtenida la clasificación para la Copa Mundial de Fútbol de Alemania (1974) ante la URSS, Pinochet ofreció una recepción para saludar a los jugadores de la selección. Caszely fue el único que se negó a saludar al dictador. Debe tenerse en cuenta que el 11 de septiembre de 1973 se produjo el golpe de Estado militar encabezado por el propio Pinochet que acabó con el suicidio de Salvador Allende, en aquel entonces presidente electo. En una época en permanente represión, sus valores morales lo convirtieron en un símbolo de dignidad. Transcurridos unos años puso su grano de arena para que Chile recuperara la democracia, especialmente cuando en 1988 se celebró el referéndum y apareció ante las cámaras, acompañado de su madre, Olga Garrido, pidiendo el *no*. Esta reveló que había sido secuestrada y brutalmente torturada por el régimen dictatorial. Su mayor preocupación es seguir siendo embajador de los derechos humanos y de la paz mundial.

El segundo futbolista llevaba nombre de filósofo griego. Nos referimos a Sócrates Brasileiro Sampaio de Souza (1957-2011). Durante la década de 1980, él y sus compañeros del Corinthians se convirtieron en estandartes de la lucha a favor de la democracia y los derechos humanos. Uno de sus mensajes decía: «Ganhar ou perder,

mas sempre com democracia». Debemos recordar que la dictadura brasileña — instaurada en 1964— no llegó a su fin hasta 1985. Estos futbolistas también pasarán a la historia por haber participado en la creación de la Democracia Corinthiana, un sistema de gobierno regido por el principio de «Libertade com responsabilidade». Se convirtieron en una comunidad igualitaria donde las actuaciones se deliberaban de forma consensuada. Su sistema de autogestión pretendía ser una alternativa al autoritarismo de los clubes, fiel reflejo de la situación política del país. Se trataba de expresar que la democracia es mucho más importante que la acción de votar cada cuatro años. Nunca olvidaremos la imagen de Sócrates celebrando sus goles con el puño cerrado. Como dijera en una ocasión, «regalo mis goles a un país mejor». Tampoco cuando jugaba con una cinta en la cabeza con un mensaje a favor de la paz o en contra del apartheid. En una ocasión dijo: «Si la gente no tiene el poder de decir las cosas, entonces yo las digo por ellos».

Con estos ejemplos hemos visto cómo el pasado puede ser un principio de acción para el presente y que la memoria ejemplar es potencialmente liberadora.¹⁹⁶ Ante la vorágine amnésica que asfixia nuestra acelerada vida, cultivar la memoria es un deber moral de primer orden. Algunas páginas imborrables de nuestra historia han sido escritas por deportistas. Sus triunfos no solo fueron deportivos, ellos sabían que en la vida existen causas nobles por las que luchar. Por haber dejado una huella en nuestra memoria, merecerían ser calificados de referentes morales. En un siglo en el que los crímenes contra la humanidad fueron espeluznantes, se opusieron a unas situaciones marcadas por la iniquidad. Se trata de gestos que mostraron una senda a seguir, interpelándonos con un mensaje esperanzador. Gracias a su ejemplo podemos mejorar como personas. Cuando encomiamos una actuación excelente, queremos imitarla. Mientras que lo que envidiamos nos devora, lo que admiramos nos eleva. En *La conquista de la felicidad*, Russell escribía que para ser felices debemos ser capaces de rebajar la envidia y potenciar la admiración.

REFLEXIONES CONCLUSIVAS

Empecé a tomar conciencia del latido moral del deporte cuando descubrí estas palabras de Albert Camus: «Todo lo que sé con seguridad a propósito de la moralidad y de las obligaciones de los hombres se lo debo al fútbol». Este escritor y ensayista siempre mantuvo un recuerdo magnífico de sus años de guardameta en el Racing Universitario de Argel. Transcurridos muchos años seguía pensando que el fútbol había sido una de sus mejores escuelas. Por lo tanto, bien pudo contribuir a que aprendiera que en el ser humano existen más cosas dignas de admiración que de desprecio. Pero es posible que también influyera en su propensión a actuar como observador comprometido. Desde la portería que protegía se podía percatar del comportamiento de los otros jugadores antes de actuar. Camus atribuía a su posición en el campo haber aprendido que nada está predeterminado: «La pelota nunca llega por donde se la espera».¹⁹⁷

Bouet escribía que el deporte nos pone en contacto con lo temporal y lo intemporal. Por su parte, Cagigal afirmó que el deporte es una propiedad metafísica del hombre. El deporte hace patente nuestra condición corporal, reflexiva y ética. En este sentido, Henri Bergson definió al ser humano como un animal deportivo. Uno de los rasgos que nos definen antropológicamente es la aspiración a acometer proyectos de gran envergadura, a alcanzar cotas cada vez más elevadas, a intentar lo imposible. Solo el hombre es capaz de conquistar las cimas más altas o de aventurarse en travesías oceánicas. Pero el deporte es mucho más que una manifestación inteligente de nuestras posibilidades motrices (Solar). En cualquier encuentro de balonmano o carrera ciclista se ponen en liza algo más que nuestras fuerzas, habilidades y talentos. También son oportunidades para sopesar el calibre moral de nuestras actitudes y comportamientos.

Debemos exigirle al deporte que sea humanamente valioso. Su importancia radica en su potencial formativo. Los valores que puede transmitirnos deben ser aplicados a otras parcelas vitales. En palabras de Francesc Torralba:

En sentido estricto, el deporte es confrontación leal y generosa, lugar de encuentro, de vínculo de solidaridad y de amistad. Así lo he expresado, por escrito y oralmente: que el deporte puede ser auténtica cultura cuando el ambiente y la experiencia que se vive son abiertos y sensibles a los valores humanos y universales para el desarrollo equilibrado en todas sus dimensiones.¹⁹⁸

Está en nuestras manos que el deporte nos haga mejores. Coincidimos con el maestro Cagigal:

El deporte, con sus vencedores y vencidos, con su reglamentación constantemente aceptada, con su juego limpio, es una espontánea escuela de vida social, de colaboración en una empresa común (el equipo) y de aceptación democrática de los valores de otros (el adversario). En un simple y vulgar partido hay una densa y

El deporte reactiva nuestras energías espirituales, nos permite ser más respetuosos y generosos, más disciplinados y gallardos, más tenaces y vigorosos. Además, nos enseña que no es indispensable ganar títulos para sentirnos orgullosos de nuestras actuaciones. El deporte es una dimensión insoslayable de la vida humana. El *homo deportivus* debe seguir latiendo en nuestro interior. El deporte nos puede hacer pródigos en la derrota y amables en la victoria; puede enseñarnos que el éxito es efímero y que el fracaso exige levantarse y seguir luchando. El deporte nos puede ayudar a sondear nuestra vida, permitiéndonos seguir creyendo en nuestro potencial. Hacer deporte es una de las formas más sencillas y genuinas de apreciar la experiencia de estar vivos. El deporte puede transmitirnos el valor del autocontrol, el primer gran principio de la convivencia humana (Cagigal).

Entre todos debemos vindicar la cultura deportiva al servicio de una formación integral. Con el fin de apoyar los valores educativos del deporte, la Unión Europea lanzó en 2004 una campaña que tenía por eslogan «Bouge ton corps, muscle ta tête». Ha llovido mucho desde que los antiguos griegos hicieran del gimnasio y la palestra formidables medios formativos. Nuestra génesis helénica sigue recordándonos el valor humanista del deporte. Una de las grandes misiones de los educadores deportivos es formar a personas capaces de autodominarse, respetarse y emularse mutuamente sin convertir la victoria en un fin en sí mismo. El deporte puede y debe responder a nuestras exigencias de desarrollo corporal, mental y espiritual. James Naismith, el padre del baloncesto, nos dejó estas palabras: «Que tu cuerpo sea fuerte, que tu mente sea clara, que tus ideales sean nobles». En aquel entonces, este canadiense era profesor en la YMCA Training School de Springfield (Massachusetts). El logotipo de esta organización (Young Men's Christian Association) es un triángulo equilátero apoyado en el vértice. Se trata de un símbolo que expresa el equilibrio entre el espíritu, la mente y el cuerpo.

Los deportes colectivos pueden mostrarnos el camino de la cooperación y la solidaridad, valores esenciales en el plano éticopolítico. El éxito en el rugby, el balonmano o el hockey sobre patines depende de un buen equilibrio entre el individuo y el grupo, del apoyo y la ayuda entre todos sus componentes. Practicando estos deportes recordamos que el ser humano no es autosuficiente, que debe preservar sus lazos interpersonales. De este modo el deporte puede ofrecernos una acertada definición de una buena sociedad, a saber, aquella que ha logrado una síntesis entre la vida colectiva y el respeto del individuo, entre los derechos de cada uno y las obligaciones respecto a todos.²⁰⁰ El deporte también puede enseñarnos a convivir con los demás. Como dijera Earvin «Magic» Johnson: «No preguntes qué pueden hacer tus compañeros por ti, pregunta qué puedes hacer tú por tus compañeros». Habida cuenta de su condición de base, conocía muy bien la importancia de jugar al servicio del equipo. Cabe apuntar que el ilustre jugador de Los Angeles Lakers se inspiró en las palabras de John F. Kennedy: «No preguntes lo que tu país puede hacer por ti; pregunta lo que tú puedes hacer por tu país».

La educación fíicodeportiva ha sido un poderoso instrumento para la transmisión de

valores. Sin ellos nuestro proceder sería moralmente deficiente. Existir como personas implica responder a las exigencias de la vida social. El deporte es otra manera de comprometernos; como ha escrito Calderón: «Se quiera o no, el deporte encierra ciertos compromisos para quien lo practica: primero, consigo mismo; luego, con los demás; y por último, con el reglamento».²⁰¹ Coubertin afirmó que el deporte es una escuela de audacia, energía y voluntad perseverante, una manera de aprender el sentido del esfuerzo y de la competición leal, favoreciendo la integración social y el respeto del otro, iniciando a cada persona en la vida grupal e inculcando los valores de la regla en la construcción del individuo responsable.²⁰² También nos dijo que el deporte confiere el gusto por una fuerza cultivada, controlada y puesta en pos de unos ideales nobles y honestos.

Bien orientado, el deporte es portador de principios morales necesarios para afrontar las situaciones que nos deparará la vida. Repudiamos aquellas formas deportivas que atentan contra la integridad personal. El deporte es una actividad cultural que puede enriquecer a la sociedad y la amistad entre los países. Para conseguirlo, deberá enlazarse con valores universales como el *fair play*, el respeto, la dignidad, la conciencia de la regla, la justicia, el autocontrol, el sentido de la disciplina, el coraje, la honestidad, el amateurismo o la alegría de jugar. Todos ellos entroncan con nuestra mejor tradición humanista. Sin estos valores no podremos construir una sociedad civil a la altura de nuestros mejores propósitos. Nuestro objetivo personal debe ser aportar lo mejor de nosotros mismos al mundo y contribuir, con nuestra acción, a transformarlo y mejorarlo cualitativamente.²⁰³ Esto significa vivir el deporte como una manera de avanzar hacia una sociedad más humana.

Está en nuestras manos que el deporte sea un catalizador de nuestros mejores recursos éticos y formativos. Los deportes, cada uno a su manera, nos permiten desarrollarnos moralmente, convertirnos en mejores personas, ciudadanos y profesionales. El deporte puede ser un formidable agente socializador. El aprendizaje de la regla deportiva nos conducirá a la interiorización de la norma social. El deporte puede ser una forma de adquirir valores enriquecedores. Puede contribuir a pulsar nuestra fuerza espiritual de acuerdo con una apreciación realista de nuestros límites y posibilidades. Creemos que la grandeza de una persona radica en su capacidad de ser humilde, de preservar el equilibrio psicofísico, de no sobreestimarse ni subestimarse. La humildad es la virtud que nos protege de la desmesura (*hybris*). También abogamos por la práctica del deporte con el fin de cultivar el valor de la confianza. Gran parte de lo que consigamos en la vida dependerá de sentirnos capaces de hacerlo, de poder valorar nuestras cualidades y aptitudes.

El deporte puede mostrarnos el valor del esfuerzo, la perseverancia y la paciencia. También puede enseñarnos a diferir la satisfacción inmediata de los deseos en pos de unos objetivos —más importantes— a medio o largo plazo. Bien encaminado, el deporte puede enseñarnos a tolerar y derrotar nuestras frustraciones, también a reforzar la voluntad de superar nuestras limitaciones. Por este motivo, puede devenir un ámbito favorable para calibrar nuestro potencial y nuestras debilidades. Verdú escribe:

La competición entre los equipos, entre los tenistas, entre los corredores, recrea la lucha que mantenemos

contra los demás y sus potencias, contra nosotros mismos y nuestras flaquezas. [...] Cada competición deportiva es un relato moral transferible a los ámbitos de nuestra convivencia y nuestra lucha. El éxito y el fracaso se encuentran agazapados en el tiempo y el espacio fijos.²⁰⁴

El buen deporte nos muestra que es un error vanagloriarse del éxito y amilanarse ante el fracaso.

La vida es como un partido en el que están en juego cuestiones primordiales. Debemos luchar para derrotar todo aquello que se interpone en nuestro camino hacia la felicidad. En palabras de Álvarez: «Solo los partidos que se pueden perder merece la pena jugarlos. [...] Y solo aceptando la pérdida como opción, se puede ganar».²⁰⁵ El fracaso no radica en caer derrotado, sino en bajar los brazos antes de tiempo, cuando no damos todo lo que tenemos dentro. Fracasamos cuando, atenazados por el miedo a no ganar, ni siquiera lo intentamos. En la entrada principal de la pista central del torneo de Wimbledon pueden leerse los versos del poema *If* de Rudyard Kipling: «If you can meet with Triumph and Disaster and treat those two impostors just the same». Aprender a ser deportista implica no olvidar que tanto el éxito como el fracaso son efímeros y transitorios. En esto también consiste saber ganar y perder. Como hemos visto, el deporte puede ser una buena manera de plasmar nuestro *pathos* competitivo.

Depende de nosotros que los beneficios axiológicos del deporte sean amplios. El deporte puede enseñarnos a ser magnánimos, a que nuestra alma sea grande y poderosa. También nos permite dejar de ser simplemente un *homo faber* para desarrollarnos como *homo ludens* (Huizinga). La importancia de cultivar nuestro espíritu lúdico quedó bien subrayada por Schiller en sus *Cartas sobre la formación estética del hombre*. Como afirmó este autor, el hombre solo juega cuando es humano en el pleno sentido de la palabra y solo es plenamente humano cuando juega. Cagigal decía que, mientras el deporte siga siendo un juego, resultará humanizador. Reivindico el deporte como una práctica socialmente enriquecedora, como un ámbito de realización antropológica. Si el humanismo nos enseña a apreciar al ser humano, el deporte podrá acompañarnos en esta aventura inacabable y apasionante. El deporte puede avivar las relaciones interpersonales dentro de un clima de honestidad y júbilo, inspirando el gusto por la acción desinteresada y generosa.

Creo en un deporte basado en el respeto a las normas básicas de una ética aplicada de carácter humanista. En palabras de Simon:

Cuando se practica respetando sus principios, el deporte no solo tiene valor significativo en sí mismo sino que puede ilustrar, expresar y quizá promover importantes valores que, si se reconocieran más ampliamente, promoverían un mejor y más justo orden social para todos.²⁰⁶

Mediante el deporte podemos devenir ciudadanos de un mundo más justo, libre y civilizado. Sus valores morales pueden contribuir a formarnos humanamente y, por lo tanto, a construir una sociedad mejor. No podemos aspirar a mejorar el mundo si renunciamos a mejorar como personas; no podemos esperar mejorar como personas si renunciamos a mejorar el mundo.²⁰⁷ También apuesto por un deporte respetuoso con

nuestro entorno natural. Como expresó Hans Jonas, el poder tecnológico nos obliga a adquirir una responsabilidad ecoética centrada en la preservación del medio ambiente. Existir es dialogar con el mundo que nos rodea, enriquecerse con lo bueno que nos entregan las personas y la naturaleza. El valor del deporte va más allá de ganar o perder, alberga un sentido más hondo que nos concierne a todos.

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

- [1](#) E. Lledó, «Aristóteles y la ética de la “polis”», en V. Camps (ed.), *Historia de la ética. I. De los griegos al Renacimiento*, Barcelona, Crítica, 1999, p. 146.
- [2](#) T. Nagel, *Quin sentit té tot plegat? Brevíssima introducció a la filosofia*, Santa Coloma de Queralt, Obrador Edèndum, 2014, p. 10.
- [3](#) A. Cortina, *¿Para qué sirve realmente la ética?*, Barcelona, Paidós, 2013, p. 45.
- [4](#) *Ibid.*, p. 24.
- [5](#) J. López Frías, *La filosofía del deporte actual. Paradigmas y corrientes principales*, Roma, Laboratorio di Pedagogia generale, Università degli Studi di Roma «Foro Italico», 2014, p. 36.
- [6](#) A. Cortina, *Ética de la empresa*, Madrid, Trotta, 2008, pp. 28-33.
- [7](#) J.L. López Aranguren, «Ética del deporte», en F. Lagardera, *Diccionario Paidotribo de la actividad física y el deporte*, Barcelona, Paidotribo, 2008, p. 1003.
- [8](#) G. McFee, «Are there philosophical issues with respect to sport (other than ethical ones)?», en J. McNamee y J. Parry (eds.), *Ethics & Sport*, p. 5.
- [9](#) R.L. Simon, C.R. Torres y P. Hager, *Fair play. The ethics of sport*, Boulder, Westview Press, 1991, p. 7.
- [10](#) M. Attali (dir.), *Le sport et ses valeurs*, París, La dispute, 2004, p. 17.
- [11](#) R.L. Simon, C.R. Torres y P. Hager, *op. cit.*, pp. 2-3.
- [12](#) C. Wright Mills, *L'imagination sociologique*, París, Maspero, 1977, pp. 81-82.

APROXIMACIÓN AL *HOMO DEPORTIVUS* POSMODERNO

- [13](#) A. Ehrenberg, *Le culte de la performance*, París, Fayard, 2011.
- [14](#) J. Durán, «Ética de la competición deportiva: valores y contravalores del deporte competitivo», en *Materiales para la historia del deporte*, 11, 2013, p. 92.
- [15](#) J. Bouzou, *La paix par le sport: quand le mythe devient réalité*, París, Armand Colin, 2010, p. 81.
- [16](#) J.M. Cagigal, *Deporte y agresión*, Barcelona, Planeta, 1976, pp. 92-93.
- [17](#) A. Cortina, *Ética aplicada y democracia radical*, Madrid, Tecnos, 1993, p. 179.
- [18](#) M. Lacroix, *El culte a l'emoció. Atrapats en un món d'emocions sense sentiments*, Barcelona, La Campana, 2005, p. 41.
- [19](#) P. Yonnet, *Systèmes de sports*, París, Gallimard, 1998.
- [20](#) P. Boniface, *Football & Mondialisation*, París, Armand Colin, 2006, p. 67.
- [21](#) Cit. en P. Boniface (ed.), *Géopolitique du football*, París, Éditions Complexe, 1998, p. 36.
- [22](#) J.M. CAGIGAL, *Obras selectas*, Madrid, Comité Olímpico Español, 1996, vol. II, p. 953.

LA AMBIVALENCIA MORAL DEL DEPORTE

- [23](#) L. Duch y J.-C. Mèlich, *Escenaris de la corporeïtat. Antropologia de la vida quotidiana*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2003, p. 328.
- [24](#) F. González, *Educar en el deporte. Educación en valores desde la educación física y la animación deportiva*, Madrid, Editorial CCS, 2001, p. 49.
- [25](#) Cit. en P.J. Arnold, *Educación física, movimiento y currículum*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1991, p. 21.
- [26](#) J. Personne, *El deporte para el niño. Sin récords ni medallas*, Barcelona, Publicaciones Inde, 2005, p. 19.
- [27](#) *El País*, 16 de junio 2014.

- [28](#) X. Fontdeglòria, «Fábrica de medallistas chinos», *El País*, 4 de abril de 2015.
- [29](#) R. Kapuściński, *La guerra del fútbol y otros reportajes*, Barcelona, Anagrama, 1992, pp. 213-215.
- [30](#) C. Diem, *Historia de los deportes*, Barcelona, Caralt, 1966, vol. II, p. 7.
- [31](#) T.W. Adorno, *Consignas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1993, p. 86.
- [32](#) *La Vanguardia*, 22 de abril de 2009.
- [33](#) N. Junquera, «Marcar un gol en el infierno», *El País*, 5 de febrero de 2015.
- [34](#) C. Korr y M. Close, *More than just a Game. Football & Apartheid*, Londres, Collins, 2008.
- [35](#) R. Usall, *Futbol per la llibertat*, Lleida, Pagès Editors, 2011, p. 131.
- [36](#) M. Meseguer, «Abebe Bikila, el corredor descalzo», *La Vanguardia*, 21 de noviembre de 2010.
- [37](#) J.M. Brohm, *La Tyrannie sportive*, París, Beauchesne, 2006, pp. 96-97.
- [38](#) J. López Frías, *La filosofía del deporte actual. Paradigmas y corrientes principales*, op. cit., p. 51.
- [39](#) P. Boniface, «El apartheid», *La Vanguardia*, 20 de agosto de 2008.
- [40](#) G. Lipovetsky, *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad del hiperconsumo*, Barcelona, Anagrama, 2007, pp. 270-271.
- [41](#) J.M. Cagigal, *Deporte y agresión*, op. cit., p. 150.
- [42](#) J. Valdano, *Los 11 poderes del líder: El fútbol como escuela de vida*, Barcelona, Conecta, 2013, p. 30.

LAS MISERIAS DEL DEPORTE

- [43](#) A. MacIntyre, *Tras la virtud*, Barcelona, Austral, 1987, p. 234.
- [44](#) G. Reguera y D.S. Olabarri, «Fútbol y globalización», en L.V. Solar y G. Raguera, *Cultura(s) del fútbol*, Vitoria-Gasteiz, Bassarai, 2008, p. 97.
- [45](#) E. Galeano, *Patatas arriba. La escuela del mundo al revés*, México, Siglo XXI, p. 337.
- [46](#) «La FIFA siempre gana sin marcar un gol», *El País*, 3 julio de 2014.
- [47](#) R. Butcher y A. Schneider, «Fair Play as Respect for the Game», en W.J. Morgan, *Ethics in Sport*, Champaign, Human Kinetics, 2007, p. 119.
- [48](#) L.M. Cazorla, *Deporte y Estado*, Madrid, Labor, 1979, p. 33.
- [49](#) M. Seguró (comp.), *Hartos de corrupción*, Barcelona, Herder, 2014, p. 72.
- [50](#) A. Cortina, «Deporte y juego sucio», *El País*, 1 de febrero de 2014.
- [51](#) J. Meynaud, *El deporte y la política: análisis social de unas relaciones ocultas*, Barcelona, Hispano Europea, 1972, p. 44.
- [52](#) *El País*, 6 de febrero de 2013.
- [53](#) J. Camps, *Més enllà dels anells*, Valls, Cossetània Edicions, 2008, p. 154.
- [54](#) T. González Aja (ed.), *Sport y autoritarismos. La utilización del deporte por el comunismo y el fascismo*, Madrid, Alianza, 2002, p. 14.
- [55](#) J.M. Brohm, *Sociología política del deporte*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 152.
- [56](#) J. Bouzou, *La paix par le sport*, op. cit., pp. 59-60.
- [57](#) O. Suárez, *Los cuerpos del poder*, Barcelona, Casiopea, 2000, p. 287.
- [58](#) J. Rivero y C. Tamburrini, *Del juego al estadio. Reflexiones sobre ética y deporte*, Madrid, Clave Intelectual, 2014, p. 93.
- [59](#) Cit. en C. Tamburrini, *¿La mano de Dios? Una visión distinta del deporte*, Buenos Aires, Continente, 2001, p. 126.
- [60](#) G. Vilar, «Marx y el marxismo», en V. Camps (ed.), *Historia de la ética. 2. Ética moderna*, Barcelona, Crítica, 2000, p. 553.
- [61](#) M. Porta Perales, «El fútbol es lo que parece», *ABC*, 31 de agosto de 2009.
- [62](#) Q. Brugué, «El gran engany del futbol», *El Punt Avui*, 23 de julio de 2013.
- [63](#) E. Fuentes, «Dopaje y sociedad», *El País*, 13 de diciembre de 2010.
- [64](#) G. Magnane, *Sociología del deporte*, Madrid, Península, 1966, p. 95.
- [65](#) R. Argullol, «La trascendencia», *El País*, 2 de marzo de 2014.
- [66](#) V. Verdú, *El estilo del mundo*, Madrid, Temas de Hoy, 1991, p. 59.
- [67](#) J. Bautista, «Un pecado muy caro», *La Vanguardia*, 16 de mayo de 2015.
- [68](#) R. Cashman, «L'impacte dels Jocs a les seus olímpiques», Barcelona, Centre d'Estudis Olímpics (UAB), 2010, pp. 7-8.

- [69](#) R. Butcher y R. Schneider, «A philosophical overview of the argument on banning doping in sport», en T. Tännsjö y C. Tamburrini, *Values in sport. Elitism, nationalism, gender equality and the scientific manufacture of winners*, Londres, E & FN Spon, 2000 p. 10.
- [70](#) C. Tamburrini, *¿La mano de Dios? Una visión distinta del deporte*, op. cit., p. 125.
- [71](#) A. Cortina, *Ética de la razón cordial*, Oviedo, Ediciones Nobel, 2009, p. 224.
- [72](#) I. Queval, «Les valeurs éducatives du sport: mythe et réalité», en G. Vigarello (dir.), *L'esprit sportif aujourd'hui. Des valeurs en conflit*, París, Universalis, 2004, p. 27.
- [73](#) L.V. Solar, *Pierre de Coubertin. La dimensión pedagógica: la aportación del movimiento olímpico a las pedagogías corporales*, Madrid, Gymnos, 2003, p. 265.
- [74](#) Véase su libro *Mejora humana y dopaje. Una propuesta crítica*. El origen de esta obra es su tesis doctoral «Mejora humana y dopaje en la actual filosofía del deporte».
- [75](#) J.M. Cagigal, *Deporte: espectáculo y acción*, Barcelona, Salvat Editores, 1985, p. 29.
- [76](#) J. Rivero y C. Tamburrini, *Del juego al estadio*, op. cit., p. 81.
- [77](#) P. Boniface, «Black, blanc, beur», *La Vanguardia*, 7 de julio de 2006.
- [78](#) L. Thuram, *Mis estrellas negras. De Lucy a Barack Obama*, Barcelona, Now Books, 2012, p. 193.
- [79](#) P.A. Taguieff (dir.), *Dictionnaire historique et critique du racisme*, París, Presses Universitaires de France, 2013, p. 84.
- [80](#) A. Touraine, *El mundo de las mujeres*, Barcelona, Paidós, 2007, p. 108.
- [81](#) VV.AA., *Hàbits esportius a Catalunya*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 2009, p. 42.
- [82](#) A. Iribar, «261 razones para correr», *El País*, 11 de octubre de 2013.
- [83](#) VV.AA., *Valores del deporte en la educación (año europeo de la educación a través del deporte)*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 2005, p. 93.
- [84](#) J. Rivero y C. Tamburrini, *Del juego al estadio*, op. cit., 2014, p. 42.
- [85](#) *Ibid.*, p. 126.
- [86](#) VV.AA., *Culturas deportivas y valores sociales*, VIII Congreso de la AEISAD, Madrid, Librerías Deportivas Esteban Sanz, 2006, p. 61.
- [87](#) J.M. Brohm, *La machinerie sportive*, París, Economica, 2002, p. 34.
- [88](#) J. Hargreaves, «Promesa y problemas en el ocio y los deportes femeninos», en VV.AA., *Materiales de sociología del deporte*, Madrid, La Piqueta, Ediciones Endymion, 1993, p. 123.
- [89](#) J.L. Pérez, *Ética y deporte*, Bilbao, Desclee De Brouwer, 2011, p. 102.
- [90](#) N. Puig, *Joves i esport. Influència dels processos de socialització en els itineraris esportius juvenils*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1996, pp. 102-103.
- [91](#) D. Borrillo, *L'homophobie*, París, PUF, 2001, p. 107.
- [92](#) D. Borrillo, *L'homophobie*, op. cit., p. 17.
- [93](#) P. Cruells, «Homofòbia en l'esport», *Lambda*, 60, 2006, p. 13.
- [94](#) *El País*, 20 julio de 2012.
- [95](#) R.L. Simon, C.R. Torres y P. Hager, *Fair play. The ethics of sport*, op. cit., p. 153.

EL ESPÍRITU COMPETITIVO

- [96](#) H. Plessner, *Más acá de la utopía*, Buenos Aires, Alfa, 1978, p. 180.
- [97](#) T. W. Adorno, *Educación para la emancipación*, Madrid, Morata, 1998, p. 110.
- [98](#) T. Tännsjö, «Is it fascistoid to admire sports heroes?», en T. Tännsjö y C. Tamburrini, *Values in sport. op. cit.*, p. 10.
- [99](#) G. Lipovetsky y J. Serroy, *La cultura-mundo. Respuesta a una sociedad desorientada*, Barcelona, Anagrama, 2010, p. 38.
- [100](#) B. Russell, *La conquista de la felicidad*, Madrid, Espasa Calpe, 2000, p. 64.
- [101](#) J. Rivero y C. Tamburrini, *Del juego al estadio*, op. cit., p. 12.
- [102](#) VV.AA., *Ética i èxit. Converses amb valors*, Barcelona, Proteus, 2013, pp. 7-8.
- [103](#) A. Cortina, «Competir o convivir», *El País*, 18 de mayo de 2013.
- [104](#) F.J. López Frías, *La filosofía del deporte actual*, op. cit., p. 41.
- [105](#) R.L. Simon, *Fair Play. Sports, Values & Society*, Boulder, Westview Press, 1991, p. 17.
- [106](#) *Ibid.*, p. 23.
- [107](#) *Ibid.*

- [108](#) C.R. Torres y D.G. Campos (comps.), *¿La pelota no dobla? Ensayos filosóficos en torno al fútbol*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2006, p. 161.
- [109](#) R. Nozick, *Anarquía, Estado y utopía*, México, fce, 1996, p. 235.
- [110](#) C.R. Torres y D.G. Campos (comps.), *¿La pelota no dobla?*, *op. cit.*, p. 158.
- [111](#) R.L. Simon, *Fair Play*, *op. cit.*, pp. 31-32.
- [112](#) R.F. Sebastián, *La ética del deporte en el contexto actual de la filosofía, desde la aportación de la modernidad crítica* [monografía], Valencia, Universidad de Valencia, 2013, p. 130.
- [113](#) M. Bouet, *Signification du sport*, París, Éditions L'harmattan, 1995, p. 52.
- [114](#) S. Coca, *El hombre deportivo*, Madrid, Alianza, 1993, p. 156.
- [115](#) D. Guay, *La culture sportive*, París, PUF, 1993, pp. 69-70.
- [116](#) C.R. Torres y D.G. Campos (comps.), *¿La pelota no dobla?*, *op. cit.*, pp. 152-153.
- [117](#) F. Ramon-Cortés, «Cuidado con la obsesión por ganar», *El País*, 11 de septiembre de 2011.
- [118](#) M. Seguró (comp.), *Hartos de corrupción*, *op. cit.*, p. 18.
- [119](#) M. de Unamuno, *La agonía del cristianismo*, Madrid, Alianza, 2000, p. 27.
- [120](#) J.A. de Villena, «Encomio del deporte», *ABC*, 22 de febrero de 1986.
- [121](#) J.M. Cagigal, *Deporte, pulso de nuestro tiempo*, Madrid, Editora Nacional, 1972, p. 20.
- [122](#) G. Luri, *Val més educar. Consells als pares a favor del sentit comú*, Barcelona, Pòrtic, 2014, pp. 74-75.
- [123](#) I. Kant, *Filosofía de la historia*, México, fce, 1997, pp. 49-50.
- [124](#) S. Turró, *Lliçons sobre història i dret en Kant*, Barcelona, Edicions Universitat de Barcelona, 1997, pp. 57-58.
- [125](#) VV.AA., *Olimpismo y fair play*, Murcia, Ayuntamiento de Murcia, 1999, p. 59.
- [126](#) J.M. Cagigal, *Obras selectas, vol. II, op. cit.*, p. 455.
- [127](#) *Íd.*, *Deporte, pedagogía y humanismo*, Madrid, Publicaciones del Comité Olímpico Español, 1966, p. 34.
- [128](#) R. Argullol, «Quien pierde gana», *El País*, 13 de febrero de 2007.

EL ETHOS DEPORTIVO

- [129](#) P.C. McIntosh, *La educación contra la violencia: el potencial del fair-play en el deporte*, Málaga, Unisport Andalucía, 1988, pp. 3-4.
- [130](#) H. Küng, *Lo que yo creo*, Madrid, Trotta, 2011, p. 215.
- [131](#) A. Cortina, *¿Para qué sirve realmente la ética?*, *op. cit.*, pp. 87-88.
- [132](#) H. Küng, *Lo que yo creo, op. cit.*, p. 216.
- [133](#) J. Boxill, *Sports Ethics an anthology*, Cornwall, Blackwell Publishing, 2003, p. 66.
- [134](#) A. Cortina, «Deporte y juego sucio», *El País*, 1 de febrero de 2014.
- [135](#) J.M. Cagigal, *Deporte, pulso de nuestro tiempo, op. cit.*
- [136](#) VV.AA., *Manifiestos internacionales sobre educación física y deportes*, Buenos Aires, Stadium, 1985, p. 58.
- [137](#) W.P. Fraleigh, *Right actions in sport*, Champaign, Human Kinetics, 1984, p. 72.
- [138](#) R.L. Simon, *Sports, Values & Society, op. cit.*, pp. 40-41.
- [139](#) R.L. Simon, C.R. Torres y P. Hager, *Fair play. The ethics of sport, op. cit.*, p. 199.
- [140](#) J.M. Cagigal, *Obras selectas, vol. III, op. cit.*, pp. 922-923.
- [141](#) *La Vanguardia*, 5 de octubre de 2015.
- [142](#) D. Guay, *La culture sportive, op. cit.*, p. 102.
- [143](#) *Ibid.*, pp. 64-65.
- [144](#) F. Savater, *Diccionario filosófico*, Barcelona, Ariel, 2007, pp. 100-101.
- [145](#) A. Guttmann, *Du rituel au record. La nature des sports modernes*, p. 51.
- [146](#) J.M. Cagigal, *Deporte y agresión, op. cit.*, p. 103.
- [147](#) D. Guay, *La culture sportive, op. cit.*, pp. 57-59.
- [148](#) *Ibid.*
- [149](#) E. Lledó, «Aristóteles y la ética de la “polis”», *op. cit.*, p. 151.
- [150](#) R.L. Simon, C.R. Torres y P. Hager, *Fair play. The ethics of sport, op. cit.*, p. 193.
- [151](#) A. Cortina, *¿Para qué sirve realmente la ética?*, *op. cit.*, p. 93.
- [152](#) J.J. Fernández, «Eugenio Monti, el gran campeón de los bóldos sobre hielo y del “fair play”», *El País*, 6 de diciembre de 1996.
- [153](#) *El País*, 3 de mayo de 2005.

- [154](#) C. Arribas, «El valor de un gesto», *El País*, 14 de diciembre de 2012.
- [155](#) O. de Bolòs y C. Vilanou, «Sobre l'origen del bàsquet: quan la religió esdevé esport», *Ars Brevis. Anuari de la Càtedra Ramon Llull Blanquerna*, núm. 10, 2004.
- [156](#) R.L. Simon, *Fair play. Sport, Values & Society*, op. cit., p. 42.

EL LEGADO DE COUBERTIN

- [157](#) H.U. Gumbrecht, *Elogio de la belleza atlética*, Buenos Aires, Katz, 2006, p. 72.
- [158](#) C. Durántez, *Las olimpiadas griegas*, Madrid, Publicaciones del Comité Olímpico Español, 1977, p. 9.
- [159](#) *Íd.*, *Pierre de Coubertin. El humanista olímpico*, Lausanne, Musée Olympique, 1994, p. 97.
- [160](#) J.M. Cagigal, *Obras selectas*, op. cit., vol. II, p. 976.
- [161](#) P. de Coubertin, *Ideario Olímpico. Discursos y ensayos*, Madrid, Instituto Nacional de Educación Física, 1973, p. 8.
- [162](#) M. García Ferrando, N. Puig y F. Lagardera (comps.), *Sociología del deporte*, op. cit., p. 244.
- [163](#) J.M. Cagigal, *Obras selectas*, op. cit., vol. III, p. 1002.
- [164](#) L.M. Cazorla, *Deporte y Estado*, op. cit., p. 227.
- [165](#) Cit. en J. Meynaud, *El deporte y la política*, op. cit., p. 244.
- [166](#) H. Küng, *Lo que yo creo*, op. cit., p. 217.
- [167](#) J. Meynaud, *El deporte y la política*, op. cit., p. 254.
- [168](#) P. Sloterdijk, *Has de cambiar tu vida*, Valencia, Pre-Textos, 2012, p. 128.
- [169](#) R. Leblond, *Le journal de Jules Rimet. Le récit rare du fondateur de la Coupe du Monde de football*, Paris, First Editions, 2014, p. 10.
- [170](#) H. Küng, *Lo que yo creo*, op. cit., p. 217.
- [171](#) M. MacMillan, «The 1914 Christmas armistice: a triumph for common humanity», *Financial Times*, 20 de diciembre de 2013.
- [172](#) J. Reinoso, «Zhuang Zedong, líder de la diplomacia del tenis de mesa», *El País*, 11 de febrero de 2013.
- [173](#) J. Martí Gómez y J. Ramoneda, «La pelota en política», *La Vanguardia*, 4 de agosto de 1992.
- [174](#) T. Padilla, «Los equipos de Gandhi», *Panenka*, núm. 15, p. 88.
- [175](#) J. Carlin, *El factor humano*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2009, p. 14.
- [176](#) P. Boniface, «Costa de Marfil», *La Vanguardia*, 10 de junio de 2006.
- [177](#) J. Melero, «Didier Drogha, hombre de paz», *El País*, 20 de junio de 2010.

COMPORTAMIENTOS EJEMPLARES

- [178](#) P. de Coubertin, *Lliçons de pedagogia esportiva*, Vic, Eumo Editorial, 2004, p. 104.
- [179](#) J. Rivero y C. Tamburrini, *Del juego al estadio*, op. cit., p. 76.
- [180](#) «Zidane pide perdón por el cabezazo a Materazzi pero no se arrepiente», en <http://www.elmundo.es/mundial/2006/2006/07/12/portada/1152728586.html>
- [181](#) J. Rivero y C. Tamburrini, *Del juego al estadio*, op. cit., p. 83.
- [182](#) M. de Moragas, «Esport i mitjans de comunicació», en Jones, D.E. (ed.), *Esport i mitjans de comunicació a Catalunya*, Barcelona, Centre d'Investigació de la Comunicació-Centre d'Estudis Olímpics i de l'Esport, 1996, p. 17.
- [183](#) G. Luri, *Per una educació republicana, Escola y valors*, Barcelona, Barcino, 2012, pp. 142-143.
- [184](#) J. Gomá, *Ejemplaridad pública*, Madrid, Taurus, 2014, p. 341.
- [185](#) J. Valdano, *Los 11 poderes del líder*, op. cit., p. 176.
- [186](#) R.L. Simon, C.R. Torres y P. Hager, *Fair play. The ethics of sport*, op. cit., p. 201.
- [187](#) P. Boniface, «Thuram al ataque», *La Vanguardia*, 10 de abril de 2007.
- [188](#) J. Bouzou, *La paix par le sport*, op. cit., pp. 84-85.
- [189](#) *La Vanguardia*, 8 de diciembre de 2013.
- [190](#) F. Silei y M.A. Quarello, *Fuera de juego. Matthias Sindelar, un héroe de su tiempo*, Roma, Barbara Fiore Editora, 2013.
- [191](#) L. Thuram, *Mis estrellas negras. De Lucy a Barack Obama*, op. cit., p. 151.
- [192](#) P. Boniface, *JO politiques*, Paris, Jean-Claude Gawsewitch Éditeur, 2012, p. 14.

- [193](#) H. Edwards, *Revolt of the Black Athlete*, Nueva York, Free Press, 1969, p. 104.
- [194](#) G. Morán, «La osadía de decir que no», *La Vanguardia*, 26 de enero de 2008.
- [195](#) P. Boniface, *JO politiques, op. cit.*, p. 126.
- [196](#) T. Todorov, *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2008, p. 31.

REFLEXIONES CONCLUSIVAS

- [197](#) P. Unzueta, «La madre protectora», *El País*, 13 de junio de 2013.
- [198](#) F. Torralba, *Jesucrist 2.0: el cristianisme ara i aquí*, Barcelona, Pòrtic, 2011, p. 70.
- [199](#) J.M. Cagigal, *Obras selectas, op. cit.*, vol. II, p. 548.
- [200](#) P. Boniface, *Football & Mondialisation*, París, Armand Colin, 2006, p. 17.
- [201](#) E. Calderón, *Deporte y límites*, Madrid, Anaya, 1999, p. 88.
- [202](#) M. Attali (ed.), *Le sport et ses valeurs, op. cit.*, p. 29.
- [203](#) M. Seguró y F. Torralba, *Els valors de la masia*, Barcelona, Fundació FC Barcelona-Ethos Ramon Llull, 2015, p. 18.
- [204](#) V. Verdú, *El éxito y el fracaso. El sentido de la vida*, Madrid, Temas de Hoy, 1991, pp. 80-81.
- [205](#) S. Álvarez de Mon, *Aprendiendo a perder. Las dos caras de la vida*, Barcelona, Plataforma, 2012, p. 72.
- [206](#) C.R. Torres y D.G. Campos (comps.), *¿La pelota no dobla?, op. cit.*, p. 186.
- [207](#) A. Castiñeira y J.M. Lozano, *El poliedro del lideratge. Una aproximació a la problemàtica dels valors en el lideratge*, Barcelona, Barcino, 2012, p. 83.

- ADORNO, T.W., *Consignas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1993.
- , *Educación para la emancipación*, Madrid, Morata, 1998.
- ÁLVAREZ DE MON, S., *Aprendiendo a perder. Las dos caras de la vida*, Barcelona, Plataforma, 2012.
- ANDRIEU, B. (dir.), *Éthique du sport*, Lausanne, l'Age d'Homme, 2013.
- ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco. Ética Eudemia*, Madrid, Gredos, 1998.
- ARGULLOL, R., «Quien pierde gana», *El País*, 13 de febrero de 2007.
- , «La trascendencia», *El País*, 2 de marzo de 2014.
- ARNOLD, P.J., *Educación física, movimiento y currículum*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, Centro de Publicaciones Morata, 1991.
- ARRIBAS, C., «El valor de un gesto», *El País*, 14 de diciembre de 2012.
- ATTALI, M. (dir.), *Le sport et ses valeurs*, París, La Dispute, 2004.
- BODIN, D. y SEMPÉ, G. *Ethique et sport en Europe*, París, Éditions du Conseil de l'Europe, 2011.
- BAUTISTA, J., «Un pecat molt car», *La Vanguardia*, 16 de mayo de 2015.
- BOLÒS, O. y VILANOU, C., «Sobre l'origen del bàsquet: quan la religió esdevé esport», en *Ars Brevis. Anuari de la Càtedra Ramon Llull Blanquerna*, núm. 10, 2004.
- BONIFACE, P. (ed.), *Géopolitique du football*, París, Éditions Complexe, 1998.
- , *JO politiques*, París, Jean-Claude Gawsewitch Éditeur, 2012.
- , *Football & Mondialisation*, París, Armand Colin, 2006.
- , «Black, blanc, beur», *La Vanguardia*, 7 de julio de 2006.
- , «Costa de Marfil», *La Vanguardia*, 10 de junio de 2006.
- , «El apartheid», *La Vanguardia*, 20 de agosto de 2008.
- BORRILLO, D., *L'homophobie*, París, puf, 2001.
- BOUET, M., *Signification du sport*, París, Éditions L'harmattan, 1995.
- BOUZOU, J., *La paix par le sport: quand me mythe devient réalités*, París, Armand Colin, 2010.
- BOXILL, J., *Sports ethics an anthology*, Cornwall, Blackwell Publishing, 2003.
- BROHM, J.M., *Sociología política del deporte*, México, fce, 1982.
- , *La Tyrannie sportive*, París, Beauchesne, 2006.
- , *La machinerie sportive*, París, Economica, 2002.
- , *1936 Les jeux olympiques à Berlin*, París, Versailles Éditeur, 2006.
- BROHM, J.M. y PERELMAN, M., *Le football, une peste émotionnelle*, París, Gallimard, 2006.

- BRUGUÉ, Q., «El gran engany del futbol», *El Punt Avui*, 23 de julio de 2013.
- BUTCHER, R. y SCHNEIDER, A., «Fair Play as Respect for the Game», en W.J. MORGAN, *Ethics in Sport*, Champaign, Human Kinetics, 2007.
- , «A philosophical overview of the argument on banning doping in sport», en T. TÄNNSJÖ y C. TAMBURRINI, *Values in sport. Elitism, nationalism, gender equality and the scientific manufacture of winners*, Londres, E & FN Spon, 2000.
- HAN B.-C., *La sociedad del cansancio*, Barcelona, Herder, 2012.
- CAGIGAL, J.M., *Hombres y deporte*, Madrid, Taurus, 1957.
- , *Deporte, pedagogía y humanismo*, Madrid, Publicaciones del Comité Olímpico Español, 1966.
- , «Ocio y deporte» en *Citius, Altius, Fortius. Estudios Deportivos*, tomo XIII, Madrid, Instituto Nacional de Educación física y deportes, 1971.
- , *Deporte, pulso de nuestro tiempo*, Madrid, Editora Nacional, 1972.
- , *El deporte en la sociedad actual*, Madrid, Editorial Prensa Española-Editorial Magisterio Español, 1975.
- , *Deporte y agresión*, Barcelona, Planeta, 1976.
- , *Deporte. Espectáculo y acción*, Barcelona, Salvat Editores, 1985.
- , *Obras selectas*, 3 vols., Madrid, Comité Olímpico Español, Ente de Promoción Deportiva José María Cagigal, Asociación Española de *Deportes para Todos*, 1996.
- CALDERÓN, E., *Deporte y límites*, Madrid, Anaya, 1999.
- CAMPS, J., *Més enllà dels anells, Política, gegantisme, comercialització, corrupció, dopatge i discriminació en els Jocs Olímpics*, Valls, Cossetània Edicions, 2008.
- CARLIN, J., *El factor humano*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2009.
- , *El somriure de Mandela*, Barcelona, La Campana, 2013.
- CASHMAN, R., «L'impacte dels Jocs a les seus olímpiques», Barcelona, Centre d'Estudis Olímpics (uab), Càtedra Internacional d'Olimpisme (cio-uab), 2010.
- CASTIÑEIRA, A. y LOZANO, J.M., *El poliedro del lideratge. Una aproximació a la problemàtica dels valors en el lideratge*, Barcelona, Barcino, 2012.
- CAZORLA, L.M., *Deporte y Estado*, Madrid, Labor, 1979.
- COCA, S. *El hombre deportivo*, Madrid, Alianza Editorial, 1993.
- COMTE-SPONVILLE, A., *Pequeño tratado de las grandes virtudes*, Barcelona, Paidós, 2005.
- CORTINA A. y GARCÍA-MARZÁ, D., *Razón pública y éticas aplicadas: los caminos de la razón práctica en una sociedad pluralista*, Madrid, Tecnos, 2003.
- CORTINA, A., *Ética aplicada y democracia radical*, Madrid, Tecnos, 1993.
- , *Ética de la empresa*, Madrid, Trotta, 2008.
- , *Ética de la razón cordial. Educar en la ciudadanía en el siglo XXI*, Oviedo, Ediciones Nobel, 2009.
- , *¿Para qué sirve realmente la ética?*, Barcelona, Paidós, 2013.
- , «Eugenesia y justicia social», *El País*, 28 de enero de 2003.
- , «Competir o convivir», *El País*, 18 de mayo de 2013.
- , «Deporte y juego sucio», *El País*, 1 de febrero de 2014.

- DE COUBERTIN, P., *Ideario olímpico. Discursos y ensayos*, Madrid, Instituto Nacional de Educación Física, 1973.
- *Lliçons de pedagogia esportiva*, Vic, Eumo Editorial, 2004.
- CRUELLS, P., «Homofòbia en l'esport», *Lambda*, núm. 60, any XXVIII, hivern de 2006.
- DIEM, C., *Historia de los deportes*, Barcelona, Caralt, 1966.
- DUCH, L. y MÈLICH, J.C., *Escenaris de la corporeïtat. Antropologia de la vida quotidiana*, 2.1., Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2003.
- DURÁN, J., «Ética de la competición deportiva: valores y contravalores del deporte competitivo», en *Materiales para la historia del deporte*, núm. 11, 2013.
- DURÁNTEZ, C., *Las olimpiadas griegas*, Madrid, Publicaciones del Comité Olímpico Español, 1977.
- , *Pierre de Coubertin. El humanista olímpico*, Lausanne, Musée Olympique, 1994.
- EDWARDS, H., *Revolt of the Black Athlete*, Nueva York, Free Press, 1969.
- EHRENBERG, A., *Le culte de la performance*, París, Fayard, 2011.
- FERNÁNDEZ, J.J., «Eugenio Monti, el gran campeón de los bóldos sobre hielo y del “fair play”», *El País*, 6 de diciembre de 1996.
- FONTDEGLÒRIA, X., «Fábrica de medallistas chinos», *El País*, 4 de abril de 2015.
- FRALEIGH, W.P., *Right actions in sport*, Champaign, Human Kinetics, 1984.
- FUENTES, E., «Dopaje y sociedad», *El País*, 13 de diciembre de 2010.
- GALEANO, E., *Patas arriba. La escuela del mundo al revés*, México, Siglo XXI, 2005.
- , *El fútbol a sol y sombra*, Madrid, Siglo XXI, 2005.
- , «Una industria caníbal», en VVAA, *Deportes: la ideología olímpica*, Santiago de Chile, Aún Creemos en los Sueños, 2004.
- GARCÍA FERRANDO, M., PUIG, N. y LAGARDERA, F. (comps.), *Sociología del deporte*, Madrid, Alianza, 2005.
- GARCÍA PRIETO, J.L., *Dimensión social del deporte*, Madrid, Publicaciones del Comité Olímpico Español, 1966.
- GOMÁ, J., *Ejemplaridad pública*, Madrid, Taurus, 2014.
- GONZÁLEZ, F., *Educación en el deporte. Educación en valores desde la educación física y la animación deportiva*, Madrid, Editorial CCS, 2001.
- GONZÁLEZ AJA, T., *Sport y autoritarismos. La utilización del deporte por el comunismo y el fascismo*, Madrid, Alianza, 2002.
- GUAY, D., *La culture sportive*, París, PUF, 1993.
- GUMBRETCH, H.U., *Elogio de la belleza atlética*, Buenos Aires, Katz, 2006.
- GUTIÉRREZ, M., *Valores sociales y deporte. La actividad física y el deporte como transmisores de valores sociales y personales*, Madrid, Gymnos, 1995.
- , *Manual sobre valores en la educación física y el deporte*, Barcelona, Paidós, 2003.
- GUTTMANN, A., *Du rituel au record. La nature des sports modernes*, París, Éditions L'harmattan, 2006.
- HAMILTON, T. y COYLE, D., *Ganar a cualquier precio. La historia oculta del dopaje en el ciclismo*, Barcelona, Planeta, 2013.
- HARGREAVES, J., «Promesa y problemas en el ocio y los deportes femeninos», en VVAA.,

- Materiales de sociología del deporte*, Madrid, La Piqueta, Ediciones Endymion, 1993.
- HEINEMANN, K., «Los valores del deporte. Una perspectiva sociológica», en *Apunts. Educación Física y Deportes*, Barcelona, INEFC, núm. 64, 2001.
- , «¿Es sostenible el deporte actual? Análisis desde la perspectiva ética», en *Apunts. Educación Física y Deportes*, Barcelona, INEFC, núm. 78, 2004.
- HOBBS, T., *Leviathan*, Madrid, Alianza, 1989.
- HALL, E.A., *Arthur Ashe. Tennis and Justice in the Civil Rights Era*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2014.
- HILL, D., *Juego sucio. Fútbol y crimen organizado*, Barcelona, Alba, 2010.
- INGLEHART, R., *Modernización y posmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*, Madrid, CIS, 2001.
- IRIBAR, A., «261 razones para correr», *El País*, 11 de octubre de 2013.
- JENNINGS, A., *Los nuevos señores de los anillos*, Barcelona, Ediciones de la Tempestad, 1996.
- JUNQUERA, N., «Marcar un gol en el infierno», *El País*, 5 de febrero de 2015.
- KAPUSCINSKI, R., *La guerra del fútbol y otros reportajes*, Barcelona, Anagrama, 1992.
- KORR, C. y CLOSE, M., *More than just a Game. Football & Apartheid*, Londres, Collins, 2008.
- KANT, I., *Filosofía de la historia*, México, fce, 1997.
- , *Contestación a la pregunta: ¿Qué es la Ilustración?*, Madrid, Taurus, 2012.
- , *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Madrid, Tecnos, 2006.
- , *La metafísica de las costumbres*, Madrid, Tecnos, 1989.
- KÜNG, H., *Lo que yo creo*, Madrid, Trotta, 2011.
- LACROIX, M., *El culte a l'emoció. Atrapats en un món d'emocions sense sentiments*, Barcelona, La Campana, 2005.
- LEBLOND, R., *Le journal de Jules Rimet. Le récit rare du fondateur de la Coupe du Monde de football*, París, First Editions, 2014.
- LIPOVETSKY, G., *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad del hiperconsumo*, Barcelona, Anagrama, 2007.
- y SERROY, J., *La cultura-mundo. Respuesta a una sociedad desorientada*, Barcelona, Anagrama, 2010.
- LLEDÓ, E., «Aristóteles y la ética de la “polis”», en V. CAMPS (ed.), *Historia de la ética. I. De los griegos al Renacimiento*. Barcelona, Crítica, 1999.
- LÓPEZ ARANGUREN, J.L., «Ética del deporte», en F. LAGARDERA, *Diccionario Paidotribo de la actividad física y el deporte*, Barcelona, Paidotribo, 2008.
- LÓPEZ FRÍAS, F.J., «Mejora humana y dopaje en la actual filosofía del deporte», Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, Universidad de Valencia, 2014.
- , *La filosofía del deporte actual. Paradigmas y corrientes principales*, Roma, Laboratorio di Pedagogia generale, Università degli Studi di Roma «Foro Italico», 2014.
- , *Mejora humana y dopaje. Una propuesta crítica*, Madrid, Reus, 2015.

- LURI, G., *Per una educació republicana. Escola y valors*, Barcelona, Barcino, 2012.
- , *Val més educar. Consells als pares, a favor del sentit comú*, Barcelona, Pòrtic, 2014.
- MACMILLAN, M., «The 1914 Christmas armistice: a triumph for common humanity», *Financial Times*, 20 de diciembre de 2013.
- MAGNANE, G., *Sociología del deporte*, Madrid, Península, 1966.
- MCNAMEE, J. y PARRY, J. (eds.), *Ethics & Sport*, Londres, Spon Press, 1998.
- MARX, K., *Miseria de la filosofía*, Madrid, Edaf, 2010.
- MARINA, J.A., *Pequeño tratado de los grandes vicios*, Barcelona, Anagrama, 2011.
- MARTÍ GÓMEZ, J. y RAMONEDA, J., «La pelota en política», *La Vanguardia*, 4 de agosto de 1992.
- MACINTYRE, A., *Tras la virtud*, Barcelona, Austral, 1987.
- MCINTOSCH, P.C., *Sport in society*, Londres, Watt, 1963.
- , *Fair play. Ethics in Sport and Education*, Londres, Heinemann, 1979.
- , *La educación contra la violencia: el potencial del fair-play en el deporte*, Málaga, Unisport Andalucía, 1988.
- MELERO, J., «Didier Droghba, hombre de paz», *El País*, 20 de junio de 2010.
- MESEGUER, M., «Abebe Bikila, el corredor descalzo», *La Vanguardia*, 21 de noviembre de 2010.
- MEYNAUD, J., *El deporte y la política: análisis social de unas relaciones ocultas*, Barcelona, Editorial Hispano Europea, 1972.
- MORAGAS, M. de, «Esport i mitjans de comunicació», en D.E. JONES (ed.), *Esport i mitjans de comunicació a Catalunya*, Barcelona, Centre d'Investigació de la Comunicació-Centre d'Estudis Olímpics i de l'Esport, 1996.
- MORÁN, G., «La osadía de decir que no», *La Vanguardia*, 26 de enero de 2008.
- NAGEL, T., *Quin sentit té tot plegat? Brevíssima introducció a la filosofia*, Santa Coloma de Queralt, Obrador Edèndum, 2014.
- NOZICK, R., *Anarquía, Estado y utopía*, México, fce, 1996.
- NUSSBAUM, M., *Sin fines de lucro*, Madrid, Katz, 2010.
- PADILLA, T., «Los equipos de Gandhi», *Panenka*, núm. 15, enero de 2013.
- PEINADO, Q., *Futbolistas de izquierdas*, Alcalá de Henares, Leeme Editores, 2013.
- PÉREZ, J.L., *Ética y deporte*, Bilbao, Desclée De Brouwer, 2011.
- PERSONNE, J., *El deporte para el niño. Sin récords ni medallas*, Barcelona, Publicaciones Inde, 2005.
- PLESSNER, H., *Más acá de la utopía*, Buenos Aires, Alfa, 1978.
- RAMÓN-CORTÉS, F., «Cuidado con la obsesión por ganar», *El País*, 11 de septiembre de 2011.
- PORTA PERALES, M., «El fútbol es lo que parece», *ABC*, 31 de agosto de 2009.
- PUIG, A., *La fuerza de un sueño. Los caminos del éxito*, Barcelona, Plataforma, 2010.
- PUIG, N., *Joves i esport. Influència dels processos de socialització en els itineraris esportius juvenils*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1996.
- QUEVAL, I., «Les valeurs éducatives du sport: mythe et réalité», en G. VIGARELLO (dir.), *L'esprit sportif aujourd'hui. Des valeurs en conflit*, París, Universalis, 2004.

- REGUERA, G. y OLABARRI, D.S., «Fútbol y globalización», en L.V. SOLAR y G. RAGUERA, *Cultura(s) del fútbol*, Vitoria-Gasteiz, Bassarai, 2008.
- REINOSO, J., «Zhuang Zedong, líder de la diplomacia del tenis de mesa», *El País*, 11 de febrero de 2013.
- RIVERO, J. y TAMBURRINI, C., *Del juego al estadio. Reflexiones sobre ética y deporte*, Madrid, Clave Intelectual, 2014.
- RUSSELL, B., *La conquista de la felicidad*, Madrid, Espasa Calpe, 2000.
- SEBASTIÁN, R.F., «La ética del deporte en el contexto actual de la filosofía, desde la aportación de la modernidad crítica» [tesis doctoral], Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, Universidad de Valencia, 2013.
- SANTACANA, C. y PUJADAS, X., *L'altra Olimpíada. Barcelona '36*, Barcelona, Llibres de l'Índex, 2006.
- SAVATER, F., *Diccionario filosófico*, Barcelona, Ariel, 2007.
- SEGURÓ, M. (comp.), *Hartos de corrupción*, Barcelona, Herder, 2014.
- SÉNECA, *Tratados morales*, Madrid, Espasa Libros, 2012.
- SILEI, F. y QUARELLO, M.A., *Fuera de juego. Matthias Sindelar, un héroe de su tiempo*, Roma, Barbara Fiore Editora, 2013.
- SIMON, R.L., *Fair play. Sport, Values & Society*, Boulder, Westview Press, 1991
- , TORRES, C.R. y HAGER, P.F., *Fair play. The ethics of sport*. Boulder, Westview Press, 2015.
- SIMSON, V y JENNINGS, A., *Los señores de los anillos. Poder, dinero y doping en los Juegos Olímpicos*, Barcelona, Edicions Transparència, 1992.
- SUÁREZ, O., *Los cuerpos del poder*, Barcelona, Casiopea, 2000.
- SEGURÓ, M. y TORRALBA, F., *Els valors de la masia*, Barcelona, Fundació FC Barcelona-Ethos Ramon Llull, 2015.
- SLOTERDIJK, P., *Has de cambiar tu vida*, Valencia, Pre-Textos, 2012.
- SOLAR, L.V., *Pierre de Coubertin. La dimensión pedagógica: la aportación del movimiento olímpico a las pedagogías corporales*, Madrid, Editorial Gymnos, 2003.
- , *Deporte. El gigante virtual*, Bilbao, Universidad del País Vasco, Centro de Estudios Olímpicos, 2007.
- TÄNNSJÖ, T., «Is it fascistoid to admire sports heroes?», en T. TÄNNSJÖ y C. TAMBURRINI, *Values in sport. Elitism, nationalism, gender equality and the scientific manufacture of winners*, Londres, E & FN Spon, 2000.
- TAGUIEFF, P.A. (dir.), *Dictionnaire historique et critique du racisme*, París, PUF, 2013.
- VERDÚ, V., *El éxito y el fracaso: el sentido de la vida*, Madrid, Temas de Hoy, 1991.
- , *El estilo del mundo*, Barcelona, Anagrama, 2006.
- TAMBURRINI, C., *¿La mano de Dios? Una visión distinta del deporte*, Buenos Aires, Continente, 2001.
- THURAM, L., *Mis estrellas negras. De Lucy a Barack Obama*, Barcelona, Now Books, 2012.
- TODOROV, T., *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2008.
- TORRALBA, F., *Cent valors per viure*, Lleida, Pagès Editors, 2001.

- , *Jesucrist 2.0: el cristianisme ara i aquí*, Barcelona, Pòrtic, 2011.
- TORRES, C.R. y CAMPOS, D.G. (comps.), *¿La pelota no dobla? Ensayos filosóficos en torno al fútbol*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2006.
- TOURAINÉ, A., *El mundo de las mujeres*, Barcelona, Paidós, 2007.
- TURRÓ, G., *El valor de superarse. Deporte y humanismo*, Barcelona, Proteus, 2013.
- y VILANOU, C., *Més enllà de l'espectacle mediàtic*, Barcelona, Barcino, 2013.
- y VILANOU, V., «El olimpismo, entre la memoria y la axiología», en J. SAMPEDRO, T. GONZÁLEZ-AJA y N. GARCÍA-ARJONA (eds.), *El atleta olímpico, ¿transmisor de valores?*, Madrid, Atos-Origin, 2010.
- TURRÓ, S., *Lliçons sobre història i dret en Kant*, Barcelona, Edicions Universitat de Barcelona, 1997.
- VALDANO, J., *Los II poderes del líder. El fútbol como escuela de vida*, Barcelona, Conecta, 2013.
- VILAR, G., «Marx y el marxismo», en V. CAMPS (ed.), *Historia de la ética. 2. Ética moderna*, Barcelona, Crítica, 2000.
- VILLENA, L.A., «Encomio del deporte», ABC, 22 de febrero de 1986.
- VV.AA., *Manifiestos internacionales sobre educación física y deportes*, Buenos Aires, Stadium, 1985.
- VV.AA., *Olimpismo y fair play: selección de ponencias y comunicaciones presentadas en las ediciones del Seminario sobre Fair Play en el Deporte Escolar, celebradas en Murcia en 1997 y 1998*, Murcia, Ayuntamiento de Murcia-Concejalía de Juventud y Deportes, 1999.
- VV.AA., *Valores del deporte en la educación (año europeo de la educación a través del deporte)*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 2005.
- VV.AA., *Culturas deportivas y valores sociales*, VIII Congreso de la AEISAD, Madrid, Librerías Deportivas Esteban Sanz, 2006.
- VV.AA., *Hàbits esportius a Catalunya*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, Secretaria General de l'Esport, Institut Nacional d'Educació Física de Catalunya, 2009.
- VV.AA., *Ètica i èxit. Converses amb valors*, Barcelona, Proteus, 2013.
- WRIGHT MILLS, C., *L'imagination sociologique*, París, Maspero, 1977.
- UNAMUNO, M., *La agonía del cristianismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.
- UNZUETA, P., «La madre protectora», *El País*, 13 de junio de 2013.
- USALL, R., *Futbol per la llibertat*, Lleida, Pagès Editors, 2011.
- YONNET, P., *Systèmes de sports*, París, Gallimard, 1998.

INFORMACIÓN ADICIONAL

El deporte es uno de los signos de nuestro tiempo, pero cabe reconsiderar cómo incide en nuestras vidas y someterlo a una reflexión crítica para extraer conclusiones éticas.

El universo deportivo es multiforme, ambivalente y presenta abundantes claroscuros. Demasiado a menudo es una forma de canalizar patologías, disfunciones y contravalores de nuestras sociedades posmodernas. Examinar sus miserias nos permitirá apreciar la brecha entre lo que es y lo que debería ser; y analizarlo desde la perspectiva moral nos permitirá identificar tanto sus problemas como sus potencialidades humanas.

Bien orientada, la praxis deportiva atesora un gran potencial formativo y axiológico. El auténtico homo sportivus encarna importantes valores morales. Gracias a ellos nos enriqueceremos como personas y avanzaremos en nuestro camino vital. En suma, se trata de explorar la dimensión moral del deporte y vindicar su grandeza humanista.

GUILLEM TURRÓ es doctor en Pedagogía con una tesis sobre el humanismo y el deporte. Ejerce como profesor de filosofía en la Institución Cultural del CIC y en la Universidad Ramón Llull. Entre sus publicaciones destacan *Més enllà de l'espectacle mediàtic* (con Conrad Vilanou) y *El valor de superarse. Deporte y humanismo*, que recibió (ex aequo) el XXII Premio Joan Profitós de Ensayo Pedagógico 2011.

Table of Contents

[Cubierta](#)

[Portada](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[CONSIDERACIONES PRELIMINARES](#)

[APROXIMACIÓN AL HOMO DEPORTIVUS POSMODERNO](#)

[LA AMBIVALENCIA MORAL DEL DEPORTE](#)

[LAS MISERIAS DEL DEPORTE](#)

[Mercantilización deportiva](#)

[Corrupción](#)

[Instrumentalización política](#)

[Alienación deportiva](#)

[Dopaje](#)

[Racismo y xenofobia](#)

[Discriminación sexista](#)

[Discriminación homófoba](#)

[EL ESPÍRITU COMPETITIVO](#)

[EL ETHOS DEPORTIVO](#)

[EL LEGADO DE COUBERTIN](#)

[COMPORTAMIENTOS EJEMPLARES](#)

[REFLEXIONES CONCLUSIVAS](#)

[BIBLIOGRAFÍA](#)

[Información adicional](#)

**VIKTOR EL HOMBRE
FRANKL EN BUSCA
DE SENTIDO**



Herder

El hombre en busca de sentido

Frankl, Viktor

9788425432033

168 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

* Nueva traducción*

El hombre en busca de sentido es el estremecedor relato en el que Viktor Frankl nos narra su experiencia en los campos de concentración.

Durante todos esos años de sufrimiento, sintió en su propio ser lo que significaba una existencia desnuda, absolutamente desprovista de todo, salvo de la existencia misma. Él, que todo lo había perdido, que padeció hambre, frío y brutalidades, que tantas veces estuvo a punto de ser ejecutado, pudo reconocer que, pese a todo, la vida es digna de ser vivida y que la libertad interior y la dignidad humana son indestructibles. En su condición de psiquiatra y prisionero, Frankl reflexiona con palabras de sorprendente esperanza sobre la capacidad humana de trascender las dificultades y descubrir una verdad profunda que nos orienta y da sentido a nuestras vidas.

La logoterapia, método psicoterapéutico creado por el propio Frankl, se centra precisamente en el sentido de la existencia y en la búsqueda de ese sentido por parte del hombre, que asume la responsabilidad ante sí mismo, ante los demás y ante la vida. ¿Qué espera la vida de nosotros?

El hombre en busca de sentido es mucho más que el testimonio de un psiquiatra sobre los hechos y los acontecimientos vividos en un campo de concentración, es una lección existencial. Traducido a medio centenar de idiomas, se han vendido millones de ejemplares en todo el mundo. Según la Library of Congress de Washington, es uno de los diez libros de mayor influencia en Estados Unidos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Jean Grondin

La filosofía de la religión



Herder

La filosofía de la religión

Grondin, Jean

9788425433511

168 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

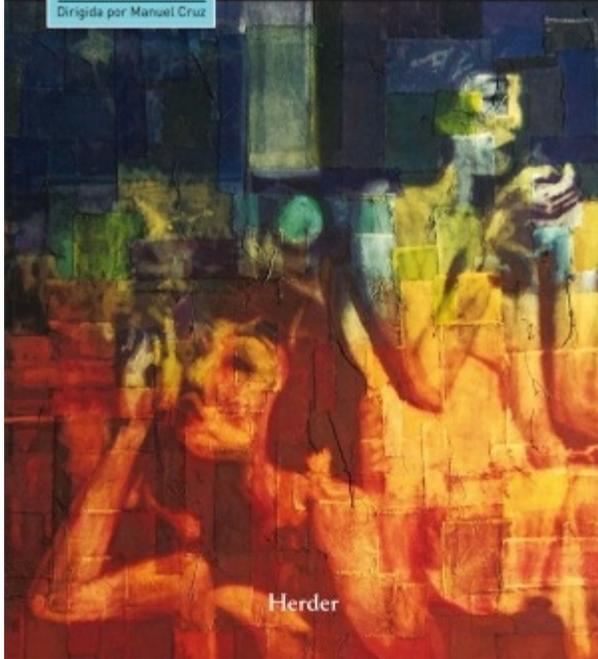
¿Para qué vivimos? La filosofía nace precisamente de este enigma y no ignora que la religión intenta darle respuesta. La tarea de la filosofía de la religión es meditar sobre el sentido de esta respuesta y el lugar que puede ocupar en la existencia humana, individual o colectiva.

La filosofía de la religión se configura así como una reflexión sobre la esencia olvidada de la religión y de sus razones, y hasta de sus sinrazones. ¿A qué se debe, en efecto, esa fuerza de lo religioso que la actualidad, lejos de desmentir, confirma?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Byung-Chul Han
La sociedad del cansancio

PENSAMIENTO HERDER
Dirigida por Manuel Cruz



Herder

La sociedad del cansancio

Han, Byung-Chul

9788425429101

80 Páginas

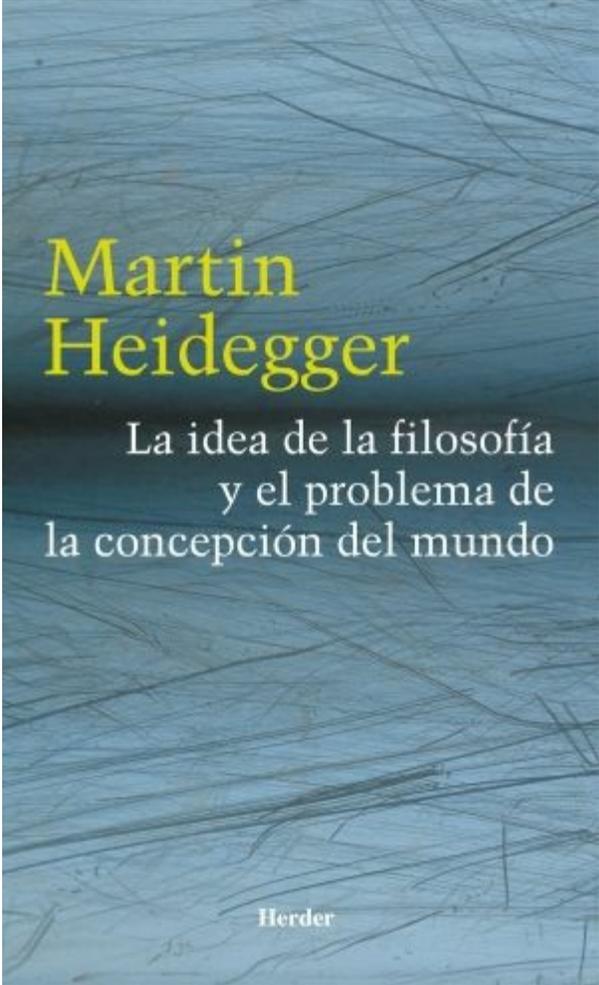
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Byung-Chul Han, una de las voces filosóficas más innovadoras que ha surgido en Alemania recientemente, afirma en este inesperado best seller, cuya primera tirada se agotó en unas semanas, que la sociedad occidental está sufriendo un silencioso cambio de paradigma: el exceso de positividad está conduciendo a una sociedad del cansancio. Así como la sociedad disciplinaria foucaultiana producía criminales y locos, la sociedad que ha acuñado el eslogan Yes We Can produce individuos agotados, fracasados y depresivos.

Según el autor, la resistencia solo es posible en relación con la coacción externa. La explotación a la que uno mismo se somete es mucho peor que la externa, ya que se ayuda del sentimiento de libertad. Esta forma de explotación resulta, asimismo, mucho más eficiente y productiva debido a que el individuo decide voluntariamente explotarse a sí mismo hasta la extenuación. Hoy en día carecemos de un tirano o de un rey al que oponernos diciendo No. En este sentido, obras como Indignaos, de Stéphane Hessel, no son de gran ayuda, ya que el propio sistema hace desaparecer aquello a lo que uno podría enfrentarse. Resulta muy difícil rebelarse cuando víctima y verdugo, explotador y explotado, son la misma persona.

Han señala que la filosofía debería relajarse y convertirse en un juego productivo, lo que daría lugar a resultados completamente nuevos, que los occidentales deberíamos abandonar conceptos como originalidad, genialidad y creación de la nada y buscar una mayor flexibilidad en el pensamiento: "todos nosotros deberíamos jugar más y trabajar menos, entonces produciríamos más".

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Martin Heidegger

La idea de la filosofía
y el problema de
la concepción del mundo

Herder

La idea de la filosofía y el problema de la concepción del mundo

Heidegger, Martin

9788425429880

165 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Cuál es la tarea de la filosofía?, se pregunta el joven Heidegger cuando todavía retumba el eco de los morteros de la I Guerra Mundial. ¿Qué novedades aporta en su diálogo con filósofos de la talla de Dilthey, Rickert, Natorp o Husserl? En otras palabras, ¿qué actitud adopta frente a la hermeneútica, al psicologismo, al neokantismo o a la fenomenología? He ahí algunas de las cuestiones fundamentales que se plantean en estas primeras lecciones de Heidegger, mientras éste inicia su prometedora carrera académica en la Universidad de Friburgo (1919- 1923) como asistente de Husserl.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JESPER JUUL



Decir no, por amor

Padres que hablan claro:
niños seguros de sí mismos

Herder

Decir no, por amor

Juul, Jesper

9788425428845

88 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El presente texto nace del profundo respeto hacia una generación de padres que trata de desarrollar su rol paterno de dentro hacia fuera, partiendo de sus propios pensamientos, sentimientos y valores, porque ya no hay ningún consenso cultural y objetivamente fundado al que recurrir; una generación que al mismo tiempo ha de crear una relación paritaria de pareja que tenga en cuenta tanto las necesidades de cada uno como las exigencias de la vida en común.

Jesper Juul nos muestra que, en beneficio de todos, debemos definirnos y delimitarnos a nosotros mismos, y nos indica cómo hacerlo sin ofender o herir a los demás, ya que debemos aprender a hacer todo esto con tranquilidad, sabiendo que así ofrecemos a nuestros hijos modelos válidos de comportamiento. La obra no trata de la necesidad de imponer límites a los hijos, sino que se propone explicar cuán importante es poder decir no, porque debemos decirnos sí a nosotros mismos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portada	2
Créditos	3
Índice	4
Dedicatoria	5
CONSIDERACIONES PRELIMINARES	6
APROXIMACIÓN AL HOMO DEPORTIVUS POSMODERNO	13
LA AMBIVALENCIA MORAL DEL DEPORTE	22
LAS MISERIAS DEL DEPORTE	31
Mercantilización deportiva	31
Corrupción	34
Instrumentalización política	37
Alienación deportiva	41
Dopaje	44
Racismo y xenofobia	48
Discriminación sexista	51
Discriminación homófoba	56
EL ESPÍRITU COMPETITIVO	60
EL ETHOS DEPORTIVO	71
EL LEGADO DE COUBERTIN	83
COMPORTAMIENTOS EJEMPLARES	92
REFLEXIONES CONCLUSIVAS	102
BIBLIOGRAFÍA	113
Información adicional	120